LIBRO dot.com

RUDYARD KIPLING

PRECISAMENTE ASÍ



HISTORIAS PARA LOS NIÑOS Y PARA LOS QUE AMAN A LOS NIÑOS

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Rudyard Kipling

Precisamente así

ÍNDICE

ASÍ FUE COMO LA BALLENA SE HIZO CON SU GARGANTA
ASÍ FUE COMO LE SALIÓ LA JOROBA AL CAMELLO
ASÍ FUE COMO SE LE ARRUGO LA PIEL AL RINOCERONTE
ASÍ FUE COMO SE PUSO LAS MANCHAS EL LEOPARDO
EL HIJO DEL ELEFANTE
LA CANTINELA DEL VIEJO CANGURO
EL ORIGEN DE LOS ARMADILLOS
ASÍ FUE COMO SE ESCRIBIÓ LA PRIMERA CARTA
ASÍ FUE COMO SE HIZO EL ALFABETO
EL CANGREJO QUE JUGÓ CON EL MAR
EL GATO QUE IBA A SU AIRE
LA MARIPOSA QUE PATEO

ASÍ FUE COMO LA BALLENA SE HIZO CON SU GARGANTA

Había una vez, mi niño querido, una ballena que vivía en el mar y comía peces. Comía lubinas y sardinas, salmones y camarones, cangrejos y abadejos, a los meros y a sus compañeros, comía jureles y verdeles y hasta a la en verdad retorcida y escurridiza anguila se comía. A todos los peces que en el mar podía encontrar se los comía con la boca -¡así! Hasta que al fin sólo quedó en el mar un pececillo, y era un pececillo astuto que nadaba un poco por detrás de la oreja derecha de la ballena para no correr peligro. Entonces la ballena se irguió sobre su cola y dijo:

-Tengo hambre.

Y el astuto pececillo dijo con astuta vocecita:

-Noble y generoso cetáceo, ¿has probado hombre alguna vez?

-No -respondió la ballena-. ¿A qué sabe?

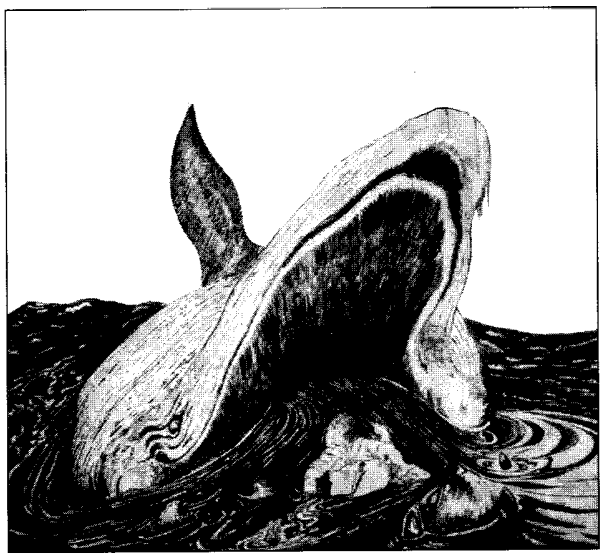
-Rico -dijo el pececito astuto-. Está bueno, aunque correoso.

-Entonces tráeme algunos -dijo la ballena, y de un coletazo levantó una montaña de espuma.

-Con uno cada vez es bastante -dijo el pez astuto-. Si nadas hasta la latitud de Cincuenta Norte y la longitud de Cuarenta Oeste -es mágica- encontrarás, sentado *sobre* una balsa, *en* medio del mar, llevando sólo unos pantalones de lona azul, unos tirantes -*no* has de

olvidar los tirantes, mi niño querido- y una navaja, a un marinero náufrago, que, he de prevenirte, es hombre de sagacidad y recursos infinitos.

Éste es el dibujo de la ballena tragándose al marinero con su sagacidad y recursos infinitos, y la balsa y la navaja y los tirantes, que no debemos olvidar. Esas cosas con botones son los tirantes del marinero y junto a ellos puedes ver la navaja. Está sentado sobre la balsa que se ha inclinado de lado y por eso casi no la ves. Esa cosa blanca junto a la mano izquierda del marinero es un trozo de madera con el que estaba tratando de dirigir la balsa cuando llegó la ballena. El trozo de madera se llama la mandíbula-de-arpón. El marinero lo dejó fuera cuando entró. La ballena se llamaba Smiler y el marinero el señor Henry Albert Bivvens, AB (que quiere decir marinero de primera clase). El pececillo astuto está escondido debajo de la barriga de la ballena, de no ser así lo habría dibujado. La razón por la que el mar tiene aspecto ondulado-espumoso es que la ballena se lo está metiendo todo en la boca para arrastrar adentro al señor Henry Albert Bivvens, a la balsa, a la navaja y a los tirantes. No debes olvidar nunca los tirantes.



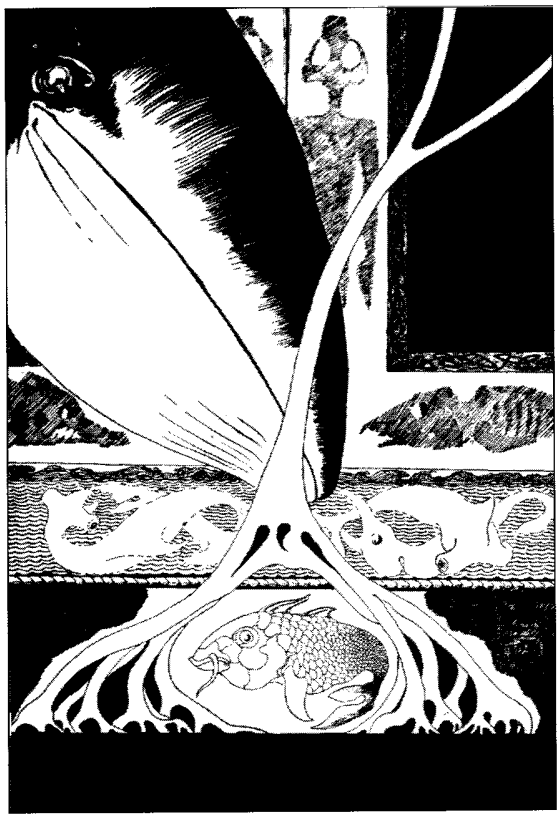
Así que la ballena nadó y nadó, tan deprisa como pudo, hasta la latitud Cincuenta Norte y longitud Cuarenta Oeste, y *sobre* una balsa, *en* medio del mar, llevando sólo unos pantalones de lona azul, unos tirantes -has de recordar especialmente los tirantes, mi niño querido- *y* una navaja, vio a un marinero solo, náufrago y solitario que, con los dedos de los pies, iba haciendo surcos en el agua. (Tenía permiso de su mamá para ir a remar, o si no jamás lo habría hecho, porque era un hombre de sagacidad y recursos infinitos).

Entonces la ballena abrió la boca más y más y más atrás hasta casi tocar la cola, y se tragó al marinero náufrago, y la balsa sobre la que estaba sentado, y los tirantes -*que* no debes olvidar- y la navaja. Se lo tragó todo *y* lo metió en sus armarios interiores, cálidos *y* oscuros, luego se relamió los labios... así, y dio tres vueltas sobre la cola.

Pero tan pronto como el Marinero, que era hombre de sagacidad y recursos infinitos, se encontró de verdad en los armarios interiores, cálidos y oscuros de la ballena, empezó a pisotear y a saltar, a aporrear y a chocar, a brincar y a bailar, a golpear y a retumbar, y golpeaba *y* mordisqueaba, saltaba *y* se arrastraba, merodeaba y aullaba, saltaba a la pata

coja y abajo se venía, gritaba *y* suspiraba, gateaba *y* vociferaba, andaba y brincaba, y bailaba danzas marineras donde no debía, *y* la ballena se sintió muy mal de verdad *(¿Has* olvidado los tirantes?)

Aquí está la ballena buscando al pececillo astuto que está escondido debajo del umbral del ecuador. Se llama Pingle. Está escondido entre las raíces de las grandes algas que crecen delante de las puertas del ecuador. He dibujado las puertas. Están cerradas. Siempre lo están, porque una puerta debería estar siempre cerrada. Eso como una cuerda que cruza es el propio Ecuador. Las cosas con aspecto de rocas son los dos gigantes Moar y Koar, que mantienen el orden en el ecuador. Ellos dibujaron las imágenes sombreadas en las puertas del ecuador, y tallaron esos peces retorcidos de debajo de las puertas. Los peces con pico se llaman delfines picudos, y los otros peces de extrañas cabezas se llaman tiburones de cabeza de martillo. La ballena no encontró al pececillo astuto hasta que se le pasó el enfado y entonces volvieron a ser buenos amigos otra vez.



Así pues, le dijo al pez astuto:

-Este hombre es muy correoso y además me da hipo. ¿Qué hago?

-Dile que salga -contestó el pez astuto.

Entonces la ballena, dirigiéndose por su propia garganta hacia sus entrañas, gritó al marinero náufrago:

-Sal fuera y compórtate. Tengo hipo.

-¡Ni hablar! -respondió el marinero-. De eso nada, sino todo lo contrario. Llévame a mi

tierra natal y a los blancos acantilados de Albión, y lo pensaré.

Y empezó a bailar más que nunca.

-Sería mejor que lo llevaras a casa -le dijo a la ballena el pez astuto-. Debí haberte advertido que es un hombre de sagacidad y recursos infinitos.

Así que la ballena nadó, nadó y nadó, con las dos aletas y la cola, y con toda la fuerza que el hipo le permitía. Al fin vio la tierra natal del marinero y los blancos acantilados de Albión, se lanzó hasta la mitad de la playa *y* abrió la boca más *y* más, de par en par, *y* dijo:

-Transbordo para Winchester, Ashuelot, Nashua, Keene *y* las estaciones de *Fitch*burg Road. Y justo cuando dijo *Fitch* el marinero salió andando de su boca. Pero mientras la ballena había estado nadando, el marinero, que era, en verdad, una persona de sagacidad *y* recursos infinitos había cogido la navaja *y* cortado la balsa convirtiéndola en una reja cuadrada con los tablones todos bien cruzados y la había atado firmemente con los tirantes *(¡ahora ya* sabes por qué no tenías que olvidarte de los tirantes!) y la arrastró bien sujeta hasta la garganta de la ballena y ¡allí quedó empotrada! Entonces recitó el siguiente *Sloka,* que, como no lo conoces, pasaré a relatarte:

Por medio de un enrejado
con tu tragar he terminado.

Pues el marinero era, además, de la Hibernia. Y salió andando por los guijarros de la playa y se fue a casa con su madre que le había dado permiso para hacer surcos en el agua con los dedos de los pies, *y* se casó *y* vivió feliz desde entonces. También se casó y fue feliz la ballena. Pero desde aquel día, la reja de la garganta, que no podía expulsar tosiendo ni tragar, no le permitía comer más que pececillos muy, muy pequeños, y por eso hoy día las ballenas no comen nunca hombres, niños ni niñas.

El pececillo astuto fue a ocultarse en el barro, bajo los umbrales del ecuador porque tenía miedo de que la ballena estuviera enfadada con él.

El marinero se llevó a casa la navaja. Cuando salió y se puso a caminar por los guijarros de la playa llevaba puestos los pantalones de lona azul. Los tirantes, como sabes, los dejó sujetando la reja. Y aquí se acaba el cuento.

Cuando los ojos de buey de la cabina
los mares tornan verdes y oscuros,
cuando el barco se estremece y se inclina,
y a deslizarse empiezan los baúles,
y el camarero se cae en la terrina,
cuando cual ovillo en el suelo la nana yace,
y mamá te dice que la dejes quieta y dormidina,
y tú no estás despierto, ni aseado, ni vestido.
Bueno, pues por si no lo habías adivinado, entonces sabrás
que en la Cincuenta Norte y la Cuarenta Oeste estás.

ASÍ FUE COMO LE SALIÓ LA JOROBA AL CAMELLO

Pues he aquí el cuento siguiente que refiere cómo le salió la gran joroba al camello.

Al principio de los tiempos cuando el mundo era tan nuevo-y-flamante y los animales empezaban a trabajar para el hombre, había un camello que vivía en un desierto espantoso porque no quería trabajar, y, además, él mismo era un espanto. Por eso comía tallos, espinos, tamariscos, algodoncillos y pinchos, holgazaneando de la forma más horrible, y cuando alguien le hablaba, decía: ¡Joroba!, sólo: ¡Joroba!, y nada más.

Al poco, el lunes por la mañana, se le acercó el caballo con una silla en el lomo *y* un freno en la boca, *y* le dijo:

-Camello, ¡oh camello!, sal a trotar como hacemos los demás.

-¡Joroba!-respondió el camello, y el caballo marchó a contárselo al hombre.

Luego se le acercó el perro con un palo en la boca, y le dijo:

-Camello, ¡oh camello!, ven a buscar y llevar las cosas como los demás.

-Joroba! -respondió el camello, y el perro marchó a contárselo al hombre.

Después se le acercó el buey con el yugo al cuello, y le dijo:

-Camello, ¡oh camello!, ven a arar como los demás.

-Joroba! -respondió el camello, y el buey se marchó a contárselo al hombre.

Al final del día el hombre reunió al caballo, al perro *y* al buey *y* les dijo:

-¡Ay de vosotros tres!, qué pena me dais (con el mundo tan nuevo-y-flamante), pero ese ¡Joroba! del desierto no puede trabajar o ya estaría aquí, así que voy a dejarlo en paz y vosotros tendréis que trabajar el doble para compensar.

Eso enfadó mucho a los tres (con el mundo tan nuevo-y-flamante) y mantuvieron una conferencia, y un *indaba, y* un *punchayet, y* una discusión al borde del desierto. El camello vino masticando algodoncillo, holgazaneando de la forma *más* horrible, *y se* rió de ellos. Luego dijo: ¡Joroba! y se volvió a marchar.

Entonces llegó el genio que tiene a su cargo todos los desiertos rodando en una nube de polvo (los genios siempre viajan de esa manera porque es mágica) y se detuvo a conferenciar y discutir con los tres.

-Genio de todos los desiertos -dijo el caballo-, *¿es* justo que alguien holgazanee con un mundo tan nuevo-y-flamante?

-¡Desde luego que no! -respondió el genio.

-Bueno -continuó el caballo-, pues hay un animal en medio de tu espantoso desierto (él mismo es un espanto) con un cuello largo y largas patas que no ha trabajado absolutamente nada desde el lunes por la mañana. No quiere trotar.

-¡Fiuuu!-dijo el genio silbando-, seguro que se trata de mi camello, ¡por todo el oro de Arabia! ¿Y qué dice?

-Dice ¡Joroba!-respondió el perro- y se niega a ir a buscar y traer las cosas.

-¿Dice algo más?

-Sólo ¡Joroba! -intervino el buey- y no quiere arar.

-Muy bien -aseguró el genio-. Yo lo jorobaré, si tenéis la amabilidad de esperar un momento. El genio se envolvió con su nube de polvo, se lanzó a través del desierto y encontró al camello que holgazaneaba de la forma más horrible contemplándose en un charco de agua.

-Larguirucho y burbujeante amigo mío -dijo el genio-, ¿qué es eso que he oído que no

trabajas nada con el mundo tan nuevo-y-flamante?

-Joroba! -contestó el camello.

El genio se sentó, apoyó la mano en la barbilla y empezó a idear una gran magia mientras el camello contemplaba su imagen en el charco de agua.

-Has estado haciendo trabajar extra a los tres desde el lunes por la mañana por culpa de tu horrible holgazanería -dijo el genio, y siguió pensando en magias con la barbilla en la mano.

-Joroba! -contestó el camello.

-Yo que tú no volvería a decir eso -le aconsejó el genio-, puede que lo repitas demasiado. Burbujas, quiero que trabajes.

Y el camello volvió a decir ¡Joroba!, pero nada más decirlo vio que su espalda, de la que tan orgulloso estaba, se hinchaba y se hinchaba hasta convertirse en una enorme y desgarbada joroba.

-¿Ves eso? -preguntó el genio-. Es tu propia joroba que te has ganado por no trabajar. Hoy es jueves, y no has trabajado nada desde el lunes cuando empezó el trabajo. Ahora vas a trabajar.

Éste es el dibujo del genio iniciando la magia que le trajo la joroba al camello. Primero dibujó con el dedo una línea en el aire y se volvió sólida. Después hizo una nube, y luego un huevo -puedes verlos en la parte de abajo del dibujo-, y después una calabaza mágica que se convirtió en una gran llama blanca. Entonces el genio cogió su abanico mágico y abanicó la llama hasta que la propia llama se volvió mágica. Fue una magia buena y muy amable en realidad, a pesar de que tenía que jorobar al camello, porque era perezoso. El genio que estaba a cargo de todos los desiertos era uno de los genios más amables, así que no hacía nunca nada que fuera realmente malo.



-¿Cómo voy a hacerlo -replicó el camello-, con esta joroba en la espalda?

-Está hecha a propósito -explicó el genio-, todo por haber perdido esos tres días. De ahora en adelante podrás trabajar durante tres días sin comer, porque podrás vivir de lo

que tengas en la joroba. Y no digas jamás que nunca hice nada por ti. Sal del desierto, reúnete con los tres y compórtate. ¡Joróbate!

Y el camello se jorobó, con joroba *y* todo, *y* marchó a unirse a los tres. Desde ese día hasta hoy el camello lleva siempre puesta la joroba (ahora la llamamos giba, para no herir sus sentimientos), pero nunca ha recuperado los tres días que perdió al principio del mundo y tampoco ha aprendido a comportarse.

Éste es el dibujo del genio a cargo de todos los desiertos dirigiendo el encantamiento con su abanico mágico. El camello está comiendo una ramita de acacia, y acaba de decir ¡Joroba! una vez más (el genio le dijo que lo hiciera) así que la joroba está apareciendo. La cosa larga como una toalla que sale de eso que se parece a una cebolla es el encantamiento, y puedes ver que lleva la joroba sobre el hombro. La joroba encaja en la parte plana de la espalda del camello. Éste está demasiado ocupado contemplando su propia belleza en el charco de agua para darse cuenta de lo que va a pasarle.

Debajo del dibujo propiamente dicho hay otro del mundo tan nuevo-y-flamante. En él puedes ver dos volcanes humeantes, algunas otras montañas, unas piedras, un lago, una isla negra, un río que serpentea y otras muchas cosas, así como un arca de Noé. No podía dibujar todos los desiertos de los que está encargado el genio, por eso sólo dibujé uno, pero es de lo más desértico.



La joroba del camello es un bulto muy feo
que en el zoo bien puedes ver,
pero más fea es la joroba que nos sale
cuando tenemos poco que hacer.

A los chicos y a los mayores también
cuando no tenemos bastante que hacer
nos sale la joroba,
la horrible joroba,
la joroba negra y azul.

De la cama saltamos,
la cabeza helada, la voz enmarañada,
tiritamos, ceñudos, gruñimos y refunfuñamos
por el baño, las botas y los juguetes amontonados.

Debería haber un rincón para mí
(sé que hay uno para ti)
cuando nos sale la joroba,
la horrible joroba,
la joroba negra y azul.

El remedio está en no quedarse quieto
ni atontado con un libro junto al fuego,
sino en coger un gran pico y una pala también
y cavar y cavar hasta sudar bien.

Entonces verás que el sol y el viento
y el genio del jardín al momento
te quitan la joroba,
la horrible joroba,
la joroba negra y azul.

Como tú la tengo
cuando poco quehacer tengo.
A todos nos sale la joroba,
la horrible joroba,
a los chicos y a los mayores también.

ASÍ FUE COMO SE LE ARRUGÓ LA PIEL AL RINOCERONTE

Había una vez, en una isla deshabitada frente a las costas del Mar Rojo, un parsi cuyo sombrero reflejaba los rayos del sol con un esplendor-más-que-oriental. Vivía el parsi junto al Mar Rojo con nada más que su sombrero, su cuchillo y un hornillo de esos que debes tener mucho cuidado de no tocar nunca. Un día cogió harina, agua, pasas de Corinto, ciruelas, azúcar y esas cosas y se hizo una torta de medio metro de ancha y un metro de gruesa. Era, desde luego, un Comestible Superior *(eso* es magia) *y* la puso en el hornillo, porque *él* tenía permiso para cocinar en aquel hornillo, y la coció y coció hasta que estuvo toda dorada y olía que daba gusto. Pero justo cuando iba a comerla llegó a la

playa desde el Interior Completamente Deshabitado un rinoceronte con un cuerno en el hocico, dos ojos de cerdo y pocos modales. En aquellos tiempos el rinoceronte tenía la piel muy estirada. No aparecían arrugas por ninguna parte. Tenía exactamente el mismo aspecto que el rinoceronte del Arca de Noé, pero era, desde luego, mucho más grande. De todas formas, no tenía modales entonces, no los tiene ahora, ni los tendrá nunca. Dijo: ¡Auuu!, *y* el parsi dejó la torta *y* se subió a lo alto de una palmera sin llevar encima nada más que el sombrero que reflejaba los rayos del sol con un resplandor-más-que-oriental. El rinoceronte derribó el hornillo de aceite con el hocico, la torta rodó por la arena y él la pinchó con el cuerno del hocico, se la comió y se marchó, moviendo el rabo, al desolado Interior Completamente Deshabitado que linda con las islas de Mazanderan, Socotra y los Promontorios del Equinoccio Mayor. Entonces el parsi bajó de la palmera, puso en pie el hornillo *y* recitó el siguiente *Sloka,* que como no lo sabes, procederé a relatarte:

Quienes la torta se han comido
que yo, el parsi, he cocido,
error fatal han cometido.

Y el *Sloka* tenía mucha más miga de lo que pudieras imaginar.

Porque, cinco semanas más tarde, hubo una ola de calor en el Mar Rojo y todo el mundo se quitó toda la ropa que llevaba. El parsi se quitó el sombrero, pero el rinoceronte se quitó la piel, y la llevaba al hombro cuando bajó a la playa a bañarse. En aquellos tiempos se la abotonaba por debajo con tres botones y parecía un impermeable. No dijo nada de nada sobre la torta del parsi, porque se la había comido toda, y jamás había tenido modales, ni entonces, ni ahora ni nunca. Se metió directamente en el agua y, dejando la piel en la playa, hacía burbujas soplando por el hocico.

Al poco llegó por allí el parsi, encontró la piel y se rió con una sonrisa que le dio la vuelta a la cara dos veces. Luego bailó dando tres vueltas alrededor de la piel *y* frotándose las manos. Después fue a su tienda *y* llenó el sombrero con migas de torta, pues el parsi nunca comía más que torta y nunca barría la tienda. Cogió la piel, la sacudió, la restregó, la frotó *y* la llenó con *tantas* migas de torta viejas, secas, rancias y de las que pican *cuantas* cabían, y también con algunas pasas de Corinto requemadas. Entonces se subió a lo alto de la palmera *y* esperó a que el rinoceronte saliera del agua *y* se la pusiera.

Y el rinoceronte lo hizo. La abotonó con los tres botones y notó que picaba como cuando hay migas de torta en la cama. Entonces quiso rascarse, pero eso lo empeoró. Luego se tumbó en la arena *y* rodó, rodó *y* rodó, y, a cada vuelta que daba, las migas de la torta le picaban más, más y más. Después corrió hasta la palmera *y* se frotó, frotó *y* frotó contra ella. Tanto frotó y con tanta fuerza que se le hizo una gran arruga en la piel de los hombros, y otra por debajo, donde solían estar los botones (que perdió con el frotamiento), y algunas arrugas más sobre las patas.

Eso le agrió el carácter, pero no supuso ninguna diferencia para las migas de torta, que tenía por dentro de la piel y le picaban. Así que se fue a casa, muy enfadado de veras y con unos rasguños horribles. Y desde entonces hasta hoy todos los rinocerontes tienen grandes arrugas en la piel y muy mal genio, todo por culpa de las migas de torta que llevan dentro.

Éste es el dibujo del parsi empezando a comerse la torta en la Isla Deshabitada del Mar Rojo en un día muy caluroso, y del rinoceronte que baja del Interior Completamente Deshabitado, que, como verdaderamente puedes ver, es todo rocoso. La piel del rinoceronte es muy lisa y los tres botones con los que se abotona están debajo, así que no puedes verlos. Las cosas como garabatos del sombrero del parsi son los rayos del sol reflejados con un esplendor-más-que-oriental, porque si hubiera dibujado rayos verdaderos habrían llenado todo el dibujo. La torta tiene pasas de Corinto. La rueda sobre la arena en la parte delantera del dibujo perteneció a uno de los carros del Faraón, cuando intentaba cruzar el Mar Rojo. El parsi la encontró y se la quedó para jugar con ella. El parsi se llamaba Pestonjee Bomonjee y el rinoceronte Strorks, porque respiraba por la boca en lugar de hacerlo por la nariz. Yo que tú no haría ninguna pregunta sobre el hornillo.



En cambio el parsi se bajó de la palmera, llevando puesto el sombrero que reflejaba los rayos del sol con un esplendor-más-que-oriental, empaquetó su hornillo y se marchó en dirección a Orotavo, Amígdala, las Praderas Altas del Anantarivo y las Marismas de Sonaput.

Éste es el parsi Pestonjee Bomonjee sentado en su palmera observando al rinoceronte Strorks que se baña cerca de la playa de la Isla Completamente Deshabitada. El parsi ha frotado la piel con las migas de torta y sonríe pensando lo que le picarán a Strorks cuando se la ponga otra vez. La piel está justo debajo de las rocas que hay bajo la palmera en un sitio fresco, por eso no se ve. El parsi lleva un sombrero nuevo de esplendor más-que-oriental, de esos que suelen llevar los parsis, y tiene en la mano un cuchillo para grabar su nombre en las palmeras. Las cosas negras en las islas que hay en el mar son trozos de barcos que naufragaron bajando por el Mar Rojo, pero todos los pasajeros se salvaron y volvieron a casa.

La cosa negra que está en el agua junto a la playa no es en absoluto un naufragio. Es

Strorks, el rinoceronte, que se está bañando sin la piel. Bajo la piel era tan negro como por fuera. *Yo* que tú no preguntaría nada sobre el hornillo.

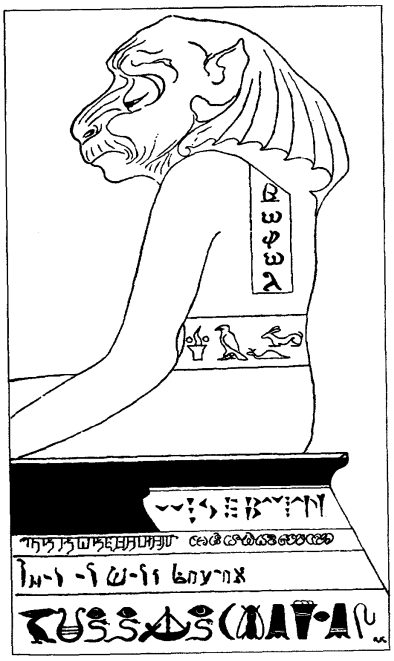


Esta isla deshabitada
está frente al Cabo Gardábigo,
junto a las playas de Socohada
y del rosado MarArábigo:
Pero hace mucho calor... demasiado calor desde Suez
Para que la gente como tú y yo
vayamos alguna vez,
en un gran bajel oriental,
al parsi de la torta a visitar

ASÍ FUE COMO SE PUSO LAS MANCHAS EL LEOPARDO

En los tiempos en que todos empezaban jugando limpio, mi niño querido, el leopardo vivía en una Meseta Alta. Recuerda que no era la Meseta Baja, ni la Meseta de los Arbustos, ni la Meseta Escarpada, sino exclusivamente la desnuda, calurosa y brillante Meseta Alta, donde había arena y rocas de color arenoso y nada más que matas de hierba de un amarillo arenoso. Allí vivían la jirafa, la cebra, el antílope, el kudu y el búfalo, y todos tenían exclusivamente ese color parduzco-amarillento-arenoso de pies a cabeza, pero el leopardo era el más exclusivamente parduzco-amarillento-arenoso de todos... una especie de fiera de tipo felino y color grisáceo amarillento que estaba a tono, hasta el último pelo, con el color exclusivamente parduzco-grisáceo-amarillento de la Meseta Alta. Esto era desastroso para la jirafa, la cebra y los demás animales, porque se tumbaba junto a una roca exclusivamente pardusca-grisáceo-amarillenta o sobre una mata de hierba y cuando la jirafa o la cebra o el antílope o el kudu o el guib o el gamo pasaban por allí terminaba por sorpresa con sus saltarinas vidas. ¡Claro que lo hacía! Y había, también, un etíope con arcos y flechas (un hombre exclusivamente parduzco-grisáceo-amarillento era por entonces) que vivía en la Meseta Alta con el leopardo. Los dos solían cazar juntos, -el etíope con sus arcos y sus flechas y el leopardo exclusivamente con sus dientes y sus garras- hasta que, mi niño querido, la jirafa, el antílope, el kudu y el cuaga ya no sabían por dónde saltar. ¡No, de verdad que no lo sabían!

Éste es el sabio Baviaan, el mandril de cabeza de perro que es verdaderamente el animal más sabio de toda el África del Sur. Lo he dibujado de una estatua que creé con mi propia imaginación y he escrito su nombre en el cinto, en el hombro y en la cosa sobre la que está sentado. Lo he escrito en caracteres que no se llaman ni coptos, ni jeroglíficos, ni cuneiformes, ni bengalíes, ni birmanos, ni hebreos, todo porque es tan sabio. No es bello, pero es muy sabio, y me gustaría pintarlo con los colores de la caja de pinturas, pero no me lo permiten. La cosa como un paraguas que lleva en la cabeza es su Melena Convencional.



Al cabo de mucho tiempo -las cosas duraban tanto tiempo en aquella época- aprendieron a evitar todo lo que se pareciera a un leopardo o a un etíope, y, poco a poco -la jirafa fue la que empezó, porque tenía las patas más largas- se fueron marchando de la Meseta Alta. Huyeron durante días *y* días *y* días hasta que llegaron a un gran bosque exclusivamente lleno de árboles, de arbustos y de sombras a rayas, a motas y a manchas y allí se escondieron. Y pasado de nuevo mucho, mucho tiempo, con tanto estar mitad a la sombra y mitad fuera de ella y con tanto caer sobre ellos las escurridizas y deslizantes sombras de los árboles, a la jirafa le salieron manchas *y a* la cebra rayas, y el antílope *y* el kudu se volvieron más oscuros y les aparecieron en los lomos unas finas y ondulantes líneas grises como las de la corteza de un árbol, de forma que, aunque se los podía oír *y* oler, muy rara vez se los podía ver *y* eso sólo cuando sabías exactamente dónde tenías que mirar. Se lo pasaron muy bien en las sombras exclusivamente a rayas, a motas y a manchas del bosque mientras el leopardo y el etíope corrían fuera por la exclusivamente grisácea-amarillenta-rojiza Meseta Alta, preguntándose adónde se habían ido sus desayunos, sus comidas y sus meriendas. Al final estaban tan hambrientos que comían ratas, escarabajos y damanes de las rocas, ¡el leopardo y el etíope!, y a los dos les dio un gran dolor de barriga. Entonces fueron a ver a Baviaan, el mandril ladrador con cabeza de perro que es verdaderamente el animal más sabio de toda el África del Sur.

El leopardo le preguntó a Baviaan (y era un día de mucho calor):

-¿Adónde ha ido toda la caza?

Baviaan hizo un guiño. *Él* lo sabía.

El etíope preguntó a Baviaan:

-¿Podría decirme cuál es el hábitat actual de la fauna aborigen? (Lo que significaba lo mismo, pero el etíope utilizaba siempre palabras largas porque era adulto).

Y Baviaan hizo un guiño. *Él* lo sabía.

Entonces habló Baviaan:

-La caza se ha marchado a otros sitios y el consejo que te doy, leopardo, es que te vayas a otros sitios tan pronto como puedas.

Y el etíope dijo:

-Todo eso está muy bien, pero lo que deseo saber es adónde ha emigrado la fauna aborigen.

A lo que Baviaan respondió:

-La fauna aborigen se ha unido a la flora aborigen porque ya era hora de cambiar, y te aconsejo, etíope, que cambies tan pronto como puedas.

Aquello dejó pasmados al leopardo y al etíope, pero se pusieron en marcha en busca de la flora aborigen, y luego, al cabo de muchísimos días, vieron un bosque elevado, alto y grande lleno de troncos de árboles, todo exclusivamente moteado, retoñado, manchado, punteado, salpicado, acuchillado, tejido y entretejido de sombras. (Di esto rápidamente en voz alta y verás lo sombreadísimo que debía de estar aquel bosque).

-¿Qué es esto -preguntó el leopardo-, que es tan exclusivamente oscuro, y, no obstante, tan lleno de pequeños fragmentos de luz?

-No sé -respondió el etíope-, pero debería ser la flora aborigen. Puedo oler a la jirafa y oírla, pero no puedo verla.

-Es curioso -dijo el leopardo-. Supongo que se debe a que acabamos de entrar dejando la luz del sol. Puedo oler a la cebra y oírla, pero no puedo verla.

-Espera un poco -indicó el etíope-. Ha pasado mucho tiempo desde que las cazábamos. Quizá nos hayamos olvidado de cómo eran.

-¡Tonterías! -exclamó el leopardo-. Las recuerdo perfectamente en la Meseta Alta, especialmente sus huesos con tuétano. La jirafa tiene unos cinco metros de altura, y de la cabeza a la pezuña es exclusivamente de un color tostado amarillo-dorado, y la cebra tiene metro *y* medio de altura *y* de la cabeza a la pezuña es exclusivamente de un color beige-grisáceo.

-¡Hummm! -murmuró el etíope mirando entre las sombras moteadas-punteadas del bosque de la flora aborigen-. Entonces en este lugar oscuro deberían destacar como plátanos maduros en un ahumadero.

Pero no destacaban. El leopardo y el etíope cazaron durante todo el día, y aunque podían olerlas y oírlas no lograron ver a ninguna.

-¡Por Dios! -dijo el leopardo a la hora de la merienda-, esperemos a que oscurezca. Este cazar a la luz del día es un verdadero escándalo.

Por tanto esperaron hasta que oscureció y entonces el leopardo oyó algo que respiraba husmeando a la luz de las estrellas y que parecía todo rayas a través de las ramas así que saltó sobre el ruido que olía como la cebra, tenía el tacto como el de la cebra y cuando la derribó coceaba como una cebra, pero no pudo verla. Por lo que le dijo:

-Estate quieta, ¡oh tú!, persona sin forma. Voy a quedarme sentado sobre tu cabeza hasta la mañana porque hay algo en ti que no entiendo.

Pronto oyó un gruñido, un choque y una pelea, y el etíope gritó:

-He cogido algo que no puedo ver. Huele a jirafa, cocea como la jirafa, pero no tiene forma alguna.

-No te fíes-dijo el leopardo-. Siéntate sobre su cabeza hasta la mañana... lo mismo que yo. No tienen forma... ninguno de ellos.

Se quedaron, por tanto, firmemente sentados sobre ellos hasta que llegó el brillo de la mañana, y entonces el leopardo preguntó:

-¿Qué tienes a tu lado de la mesa, hermano?

El etíope se rascó la cabeza y respondió:

-Debería ser de cabeza a pezuña exclusivamente de un fuerte color tostado-anaranjado y debería ser jirafa, pero está completamente cubierta de manchas de color castaño. ¿Y qué tienes a *tu* lado de la mesa, hermano?

El leopardo se rascó la cabeza y respondió:

-Debería ser exclusivamente de un beige-grisáceo y debería ser cebra, pero está completamente cubierta de rayas negras y moradas. ¿Qué diablos te has hecho, cebra? ¿No sabes que si estuvieras en la Meseta Alta te vería a diez kilómetros de distancia? No tienes forma alguna.

-Sí -respondió la cebra-, pero esto no es la Meseta Alta. ¿No lo ves?

-Lo veo ahora -respondió el leopardo-, pero no pude verlo durante todo el día de ayer. ¿Cómo es eso?

-Dejad que nos levantemos -dijo la cebra- y os lo mostraremos.

Dejaron levantarse a la cebra y a la jirafa. La cebra se acercó a unos pequeños matorrales de espino donde la luz del sol caía toda hecha rayas y la jirafa se fue a unos árboles altos donde las sombras caían todas en forma de manchas.

-Ahora observad -dijeron la cebra y la jirafa-. Así es como se hace. ¡A la una... a las dos... alas tres! ¿Dónde está vuestro desayuno?

El leopardo miró intensamente y lo mismo el etíope, pero lo único que pudieron ver fueron sombras a rayas y sombras a manchas en el bosque, pero ni señal de la cebra ni de la jirafa. Acababan de ir a esconderse en el bosque sombrío.

-Ji, ji! -exclamó el etíope-. Es un truco que merece la pena aprender. Aprende la lección, leopardo. En este sitio oscuro destacas como una pastilla de jabón en una carbonera.

-Jo, jo! -dijo el leopardo-. ¿Te sorprendería mucho saber que en este sitio oscuro destacas como una cataplasma de mostaza en un saco de carbón?

-Bueno, insultarnos no nos proporcionará comida -atajó el etíope-. En resumidas cuentas, lo que pasa es que no estamos a juego con lo que nos rodea. Voy a seguir el consejo de Baviaan. Me dijo que debería cambiar y como no tengo otra cosa que cambiar excepto la piel, eso es lo que voy a cambiar.

-¿Por cuál la vas a cambiar? -preguntó excitadísimo el leopardo.

-Por una de un bonito y práctico color pardo-negruzco, con un poco de morado y unos toques de azul-pizarra. Será lo más apropiado para esconderse en los huecos y detrás de los árboles.

Así que allí *y* en aquel momento se cambió la piel *y* el leopardo estaba más excitado que nunca porque jamás había visto cambiar de piel a un hombre.

-¿Y qué hago yo? -preguntó el leopardo cuando el etíope hubo cambiado a su fina piel nueva y negra hasta el último meñique.

-Sigue tú también el consejo de Baviaan. Te dijo que cambiaras de manchas.

-Y así lo hice -respondió el leopardo-. Fui de una mancha a otra lo más rápido que pude. Vine contigo a ésta, y mucho que me ha valido.

-¡Oh! -exclamó el etíope-, es que Baviaan no se refería a manchas en Suráfrica, sino en tu piel.

-¿Y para qué sirve eso? -dijo el leopardo.

-Piensa en la jirafa-explicó el etíope-. O si prefieres las rayas, en la cebra. Han

descubierto que las manchas y las rayas les satisfacen plenamente.

-Hummm -murmuró el leopardo-. No me gustaría parecerme a la cebra... no, por nada en el mundo.

-Bueno, decídete -dijo el etíope-, porque aborrecería ir de caza sin ti, pero tendré que hacerlo si insistes en mantener el aspecto de un girasol contra una cerca embreada.

-Entonces me pondré las manchas -convino el leopardo-, pero no me las hagas demasiado grandes y vulgares. No quisiera parecerme a la jirafa... no, por nada en el mundo.

Éste es el dibujo dei leopardo y el etíope después de seguir el consejo del sabio Baviaan. El leopardo se ha puesto otras manchas y el etíope se ha cambiado la piel. El etíope era realmente un negro y, por tanto, se llamaba Sambo. El leopardo se llamaba Manchas, y así se le ha llamado siempre desde entonces. Han salido a cazar al bosque moteado-punteado y están buscando al señor-un-dos-tres-¿dónde-está-el-desayuno? Si miras un poco verás que el señor-un-dos-tres no está muy lejos. El etíope se ha escondido detrás de un árbol emborronado-manchado a juego con su piel y el leopardo está tumbado junto a un montón de piedras moteadas-punteadas a tono con sus manchas. El señor-un-dos-tres-¿dónde-está-el-desayuno? está de pie comiendo las hojas de un árbol alto. Se trata de un verdadero dibujo-rompecabezas como en el juego de *buscar al gato.*



-Te las haré con las puntas de los dedos -dijo el etíope-. Aún me queda mucho negro en la piel. ¡Mira!

Entonces el etíope juntó bien los cinco dedos (todavía le quedaba mucho negro en la

piel nueva) y los fue apretando por toda la piel del leopardo, y donde quiera que tocaban los cinco dedos dejaban cinco marquitas negras, todas muy cerca unas de otras, mi niño querido. Algunas veces los dedos resbalaban y las marcas quedaban un poco borrosas, pero si miras detenidamente a cualquier leopardo, verás que siempre hay cinco manchas... de cinco huellas digitales gordas y negras.

-¡Ahora sí que *eres* una belleza! -exclamó el etíope-. Te puedes tumbar en el desnudo suelo y parecer un montón de guijarros. Te puedes tumbar en las rocas y parecer un trozo de piedra de pudinga. Puedes tumbarte en una rama con hojas y parecer luz del sol tamizada por la hojas. Puedes tumbarte en pleno medio de un sendero y no parecer nada especial. ¡Piénsalo y ronronea!

-Pero si soy todo eso -preguntó el leopardo-, ¿por qué no te pusiste manchas tú también?

-¡Oh!, el simple negro es lo mejor para un negro -contestó el etíope-. Ahora vamos a ver si no conseguimos ajustarle las cuentas al señor-un-dos-tres¿dónde-está-vuestro desayuno?

Así que se marcharon y vivieron felices desde entonces, mi niño querido. Y eso es todo. ¡Oh!, de vez en cuando oirás decir a los adultos:

-¿Pero es que puede un etíope cambiar de piel o un leopardo de manchas?

Yo creo que ni los adultos seguirían diciendo semejante tontería si el leopardo y el etíope no lo hubieran hecho una vez... ¿verdad? Pero no volverán a hacerlo, mi niño querido. Están muy contentos de ser así.

Soy el sapientísimo Baviaan que advierte en los más sabios tonos:
mezclémonos con el paisaje, únicamente los dos solos.
Ha venido gente en un carro, voceando. Pero mamá está allí.

Si tú me llevas, puedo ir, a la nana no le importa. Sí, vamos a las pocilgas, a sentarnos en la cerca del corral, a hablar con los conejos y verles la cola menear.

¡Oh, papá, hagamos... lo que sea, con tal de juntos los dos ir
a explorar de verdad y hasta la merienda no regresar.
Aquí tienes las botas (yo las traje), la gorra y el bastón, y aquí la pipa y el tabaco. ¡Oh!, salgamos rápido de aquí.

EL HIJO DEL ELEFANTE

En tiempos pasados y muy remotos el elefante, mi niño querido, no tenía trompa. Sólo tenía una nariz negruzca y voluminosa, tan grande como una bota, que podía menear de un lado a otro, pero con la que no podía coger cosas. Pero hubo un elefante... un elefante nuevo... el hijo de un elefante, al que dominaba una curiosidad insaciable, lo que significa que estaba siempre haciendo muchas preguntas. Vivía en África y toda África eravíctima de su insaciable curiosidad. Preguntó a su alta tía, el avestruz, por qué le crecían así las plumas de la cola, y su alta tía, el avestruz, le zurró con su durísima pata. Le preguntó a su alto tío, la jirafa, por qué tenía manchas en la piel, y su alto tío, la jirafa, le zurró con su durísima pezuña. ¡Y así todo, aún seguía

lleno de una curiosidad insaciable! Le preguntó a su gorda tía, la hipopótama, por qué tenía los ojos rojos y su gorda tía, la hipopótama, le zurró con su gordísima pezuña. Preguntó a su peludo tío, el mandril, por qué los melones sabían como sabían, y su peludo tío, el mandril, le zurró con su peludísima garra. ¡Pero *todavía* seguía lleno de insaciable curiosidad!

Una hermosa mañana, en medio de la precesión de los equinoccios, este insaciable hijo del elefante hizo una buena pregunta que no había hecho antes. Preguntó:

-¿Qué come el cocodrilo?

Entonces todos dijeron: ¡Chiss! en voz alta y aterrada, *y* le zurraron directa e inmediatamente, *y* sin parar, durante mucho tiempo.

Más tarde, terminada la zurra, se encontró al pájaro Kolokolo sentado en una mata de espino de espera-un-poco y le dijo: Mi padre me ha zurrado, mi madre me ha zurrado, todos mis tíos y tías me han zurrado por mi curiosidad insaciable, ¡pero *todavía* quiero saber qué come el cocodrilo! Entonces el pájaro Kolokolo dijo con lúgubre grito:

-Vete a las orillas del verdigrís, grasiento, gran río Limpopo, todas llenas de árboles de la fiebre, y lo descubrirás.

A la mañana siguiente sin falta, cuando ya no quedaba nada de los equinoccios porque la precesión había precedido de acuerdo con las precedentes, este insaciable hijo de elefante cogió cincuenta kilos de plátanos (de los pequeños y rojizos) y cincuenta kilos de caña de azúcar (de la larga *y* color púrpura) *y* diecisiete melones (de los verdes *y* crujientes), *y* dijo a todos sus queridos familiares:

-Adiós. Me voy al verdigrís, grasiento, gran río Limpopo, todo lleno de árboles de la fiebre, a descubrir lo que come el cocodrilo.

Y todos le zurraron una vez más para desearle suerte, aunque les pidió de la manera más educada que dejaran de hacerlo.

Luego se marchó, un poco acalorado, pero en absoluto sorprendido, comiendo los melones y tirando la corteza por allí, pues no podía recogerla.

Fue desde la ciudad de Graham hasta Kimberley, desde Kimberley hasta la región de Khama, y desde la región de Khama se dirigió al este-por-norte, comiendo melones todo el tiempo, hasta que por fin llegó a las orillas del verdigrís, grasiento y gran río Limpopo, todo lleno de árboles de la fiebre, precisamente como había dicho el pájaro Kolokolo.

Ahora has de saber y comprender, mi niño querido, que hasta esa misma semana, día, hora y minuto, esta insaciable cría de elefante no había visto jamás un cocodrilo y no sabía cómo era. Todo se debía a su curiosidad insaciable.

Lo primero que encontró fue una serpiente pitón bicolor de las rocas que estaba enroscada en una roca.

-Perdone -preguntó el hijo del elefante de la manera más educada-, ¿pero ha visto algo así como un cocodrilo por estos promiscuos lugares?

-¿Que si *he visto* un cocodrilo? -dijo con voz terriblemente burlona la serpiente pitón bicolor de las rocas-. ¿Qué me vas a preguntar a continuación?

-Perdone -dijo el hijo del elefante-, pero ¿sería tan amable de decirme qué es lo que come?

Entonces la serpiente pitón bicolor de las rocas se desenroscó muy deprisa de la roca y zurró al hijo del elefante con su cola escamosa y azotadora.

-Es curioso -dijo el hijo del elefante-, porque mi padre *y* mi madre, mi tío *y* mi tía, por no mencionar a mi otra tía, la hipopótama, ni a mi otro tío, el mandril, todos me han

zurrado por mi curiosidad insaciable... y supongo que aquí ocurre lo mismo.

Así que se despidió muy educadamente de la serpiente pitón bicolor de las rocas, la ayudó a enroscarse de nuevo en la roca y continuó su camino, un poco acalorado, pero en absoluto sorprendido, comiendo melones y tirando la corteza por allí porque no podía recogerla, hasta que pisó lo que creyó que era un tronco en la mismísima orilla del verdigrís, grasiento y gran río Limpopo, todo lleno de árboles de la fiebre.

Pero en realidad era el cocodrilo, mi niño querido, y el cocodrilo guiñó un ojo... ¡así!

-Perdone -preguntó el hijo del elefante con la mayor educación-, ¿pero ha visto por casualidad un cocodrilo por estos promiscuos lugares?

Entonces el cocodrilo guiñó el otro ojo y levantó del barro la mitad de la cola, y el hijo del elefante dio un paso atrás con la mayor educación porque no quería que le zurraran otra vez.

-Acércate, pequeño -dijo el cocodrilo-. ¿Por qué preguntas esas cosas?

-Perdone -dijo el hijo del elefante con la mayor educación-, pero me ha zurrado mi padre, me ha zurrado mi madre, por no mencionar a mi alta tía, el avestruz, ni a mi alto tío, la jirafa, que siempre cocea tan fuerte, así como a mi gorda tía, la hipopótama y a mi peludo tío, el mandril e incluyendo a la serpiente pitón bicolor de las rocas con la cola escamosa y azotadora, justo orilla arriba, que zurra más fuerte que ninguno, *así* que, si no le importa, no quiero que me zurren más.

-Acércate, pequeño -dijo el cocodrilo-, porque yo soy el cocodrilo.

Y derramó lágrimas de cocodrilo para demostrar que era absolutamente cierto.

Entonces se quedó sin aliento, jadeó, cayó de rodillas en la orilla y dijo:

-Usted es precisamente la persona que he estado buscando todos estos días. ¿Sería tan amable de decirme qué come?

-Acércate, pequeño -dijo el cocodrilo-, y te lo susurraré al oído.

Entonces el hijo del elefante bajó la cabeza aproximándola a las colmilludas fauces almizcleñas del cocodrilo, y el cocodrilo le cogió por su naricita que hasta esa misma semana, día, hora y minuto no había sido más grande que una bota, aunque mucho más útil.

-Creo -dijo el cocodrilo, y lo dijo entre dientes, así-: ¡crrreo que hoy empezaré con hijo de elefante!

Esto, mi niño querido, al hijo del elefante le molestó mucho y, hablando de nariz, así, dijo:

-¡Suéltame! ¡Me haces daño!

Entonces la serpiente pitón bicolor de las rocas bajó arrastrándose por la orilla y dijo:

-Mi joven amigo, si ahora mismo, de inmediato y al instante, no tiras con todas tus fuerzas, en mi opinión, tu amigo con el abrigo de cuero a cuadros grandes (se refería al cocodrilo) te arrastrará a la límpida corriente de allá antes de que puedas decir amén.

Así es como hablan siempre las serpientes pitón bicolores de las rocas.

Entonces el hijo del elefante se sentó sobre sus pequeñas patas traseras *y* tiró *y* tiró *y* tiró, *y* su nariz empezó a estirarse. El cocodrilo se revolcó en el agua volviéndola toda de color crema con los grandes meneos de su cola, *y* tiró, *y* tiró, *y* tiró.

La nariz del hijo del elefante seguía estirándose y el hijo del elefante extendió las cuatro patitas *y* tiró, *y* tiró, y tiró, y su nariz siguió estirándose. Y el cocodrilo golpeaba con la cola como si fuera un remo, y tiró y tiró *y* tiró, *y* a cada tirón la nariz del hijo del elefante se alargaba más y más... ¡y cómo dolía!

Entonces el hijo del elefante notó que le resbalaban las patas, y, hablando de nariz, que ahora medía casi metro y medio, dijo:

-¡Esto es mmasiado para mí!

La serpiente pitón bicolor de las rocas bajó entonces desde la orilla, se enroscó con un nudo doble alrededor de las patas traseras del hijo de elefante y dijo:

-Temerario e inexperto viajero ahora nos dedicaremos seriamente a un poco de alta tensión, porque si no lo hacemos, tengo la impresión de que ese buque de guerra autopropulsado con la cubierta superior blindada (con esto, mi niño querido, se refería al cocodrilo) arruinará para siempre tu futura carrera.

Así es como hablan siempre las serpientes pitones bicolores de las rocas.

De manera que tiró, *y* tiró *y* el cocodrilo tiró, pero el hijo del elefante y la serpiente pitón bicolor de las rocas tiraron más fuerte y al fin el cocodrilo soltó la nariz del hijo del elefante con un ¡plafl que se pudo oír por todo el Limpopo, arriba y abajo.

Entonces el hijo del elefante se quedó sentado de la manera más dura y repentina, pero primero tuvo mucho cuidado en darle las gracias a la serpiente pitón bicolor de las rocas, y a continuación se ocupó con esmero de su pobre nariz estirada, envolviéndola en hojas de plátano frescas y poniéndola a enfriar en el verdigrís, grasiento y gran río Limpopo.

-¿Para qué haces eso? -preguntó la serpiente pitón bicolor de las rocas.

-Perdone -respondió el hijo del elefante-, pero mi nariz está completamente deformada y estoy esperando a que encoja.

-Pues vas a tener que esperar mucho tiempo -aseguró la serpiente pitón bicolor de las rocas-. Hay gente que no sabe lo que le conviene.

El hijo del elefante estuvo allí sentado durante tres días esperando a que le encogiera la nariz. Pero no encogió nada *y*, además, le hacía bizquear. Pues verás *y* comprenderás, mi niño querido, que el cocodrilo, a fuerza de tirar, se la había convertido en una auténtica y verdadera trompa, igual a la de los elefantes de hoy.

Al final del tercer día vino una mosca y le picó en el hombro, pero antes de que supiera lo que estaba haciendo levantó la trompa y con el extremo le asestó un golpe mortal.

Éste es el hijo del elefante con el cocodrilo tirándole de la nariz. Está muy sorprendido, perplejo *y* dolido, *y,* hablando de nariz, dice: «¡Suéltame! ¡Me haces daño!» Está tirando con mucha fuerza y lo mismo el cocodrilo, pero la serpiente pitón bicolor de las rocas se apresura por el agua en ayuda del hijo del elefante. Todo eso negro son las orillas del verdigrís, grasiento, gran río Limpopo (pero no me permiten colorear estos dibujos) y el árbol en forma de botella con las raíces retorcidas y las ocho hojas es uno de los árboles de la fiebre que crecen por allí.

Debajo del dibujo propiamente dicho hay sombras de animales africanos entrando en un Arca africana. Hay dos leones, dos avestruces, dos bueyes, dos camellos, dos ovejas y otras dos cosas que parecen ratas, pero que creo que son damanes de las rocas. No significan nada. Los puse porque pensé que parecían bonitos. Parecerían muy lindos si me dejaran colorearlos.



-¡Ventaja número uno! -dijo la serpiente pitón bicolor de las rocas-. No podrías haber hecho eso con una pura porquería de nariz. Ahora trata de comer un poco.

Antes de saber lo que estaba haciendo, el hijo del elefante extendió la trompa y cogió un gran manojo de hierba, lo limpió sacudiéndolo contra las patas delanteras y se lo metió en la boca.

-¡Ventaja número dos! -dijo la serpiente pitón bicolor de las rocas-. No podrías haber hecho eso con una pura porquería de nariz. ¿No te parece que el sol es aquí muy caluroso?

-Sí que lo es -dijo el hijo del elefante, y antes de que supiera lo que estaba haciendo cogió un trozo de barro de las orillas del verdigrís, grasiento y gran Limpopo y se lo encasquetó en la cabeza donde se convirtió en una gorra de barro, refrescante y pegajosa, que chorreaba por detrás de las orejas.

-¡Ventaja número tres! -dijo la serpiente pitón bicolor de las rocas-. No podrías haber hecho eso con una pura porquería de nariz. Y ahora, ¿qué te parecería que te zurraran otra vez?

-Perdone -respondió el hijo del elefante-, pero no me gustaría lo más mínimo.

-¿Te gustaría mucho zurrar a alguien? -le preguntó la serpiente pitón bicolor de las rocas.

-Eso me gustaría muchísimo, desde luego -respondió el hijo del elefante.

-Bueno -aseguró la serpiente pitón bicolor de las rocas-, pues verás que esa nueva nariz tuya es muy útil para zurrar a alguien con ella.

-Muchas gracias -agradeció-. No lo olvidaré. Y ahora creo que iré a casa a probarla con todos mis queridos familiares.

Así pues, el hijo del elefante cruzó África, de vuelta a casa, retozando y moviendo con rapidez la trompa. Cuando quería comer fruta la bajaba del árbol tirando de ella en lugar de esperar a que cayera como antes. Cuando quería hierba la arrancaba del suelo, en lugar de ponerse de rodillas como antes. Cuando le picaban las moscas arrancaba la rama de un árbol y la utilizaba de espantamoscas, y se hacía una nueva gorra de barro, fresca y chorreante, siempre que calentaba mucho el sol. Cuando, atravesando África, se sentía solo cantaba para sí con la trompa y hacía un ruido más estrepitoso que el de varias charangas. Se tomó especialmente la molestia de encontrar a una hipopótama gorda (ésta

no era pariente suya) y la zurró mucho, para asegurarse de que la serpiente pitón bicolor de las rocas le había dicho la verdad sobre su nueva trompa. Durante el resto del tiempo recogió las cortezas de melón que había tirado de camino al Limpopo... pues era un paquidermo pulcro y ordenado.

Un cerrado anochecer volvió junto a sus queridos familiares, enrolló la trompa y dijo:

-¿Cómo están ustedes?

Ellos se alegraron mucho de verlo e inmediatamente dijeron:

-Ven a que te zurremos por tu curiosidad insaciable.

-¡Bah! -exclamó-. No creo que sepan mucho de zurras, en cambio *yo* sí que sé *y* se lo demostraré.

Entonces desenrolló la trompa y golpeó a dos de sus queridos hermanos de los pies a la cabeza.

-¡Oh, plátanos! -exclamaron ellos- ¿Dónde aprendiste ese truco? ¿Y qué le has hecho a tu nariz?

-Me consiguió una nueva el cocodrilo de las orillas del verdigrís, grasiento y gran río Limpopo -respondió el hijo del elefante-. Le pregunté qué comía y me la dio de recuerdo.

-Tiene un aspecto feísimo -dijo su peludo tío, el mandril.

-Sí que lo tiene -aseguró el hijo del elefante-. Pero es muy útil. Y cogió a su peludo tío, el mandril, por una peluda pata y lo tiró en un nido de avispas.

Éste es sólo un dibujo del hijo del elefante yendo a coger plátanos de una platanera después de conseguir su nueva, larga y hermosa trompa. No creo que sea un dibujo muy bonito, pero no pude hacerlo mejor, porque los elefantes y los plátanos son muy difíciles de dibujar. Las cosas rayadas detrás del hijo del elefante representan una región chapoteo-pantanosa en alguna parte de África. El hijo del elefante hacía la mayoría de sus tartas de barro con el lodo que encontraba por allí. Creo que quedaría mejor si pintaras a la platanera de verde y al hijo del elefante de rojo.



Luego aquel travieso hijo del elefante zurró a todos sus queridos familiares durante un buen rato hasta que estuvieron muy acalorados y extraordinariamente asombrados. Le sacó las plumas de la cola a su alta tía, el avestruz; cogió a su alto tío, la jirafa, por las patas traseras y lo arrastró por un espino. Le gritó al oído y le metió burbujas por él a su gorda tía, la hipopótama, cuando dormía en el agua después de comer. Pero nunca permitió que nadie tocara al pájaro Kolokolo.

Al fin las cosas se pusieron tan emocionantes que todos sus queridos familiares se fueron, a toda prisa y de uno en uno, a las orillas del verdigrís, grasiento y gran río Limpopo, todo lleno de árboles de la fiebre, a que el cocodrilo les prestara narices nuevas. Cuando regresaron, nadie volvió a zurrar a nadie, y, desde entonces, mi niño querido, todos los elefantes que veas, lo mismo que los que nunca verás, tienen trompas exactamente iguales a la trompa del insaciable hijo del elefante.

Tengo seis sirvientes honrados
(me enseñaron todo cuanto sé),
se llaman qué, quién, cuando,
dónde, cómo y por qué.
Los mando por tierra y por mar,
el Este y el Oeste a explorar,
y después de mucho trabajar
a todos un descanso he de dar.

De nueve a cinco les dejo descansar
de mis muchas tareas al son,
también desayunar, comer y merendar,
pues seres hambrientos son.
Pero a gentes diferentes, opiniones diferentes,
a una pequeña conozco
con diez millones de sirvientes
que ningún descanso tienen.
A todos con sus recados fuera les manda
tan pronto los ojos abre,
a un millón de Cómos, dos de Dóndes
y siete de Porqués allá les manda.

LA CANTINELA DEL VIEJO CANGURO

No fue siempre el canguro como lo vemos ahora, sino un animal diferente con cuatro patas cortas. Era gris, era lanudo, era de un orgullo desmedido: bailó sobre una cresta en medio de Australia y fue a ver al pequeño dios Nqa.

Fue a Nqa a las seis, antes del desayuno, y le dijo:

-Hazme diferente de todos los demás animales para las cinco de la tarde.

Nqa saltó de su asiento sobre la planicie de arena y gritó:

-¡Lárgate!

Era gris, era lanudo, era de un orgullo desmedido: bailó sobre un saliente rocoso en medio de Australia y fue a ver al mediano dios Nquing.

Fue a Nquing a las ocho, después del desayuno, y dijo:

-Hazme diferente de todos los demás animales, hazme también extraordinariamente popular para las cinco de la tarde.

Nquing saltó de su madriguera en la hierba australiana y gritó:

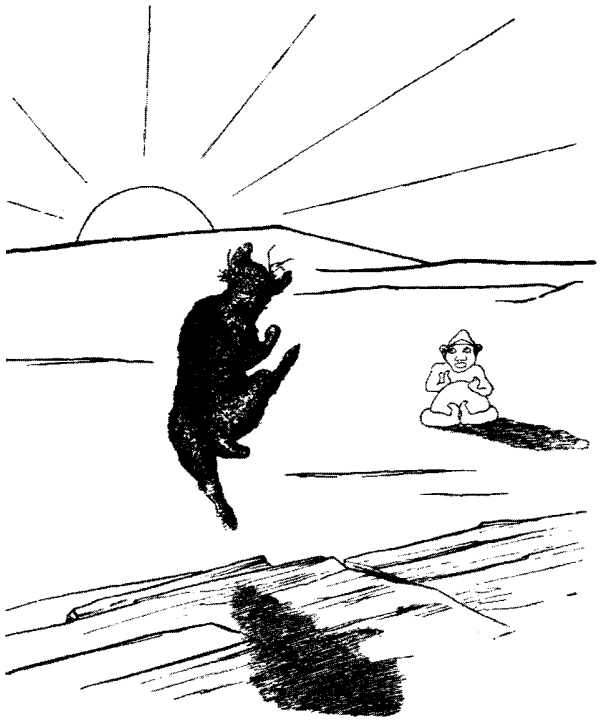
-¡Lárgate!

Era gris, era lanudo, era de un orgullo desmedido: bailó en un banco de arena en el medio de Australia y fue a ver al gran dios Nqong.

Fue a Nqong a las diez antes de la comida, y dijo:

-Hazme diferente de todos los demás animales, hazme popular y extraordinariamente seguido para las cinco de la tarde.

Éste es un dibujo del viejo canguro cuando era un animal diferente con cuatro patas cortas. Lo he dibujado gris y lanudo y puedes ver que es muy orgulloso porque lleva una guirnalda de flores en la cabeza. Está bailando en una cresta (esto quiere decir un saliente rocoso) en medio de Australia a las seis en punto antes del desayuno. Puedes ver que son las seis en punto porque el sol está empezando a salir. Esa cosa con orejas y la boca abierta es el pequeño dios Nqa. Nqa está muy sorprendido, porque no ha visto nunca a un canguro bailar así. El pequeño dios Nqa está justo diciendo: ¡Lárgate!, pero el canguro está tan atareado con su baile que aún no le ha oído.
El canguro no tiene ningún nombre verdadero salvo el de cangurón. Lo perdió por ser tan orgulloso.



Nqong saltó del baño en la salina y gritó:

-Sí, lo haré.

Nqong llamó a dingo, el perro-amarillo dingo, siempre hambriento *y* polvoriento bajo el sol, *y* le presentó al canguro. Nqong le dijo:

Éste es el dibujo del viejo canguro a las cinco de la tarde, cuando había conseguido sus hermosas patas traseras tal como le había prometido el gran dios Nqong. Puedes ver que son las cinco en punto porque así lo dice el reloj mascota domesticado del gran dios Nqong. Nqong es el que está en el baño, sacando los pies. El viejo canguro está siendo descortés con el perro-amarillo dingo. El perro-amarillo dingo ha estado tratando de coger al canguro por toda Australia. Puedes ver las huellas de las nuevas patas grandes del canguro perdiéndose en la lejanía de las colinas peladas. El perro-amarillo dingo está dibujado en negro porque no me dejan colorear estos dibujos con los colores reales de la caja de pinturas, además, el perro-amarillo dingo se había puesto terriblemente negro y polvoriento después de correr por las astillas y las carbonillas.

No sé los nombres de las flores que crecen en torno del baño de Nqong. Las dos cosas achaparradas que se ven en el desierto son los otros dos dioses con los que habló el viejo canguro por la mañana temprano. Eso con letras encima es la bolsa del canguro. Tenía que tener bolsa, al igual que tenía que tener patas.



-¡Dingo! ¡Despierta, dingo! ¿Ves a ese caballero que baila en las cenizas? Quiere ser popular y que de veras corran tras él. ¡Dingo, haz que lo sea!

Allá saltó dingo, el perro-amarillo dingo, y dijo:

-¿Qué, *ese* conejo gatuno?

Allá corrió dingo, el perro-amarillo dingo, siempre hambriento, como un cubo de carbón que enseñara los dientes, en persecución del canguro.

Y allá se fue el orgulloso canguro corriendo con sus cuatro patitas como un conejito.

¡Y aquí termina, mi niño querido, la primera parte del cuento!

Corrió por el desierto, corrió por las montañas, corrió por las salinas, corrió por los juncales, corrió por los gomeros azules, corrió por la hierba australiana, corrió hasta que las patas delanteras le dolían.

¡Tenía que hacerlo!

Dingo seguía corriendo, el perro-amarillo dingo, siempre hambriento, enseñando los dientes como una ratonera, sin acercarse ni alejarse, seguía corriendo tras el canguro.

¡Tenía que hacerlo!

Seguía corriendo el canguro... el viejo canguro. Atravesó los terrenos de los árboles Ti, atravesó las tierras de hierba rala y baja, atravesó los herbazales altos, atravesó los herbazales bajos, atravesó los trópicos de Cáncer *y* de Capricornio, *y* corrió hasta que le dolían las patas traseras.

¡Tenía que hacerlo!

Dingo seguía corriendo, el perro-amarillo dingo, cada vez más hambriento, enseñando los dientes como un collar de caballo, sin acercarse ni alejarse, y llegaron al río Wollgong.

Ahora bien, allí no había ningún puente, ni trasbordador, y el canguro no sabía cómo atravesarlo, así que se irguió sobre sus patas traseras y saltó.

¡Tenía que hacerlo!

Saltó por las astillas, saltó por las carbonillas, saltó por los desiertos del centro de Australia. Saltó como un canguro.

Primero saltó un metro, luego saltó tres metros, después saltó cinco metros. Las patas se le iban fortaleciendo y haciendo más largas. No tenía tiempo para descansar ni refrescarse aunque era lo que más necesitaba.

Seguía corriendo dingo, el perro-amarillo dingo, muy desconcertado, muy hambriento y preguntándose qué diablos hacía el viejo canguro para saltar.

Porque saltaba como un grillo, como un guisante en la sartén, o como una nueva pelota de goma en el cuarto de los niños.

¡Tenía que hacerlo!

Se arremangaba las patas delanteras, saltaba sobre las traseras, extendía la cola para equilibrar el peso por detrás y saltaba las colinas de Darling.

¡Tenía que hacerlo!

Seguía corriendo dingo, el perro-cansado dingo, cada vez más hambriento, muy desconcertado y preguntándose cuándo diablos se pararía el viejo canguro.

Entonces Nqong salió de su baño en la salina y dijo:

-Son las cinco en punto.

Se sentó dingo, el pobre-perro dingo, siempre hambriento, polvoriento bajo el sol, sacó la lengua y aulló.

Se sentó el canguro, el viejo canguro, extendió la cola por detrás como si fuera un taburete de ordeñar, y dijo:

-¡Gracias a Dios que se ha acabado *esto!*

Luego Nqong, que es siempre un caballero, dijo:

-¿Por qué no le estás agradecido al perro-amarillo dingo? ¿Por qué no le das las gracias por todo lo que ha hecho por ti?

Respondió entonces el canguro, el viejo canguro cansado:

-Me ha perseguido echándome de los lugares donde pasé mi infancia, dejándome sin comer a mis horas, alterándome tanto la forma que nunca recuperaré la que tenía, y maltratándome diabólicamente las patas.

A lo que Nqong replicó:

-Quizá esté equivocado, ¿pero no me pediste que te hiciera diferente de todos los demás animales y que te siguieran de verdad? Y ahora son *las* cinco en punto.

-Sí -aclaró el canguro-. Ojalá no se lo hubiera pedido. Pensaba que lo haría mediante hechizos y encantamientos, pero esto es una broma pesada.

-¡Broma pesada! -exclamó Nqont desde su baño en las gomas azules-. Vuelve a decir eso y le doy un silbido a dingo para que te deje sin patas traseras a fuerza de correr.

-No -rectificó el canguro-. Tengo que disculparme. Las patas son las patas, y por lo que a mí me concierne no hace falta que las cambie. Sólo pretendía explicar a Su Señoría que no he comido nada desde esta mañana y estoy, en verdad, muy vacío.

-Sí -corroboró dingo, el perro-amarillo dingo-. A mí me pasa lo mismo. Lo he hecho diferente de todos los demás animales, pero ¿qué puedo merendar?

A lo que Nqong desde su baño en la salina respondió:

-Ven a preguntármelo mañana, porque ahora voy a lavarme.

Así que en medio de Australia se quedaron el viejo canguro y el perro-amarillo dingo diciéndose el uno al otro:

-Por *tu* culpa.

Llena la boca la canción
de la carrera que hizo un cangurón,
que corrió, hazaña singular, de un tirón.
La salida en Warrigaborrigarooma el gran dios Ngong dio,
primero el viejo canguro, después perro-amarillo dingo salió.

El canguro voló saltando,
las patas traseras como pistones usando.
De la mañana a la noche saltó,
ocho metros por salto.
Perro-amarillo dingo se quedó
cual amarilla nube lejana,
tan atareado que no ladró.
¡Cielos! toda la distancia hicieron.

Nadie sabe adónde fueron,
nadie siguió la ruta que hicieron,
pues a aquel continente
nadie le había dado nombre.
Corrieron treinta grados
desde Torres Straits a Leeuwin
(mira el atlas, haz el favor)
Y allí volvieron cuando llegaron.

Suponiendo que trotaras
desdeAdelaida hasta el Pacífico,
una tarde corriendo,
la mitad de lo que esos caballeros hicieron,
bastante acalorado te sentirías,
pero qué fabulosas piernas conseguirías.
Sí, mi importuno niño,
un chico maravilloso serías.

EL ORIGEN DE LOS ARMADILLOS

También esta historia, mi niño querido, sucedió en tiempos pasados y remotísimos. Justo en la mitad de aquellos tiempos había un erizo espinudo-testarudo que vivía en las orillas del turbio Amazonas comiendo caracoles con concha y cosas así. Y tenía una amiga, una tortuga sólida-lenta que vivía en las orillas del turbio Amazonas, comiendo lechugas tiernas *y* cosas así. Y *todo*, mi niño querido, iba muy bien. ¿Comprendes?

Pero además en esa misma época de tiempos pasados y remotísimos había un jaguar pintado que vivía también en las orillas del turbio Amazonas y que comía todo lo que podía agarrar. Cuando no lograba cazar ciervos o monos comía ranas *y* escarabajos, *y* cuando no conseguía cazar ranas y escarabajos iba a su mamá jaguar, quien le decía cómo se comían los erizos y las tortugas.

Cuántas y cuántas veces le diría, meneando graciosamente la cola:

-Hijo mío, cuando encuentres un erizo debes echarlo al agua y se desenroscará, y cuando caces una tortuga debes sacarla de su caparazón utilizando la garra como si fuera una cuchara.

Y todo, mi niño querido, iba muy bien.

Éste es un interesante mapa del turbio Amazonas dibujado en rojo y negro. No tiene nada que ver con el cuento salvo que aparecen dos armadillos... arriba en la parte superior. La parte interesante son las aventuras que vivieron los hombres que fueron por el camino marcado en rojo. Cuando empecé el mapa tenía pensado dibujar armadillos, manatíes, monos con cola de araña, grandes serpientes y muchos jaguares, pero era más interesante hacer el mapa y las azarosas aventuras en rojo. Comienzas en la esquina inferior izquierda y sigues las flechitas hasta que, dando toda la vuelta, llegas al lugar donde las audaces personas embarcaron en el *Royal Tiger* para volver a casa. Es un dibujo de lo más audaz, y todas las aventuras están indicadas por escrito de manera que puedas distinguir muy bien lo que es una aventura de lo que es un árbol o un barco.



Una hermosa noche, en las orillas del turbio Amazonas, el jaguar pintado se encontró al erizo, espinudo-testarudo, y a la tortuga, sólida-lenta, sentados debajo del tronco de un árbol caído. No podían escapar, así que espinudo-testarudo, como era un erizo, se enroscó convirtiéndose en una bola, y la tortuga sólidalenta, como era una tortuga, metió la

cabeza y las patas todo lo que pudo dentro del caparazón. Y todo, mi niño querido, iba muy bien. ¿Comprendes?

-Ahora prestadme atención -dijo el jaguar pintado-, porque se trata de algo muy importante. Mi mamá me dijo que cuando encontrara un erizo tenía que tirarlo al agua para que se desenroscara, y que cuando encontrara una tortuga tenía que sacarla del caparazón con la garra. ¿Cuál de vosotros es el erizo y cuál la tortuga? ¡Por mis manchas que no sabría decirlo!

-¿Estás seguro de lo que te dijo tu mamá? -preguntó el erizo, espinudo-testarudo-. ¿Estás completamente seguro? Quizá te dijera que para desenroscar una tortuga tenías que sacarla del agua con una cuchara y que cuando agarraras a un erizo tenías que tirarlo al caparazón.

-¿Estás seguro de lo que te dijo tu mamá? -le preguntó la tortuga, sólida-lenta-. ¿Estás completamente seguro? Quizá te dijera que cuando agües a un erizo debes echarlo en tu garra y que cuando encuentres una tortuga debes descascararla hasta que se desenrosque. -No creo que dijera nada de eso en absoluto –dijo el jaguar pintado un poco confundido-, pero, por favor, decídmelo otra vez con más claridad.

-Cuando achicas agua con la garra la desenroscas con un erizo -dijo espinudo-testarudo-. Acuérdate de eso porque es importante.

-*En cambio* -dijo la tortuga-, cuando agarras la carne la tiras a la tortuga con una cuchara. ¿Es que no lo entiendes?

-Estáis haciendo que me duelan hasta las manchas de la piel -dijo el jaguar pintado-. Además no quería vuestros consejos para nada. Yo sólo quería saber quién de vosotros es el erizo y quién la tortuga.

-No te lo diré -dijo espinudo-testarudo-, pero, si quieres, puedes sacarme con cuchara de mi caparazón.

-¡Ajá! -dijo el jaguar pintado-. Ahora ya sé que eres la tortuga. ¡Creíste que no lo haría! ¡Pues ahora lo haré!

El jaguar pintado lanzó su almohadillada garra en el mismo instante en que espinudo-testarudo se enroscaba, y, por supuesto, se le llenó de púas. Peor aún, el golpe mandó a espinudo-testarudo entre los árboles y los matorrales donde estaba muy oscuro para encontrarlo. Entonces se llevó la almohadillada garra a la boca, donde, por supuesto, le hicieron más daño que nunca. En cuanto pudo hablar dijo:

-Ahora sé que él no es, de ninguna manera, una tortuga. Pero -aquí se rascó la cabeza con la garra sin púas-, ¿cómo sé que el otro es una tortuga?

-Pero *yo* sí que soy una tortuga -aseguró sólidalenta-. Tu madre tenía razón. Te dijo que tenías que sacarme del caparazón utilizando la garra como una cuchara. Empieza.

-Hace un minuto no decías eso -se quejó el jaguar pintado, quitándose con la boca las púas de la garra almohadillada- . Decías que había dicho algo completamente distinto.

-Bueno, supongamos que tú dices que yo dije que ella dijo algo completamente distinto, no veo que eso implique ninguna diferencia, porque si ella dijo lo que tú dijiste que yo dije que ella dijo, es lo mismo que si yo dije que ella dijo lo que dijo. Por otra parte, si tú crees que ella dijo que tenías que desenroscarme con una cuchara en lugar de hacerme añicos con un caparazón, es algo que no puedo evitar, ¿no es así?

-Pero tú dijiste que querías que te sacara del caparazón utilizando mi garra como una cuchara -dijo el jaguar pintado.

-Si lo piensas de nuevo, verás que no dije nada de eso. Yo dije que tu madre dijo que

tenías que sacarme del caparazón utilizando la garra como una cuchara -explicó sólida-lenta.

-¿Qué pasará si lo hago? -preguntó el jaguar de lo más husmeador y precavido.

-No lo sé, porque nunca me han sacado del caparazón utilizando la garra como una cuchara, pero te digo de verdad que si quieres verme marchar nadando no tienes más que echarme al agua.

-No lo creo -dijo el jaguar pintado-. Has mezclado todas las cosas que mi mamá me dijo que hiciera con las cosas que tú me preguntaste si estaba seguro de que ella no había dicho hasta tal punto que no sé dónde tengo la cabeza y dónde la cola pintada, y ahora vas *y* me dices algo que sí que entiendo *y* que me pone más confuso que antes. Mi mamá me dijo que tenía que echar al agua a uno de vosotros dos, y puesto que pareces tan ansioso de que te tire creo que no quieres que te tire. Así que salta al turbio Amazonas y muévete.

-Te advierto que a tu mamá no le va a gustar. No le digas que no te lo dije -apostilló sólida-lenta.

-Como vuelvas a decir otra palabra sobre lo que dijo mi mamá... -contestó el jaguar, pero antes de que hubiera terminado la frase la tortuga se zambullía sigilosamente en el turbio Amazonas, nadaba bajo el agua un largo trecho y salía por la orilla en que espinudo-testarudo la estaba esperando.

-Escapamos por los pelos -dijo espinudo-testarudo-. No me gusta ese jaguar pintado. ¿Qué le dijiste que eras?

-Le dije de verdad que era una verdadera tortuga, pero no me creía y me hizo saltar al río para ver si lo era, y como lo era, está muy sorprendido. Ahora ha ido a contárselo a su mamá. ¡Escucha!

Podían oír al jaguar pintado rugiendo de acá para allá entre los árboles y los matorrales a la vera del turbio Amazonas hasta que llegó su madre.

-¡Hijo mío, hijo mío! -repitió su mamá muchas veces, meneando graciosamente la cola-, ¿qué has estado haciendo que no deberías haber hecho?

-Traté de sacar algo que decía que quería que lo sacaran de su caparazón utilizando la garra como una cuchara, y tengo la garra llena de púas -dijo el jaguar pintado.

-¡Hijo mío, hijo mío! -repitió su mamá muchas veces meneando graciosamente la cola-, por las púas de tu almohadillada garra veo que debe de haber sido un erizo. Debiste tirarlo al agua.

-Eso se lo hice al otro. Dijo que era una tortuga, pero no le creí y era totalmente cierto, y se zambulló en el turbio Amazonas y volvió a subir, y no tengo nada que comer y creo que sería mejor que nos fuéramos a vivir a otro sitio. ¡En el turbio Amazonas son demasiado listos para mí!

-¡Hijo mío, hijo mío! -repitió su mamá muchas veces meneando graciosamente la cola-, ahora préstame atención y recuerda lo que te digo. Un erizo se enrosca convirtiéndose en una bola y sus púas apuntan de inmediato en todas las direcciones. Así reconocerás al erizo.

-Esta vieja dama no me gusta un pelo -comentó espinudo-testarudo a la sombra de una hoja enorme-. A saber qué más sabrá...

-Una tortuga no puede enroscarse -continuó mamá jaguar repitiéndolo muchas veces mientras meneaba graciosamente la cola-. Sólo mete la cabeza y las patas dentro del caparazón. Así reconocerás a la tortuga.

-Esta vieja dama no me gusta nada, nada en absoluto -dijo sólida-lenta la tortuga-. Ni jaguar pintado puede olvidar unas instrucciones como ésas. Es una pena que no sepas nadar, espinudo-testarudo.

-No me hables -dijo espinudo-testarudo-. Imagínate cuánto mejor sería si pudieras enroscarte. ¡Menudo lío! Escucha a jaguar pintado.

Jaguar pintado estaba sentado en las orillas del turbio Amazonas quitándose las púas con la boca y repitiendo para sí:

No se enrosca, pero nada,
sólida-lenta es.
Se enrosca, pero no nada,
espinudo-testarudo es.

-No lo olvidará hasta que las ranas críen pelo -comentó espinudo-testarudo-. Sujétame la barbilla, sólida-lenta. Voy a intentar aprender a nadar. Puede que resulte útil.

-¡Excelente! -exclamó sólida-lenta, y sostuvo la barbilla de espinudo-testarudo mientras el erizo pateaba las aguas del turbio Amazonas.

-Todavía serás un buen nadador -le animó sólidalenta-. Ahora, si me sueltas un poco las placas traseras, veré lo que puedo hacer para enrollarme. Puede que resulte útil.

Espinudo-testarudo ayudó a la tortuga a soltarse las placas de atrás de manera que retorciéndose y tirando, sólida-lenta logró realmente enroscarse un poquitín.

-¡Excelente! -exclamó espinudo-testarudo-, pero no deberías hacer más ejercicio ahora mismo. Se te está poniendo la cara negra. Ten la amabilidad de dirigirme en el agua una vez más y practicaré esa brazada lateral que dices que es tan fácil.

Así que espinudo-testarudo siguió practicando con sólida-lenta nadando a su lado.

-¡Excelente! -exclamó sólida-lenta-. Un poco más de práctica y te convertirás en una verdadera ballena. Ahora, si no te importa soltarme las placas delanteras y traseras dos agujeros más intentaré esa fascinante torsión que dices que es tan fácil. ¡Jaguar pintado se va a quedar pasmado!

-¡Excelente! -exclamó espinudo-testarudo todo empapado de las aguas del turbio Amazonas-. Te aseguro que no te distinguiría de uno de mi familia. ¿Dos agujeros creo que dijiste? Un poco más de expresión, por favor, y no gruñas tanto o jaguar pintado nos va a oír. Cuando hayas acabado quiero intentar esa zambullida larga que dices que es tan fácil. ¡Jaguar pintado se va a quedar pasmado!

Y espinudo-testarudo buceó y sólida-lenta buceó a su lado.

-¡Excelente! -exclamó sólida-lenta-. Un poco más de atención a aguantar la respiración y podrás tener casa en el fondo del turbio Amazonas. Ahora probaré con ese ejercicio de tapar las orejas con las patas que dices que es tan especialmente cómodo. ¡Jaguar pintado se va a quedar pasmado!

-¡Excelente! -exclamó espinudo-testarudo-. Pero estás forzando un poco las placas traseras. Ahora las tienes todas unas encima de las otras, en lugar de estar lado con lado.

-¡Oh!, eso es consecuencia del ejercicio -comentó sólida-lenta-. He notado que tus púas parece que se estén fundiendo unas con otras, y que cada vez te pareces más a una piña y menos a un erizo-castaña como solías.

-¿De verdad? -preguntó espinudo-testarudo-. Eso será por empaparme de agua. ¡Oh, jaguar pintado se va a quedar pasmado!

Continuaron los dos con sus ejercicios, ayudándose mutuamente hasta que amaneció, y cuando el sol estaba alto descansaron y se secaron. Entonces se dieron cuenta de que los dos eran muy diferentes de lo que habían sido.

-Espinudo-testarudo -dijo la tortuga después del desayuno-. No soy lo que era ayer, pero creo que aún podré entretener a jaguar pintado.

-Es justo lo mismo que estaba yo pensando en este momento -dijo espinudo-testarudo-. Creo que las escamas son una mejora tremenda en comparación con las púas... por no decir nada de la ventaja de saber nadar. ¡Oh, jaguar pintado se va a quedar pasmado! Vamos a buscarle.

Más tarde encontraron a jaguar pintado todavía curándose la garra almohadillada que se había lastimado la noche anterior. Estaba tan sorprendido que se cayó tres veces seguidas de espaldas sobre su propia cola pintada.

-¡Buenos días! -saludó espinudo-testarudo-. ¿Cómo está tu querida y bondadosa mamá esta mañana?

Éste es un dibujo de la historia del jaguar, el erizo, la tortuga y el armadillo toda entera en un ovillo. Parece bastante igual le vuelvas por donde le vuelvas. La tortuga está en el medio aprendiendo a doblarse que es por lo que las placas del caparazón de su espalda están tan separadas. Se encuentra sobre el erizo que está esperando para aprender a nadar. El erizo es japonés, porque no pude encontrar los nuestros en el jardín cuando quise dibujarlos (era de día y se habían ido a acostar bajo las dalias). Jaguar moteado está mirando desde el borde, con su garra almohadillada cuidadosamente vendada por su mamá, pues se la pinchó utilizándola como una cuchara para sacar al erizo. Está muy sorprendido viendo lo que hace la tortuga y la garra le duele. La cosa como un hocico con un ojo pequeño sobre la que trata de subir Jaguar moteado es el armadillo en que se convertirán la tortuga y el erizo cuando hayan terminado de doblarse y de nadar. Es un dibujo completamente mágico y ésa es una de las razones por las que no he dibujado los bigotes del jaguar. La otra razón fue que es tan joven que todavía no le han salido los bigotes. El nombre cariñoso con que le llamaba su mamá era el de Doffles.



-Está muy bien, gracias -respondió jaguar pintado-, pero tienes que perdonarme que en este preciso momento no recuerde tu nombre.

-Eso es muy poco amable por tu parte -dijo espinudo-testarudo- teniendo en cuenta que ayer a estas horas trataste de sacarme del caparazón utilizando tu garra como una cuchara.

-Pero si no tenías ningún caparazón. Eran todo púas -dijo jaguar pintado-. Lo sé perfectamente. ¡Mira mi garra!

-A mí me dijiste que me tirara al turbio Amazonas y que me ahogara -dijo sólida-lenta-. ¿Cómo puedes ser hoy tan maleducado y olvidadizo?

-¿No te acuerdas de lo que te dijo tu mamá? -preguntó espinudo-testarudo-:

No se enrosca, pero nada,
espinudo-testarudo es.
Se enrosca, pero no nada,
sólida-lenta es.

Luego los dos se enroscaron *y* rodaron *y* rodaron alrededor de jaguar pintado hasta que sus ojos le daban vueltas en la cabeza como verdaderas ruedas de carro.

Entonces se fue a ver a su madre.

-Mamá -dijo-, hoy hay dos animales nuevos en el bosque, y el que decías que no podía nadar, nada, y el que decías que no podía enroscarse, se enrosca, y creo que se han repartido las púas entre los dos, porque los dos tienen escamas por todas partes en lugar de ser uno liso *y* estar el otro lleno de púas, *y*, además, ruedan *y* ruedan en círculo, *y yo* no me siento nada a gusto.

-¡Hijo mío, hijo mío! -repitió mamá jaguar muchas veces meneando graciosamente la

cola-, un erizo es un erizo *y* no puede ser más que un erizo, *y* una tortuga es una tortuga y no puede ser nada más.

-Pero ése no es un erizo ni una tortuga, sino un poco de los dos. Y no sé su nombre propio.

-¡Tonterías! -dijo mamá jaguar-. Todo tiene su nombre propio. Le llamaremos Armadillo hasta que descubramos su nombre real. Y yo lo dejaría tranquilo.

Jaguar pintado hizo lo que le dijo su mamá, especialmente lo de dejarle tranquilo, pero lo curioso, mi niño querido, es que desde ese día nadie en las orillas del turbio Amazonas ha llamado a espinudo-testarudo y a sólida-lenta otra cosa que armadillo. Desde luego que hay erizos y tortugas en otros lugares (tenemos algunos en el jardín), pero la auténtica vieja y astuta especie con las escamas superponiéndose unas sobre otras como las de una piña y que vivió en las orillas del turbio Amazonas desde remotísimos tiempos pasados, se han llamado siempre armadillos por lo astutos que fueron.

Así que todo, mi i niño querido, está bien, ¿comprendes?

Nunca el Amazonas he navegado,
ni a Brasil he llegado.
Pero Don *y* Magdalena *allá vayan,*
por mí, cuando ellos quieran.

Sí, todas las semanas, desde Southamj
grandes vapores, blancos y dorados,
a Río navegando van.
(Navegar... a Río navegar)
A Río me gusta ría navegar
algún día antes de canas peinar.

Jamás un jaguar he visto,
tampoco un armadillo
ocultándose en su armadura,
y creo que jamás andaré tan listo.

A menos que vaya a Río
esas maravillas a contemplar.
Navegar... a Río navegar.
¡De verdad a Río navegar!
¡Oh, a Río me encantaría navegar
algún día antes de canas peinar!

ASÍ FUE COMO SE ESCRIBIÓ LA PRIMERA CARTA

Había una vez, en un tiempo de lo más remoto, un hombre neolítico que no era juto ni anglo, ni siquiera dravídico, lo que bien pudiera haber sido, mi niño querido, pero no te preocupes de por qué. Era un primitivo que vivía cavernícolamente en una cueva, se vestía con muy poca ropa, no sabía leer ni sabía escribir ni quería hacerlo, y, salvo

cuando tenía hambre, era muy feliz. Se llamaba Tegumai Bopsulai que significa el-hombre que-no-adelanta-el-pie-precipitadamente, pero para abreviar, mi niño querido, le llamaremos Tegumai. Su mujer se llamaba Teshumai Tewindrow, que significa la-dama-que-hace-muchísimas-preguntas, pero, para abreviar, mi niño querido, la llamaremos Teshumai. Y su hijita se llamaba Taffimai Metallumai que significa pequeña-sin-modales-a-la-que-habría-que-zurrar, pero la voy a llamar Taffy. Era lo que más quería Tegumai Bopsulai y lo que más quería su mamá así que no la zurraban ni la mitad de lo que le convenía, y los tres eran muy felices. Tan pronto como pudo correr por ahí iba a todas partes con papá Tegumai. A veces no volvían a la cueva hasta que tenían hambre, y entonces Teshumai Tewindrow les decía:

-¿Dónde narices habéis estado para venir tan espantosamente sucios? Realmente, querido Tegumai, no eres mejor que Taffy.

¡Y ahora prestadme atención y escuchad!

Un día Tegumai Bopsulai bajó por el pantano de los castores hasta el río Wagai a coger carpas con el arpón para cenar, y también fue Taffy. El arpón de Tegumai estaba hecho de madera con dientes de tiburón en la punta, pero antes de coger un solo pez lo partió accidentalmente por pincharlo demasiado fuerte contra el fondo del río. Estaban a kilómetros y kilómetros de casa (por supuesto habían llevado la comida en una bolsita), y a Tegumai se le había olvidado llevar más arpones.

-¡En buen lío estamos metidos! -exclamó Tegumai-. Me llevará medio día arreglar esto.

-En casa está tu arpón grande y negro -dijo Taffy-. Déjame volver corriendo a la cueva y pedírsela a mamá.

-Está demasiado lejos para tus piernecitas regordetas -dijo Tegumai-. Además podrías caerte en el pantano de los castores y ahogarte. Tenemos que arreglárnoslas como podamos. Se sentó y sacó una bolsita de cuero para hacer reparaciones, llena de tendones de reno, tiras de cuero, trozos de cera de abeja y de resina y empezó a reparar el arpón. Taffy también se sentó, y, con los dedos de los pies en el agua y la barbilla en la mano, pensó muy seriamente. Luego dijo:

-Oye, papá, es un fastidio horroroso que ni tú ni yo sepamos escribir, ¿no? Si supiéramos podríamos enviar un mensaje pidiendo uno nuevo.

-Taffy -dijo Tegumai-. ¿Cuántas veces te he dicho que no utilices palabrejas? Horroroso no es una palabra bonita, pero, ya que lo mencionas, sería una ventaja que pudiéramos escribir a casa.

Justo entonces llegó por el río un forastero, pero pertenecía a una tribu lejana, los tewaras, y no entendía una palabra de la lengua de Tegumai. Se quedó en la orilla sonriendo a Taffy, porque también tenía una hijita en casa. Tegumai sacó de la bolsa de reparaciones una madeja de tendones de reno y empezó a arreglar el arpón.

-Acércate -le dijo Taffy-. ¿Sabes dónde vive mi mamá?

Y el forastero, siendo como sabes, un tewara, dijo:

-¡Humm!

-¡Tonto! -exclamó Taffy dando un pisotón porque vio un banco de carpas muy grandes que subían río arriba justo cuando su padre no podía utilizar el arpón.

-No molestes a las personas mayores -dijo Tegumai, tan ocupado arreglando el arpón que ni se volvió.

-No molesto -respondió Taffy-. Sólo quiero que haga lo que quiero que haga, pero no entiende.

-Entonces no me molestes a mí -dijo Tegumai y siguió tirando y estirando los tendones de reno con la boca llena de cabos sueltos.

El forastero, un auténtico tewara, se sentó en la hierba y Taffy le enseñaba lo que hacía su papá. El forastero pensó: «Es una niña muy sorprendente. Da un pisotón y me hace muecas. Debe de ser la hija de ese noble jefe que es tan importante que no me hace ningún caso». Así que sonrió con más cortesía que nunca.

-Vamos a ver -dijo Taffy-, quiero que vayas a mi mamá porque tus piernas son más largas que las mías y tú no te caerás en el pantano de los castores, a pedirle el otro arpón de papá, el de mango negro que cuelga sobre nuestro hogar.

El forastero (que era un tewara) pensó: «Es una niña muy, muy sorprendente. Mueve los brazos y me grita, pero no entiendo nada de lo que dice. Sin embargo mucho me temo que como no haga lo que ella quiere ese altivo Jefe, el-hombre-que-da-la-espalda-a-los-visitantes, se enfadará». Se levantó y arrancó un trozo grande y liso de corteza de abedul y se lo dio a Taffy. Lo hizo, mi niño querido, para mostrar que su corazón era tan blanco como la corteza del abedul y que no quería hacer ningún daño, pero Taffy no lo entendió bien.

-¡Oh! -exclamó Taffy-. ¡Ya entiendo! ¿Quieres la dirección de mi mamá? Claro que no sé escribir, pero puedo hacerte dibujos si consigo algo afilado para rascar. Por favor, déjame el diente de tiburón de tu collar.

El forastero *(que* era un tewara) no dijo nada, así que Taffy levantó su manecita y tiró del hermoso collar de cuentas, semillas y un diente de tiburón que tenía alrededor del cuello.

El forastero (que era un tewara) pensó: «Es una niña muy, muy, muy sorprendente. El diente de tiburón de mi collar es mágico y siempre me dijeron que si alguien lo tocaba sin mi permiso se hincharía o explotaría inmediatamente. Pero esta niña no se hincha ni explota, y ese importante Jefe, el-hombre-que-no-atiende-más-que-a-sus-asuntos y que aún no me ha hecho ningún caso en absoluto no parece temer que ella se hinche o explote. Tendré que ser más cortés».

Así que dio a Taffy el diente de tiburón, y ella se tumbó boca abajo con las piernas levantadas como hacen algunos en el suelo del salón cuando quieren dibujar, y dijo:

-¡Ahora te haré unos dibujos preciosos! Puedes mirar por encima del hombro, pero no debes moverme. Primero dibujaré a papá pescando. No se le parece mucho, pero mamá le conocerá, porque le he dibujado con el arpón todo roto. Bueno, ahora dibujaré el otro arpón que quiere, el de mango negro. Parece como si se le estuviera clavando a papá en la espalda, pero es que el diente de tiburón se me resbaló y el trozo de corteza no es bastante grande. Ése es el arpón que quiero que vayas a buscar, por eso me dibujaré a mí misma explicándotelo. No tengo el pelo tan en punta como lo he dibujado, pero es más fácil hacerlo así. Ahora te dibujaré a ti. Creo que eres muy agradable de verdad, pero no sé hacerte guapo en el dibujo así que no debes ofenderte. ¿Te has ofendido?

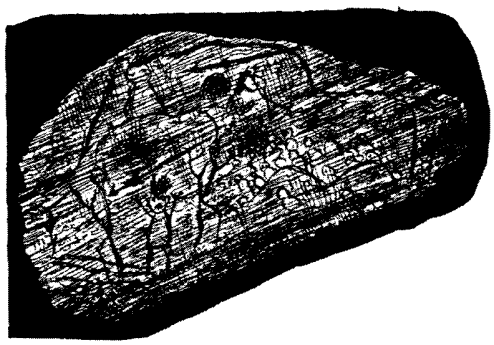
El forastero (que era *un* tewara) sonrió. Pensó: «Debe de ir a tener lugar una gran batalla en alguna parte, y esta niña extraordinaria, que coge mi diente de tiburón mágico y no se hincha ni explota, me está diciendo que vaya a llamar a toda la tribu del gran jefe para que le ayuden. Es un gran jefe o si no se habría fijado en mí».

-Mira -dijo Taffy dibujando con mucha fuerza, pero con garabatos-. Ahora te he dibujado a ti, te he puesto en la mano el arpón que quiere papá para que te acuerdes de que tienes que traerlo. Ahora te enseñaré cómo encontrar el lugar en que vive mi mamá.

Vas seguido hasta que llegas a dos árboles (ésos son árboles), luego subes una colina (esto es una colina), después llegas a un pantano de castores que está todo lleno de castores. No les he dibujado enteros, porque no sé dibujar castores, pero he dibujado sus cabezas que es todo lo que verás cuando cruces el pantano. ¡Ten cuidado de no caerte! Luego nuestra cueva está justo detrás del pantano. No es tan alta como las colinas en realidad, pero no sé dibujar cosas muy pequeñas. Ésa que está fuera es mi mamá. Es muy guapa. Es la más guapísima de todas las mamás, pero no se ofenderá cuando vea que la he dibujado tan vulgar. Estará muy orgullosa de mí porque sé dibujar. Aquí, por si se te olvida, he dibujado el arpón que quiere papá *fuera* de la cueva. En realidad está *dentro,* pero tú enseñas el dibujo a mi mamá y ella te lo dará. La he dibujado con las manos en alto porque sé que estará encantada de verte. ¿Verdad que es un dibujo bonito? ¿Lo has entendido bien, o te lo explico otra vez?

El forastero (que era un *tewara)* miró el dibujo y asintió con fuerza. Pensó para sí: «Como no traiga a la tribu de este gran jefe para que le ayuden, sus enemigos, que vienen por todas partes con arpones, le matarán. ¡Ahora comprendo por qué el gran Jefe pretendía no verme! Temía que sus enemigos se escondieran en los arbustos y le vieran entregarme un mensaje. Por eso me dio la espalda *y* dejó que esta sabia *y* sorprendente niña hiciera este terrible dibujo mostrándome sus dificultades. Iré a conseguirle ayuda de su tribu». Ni siquiera le preguntó a Taffy el camino, sino que se metió en los arbustos corriendo como el viento, con la corteza de abedul en la mano, y Taffy se sentó contentísima.

¡Pues aquí tenéis el dibujo que le hizo Taffy!



-Taffy, ¿qué has estado haciendo? -preguntó Tegumai que había arreglado el arpón y lo ondeaba con cuidado de un lado a otro.

-Es un arreglito mío, querido papá -respondió Taffy-. Si no me haces preguntas lo sabrás dentro de un rato y te sorprenderá. ¡No sabes lo que te va a sorprender, papá! Te prometo que te sorprenderás.

-Muy bien -dijo Tegumai y siguió pescando.

El forastero, ¿sabías que era un tewara?, se apresuró con el dibujo y recorrió algunos kilómetros hasta que por pura casualidad encontró a Teshumai Tewindrow en la puerta de su cueva charlando con otras señoras neolíticas que habían venido a tomar una comida primitiva. Taffy se parecía mucho a Teshumai, sobre todo en la parte superior de la cara y en los ojos de manera que el forastero, siempre un auténtico tewara, sonrió cortésmente y le dio la corteza de abedul. Había corrido tanto que jadeaba y tenía las piernas arañadas

por las zarzas, pero aun así trataba de ser cortés.

Tan pronto como vio el dibujo dio un grito y se lanzó contra el forastero. Las otras señoras neolíticas le derribaron de inmediato y se sentaron sobre él en una larga línea de seis, mientras Teshumai le tiraba del pelo.

-Está tan claro como la nariz en la cara del forastero -dijo Teshumai-. Ha acribillado con el arpón a mi Tegumai y asustado a la pobre Taffy que por eso tiene los pelos de punta, y no contento con eso me trae un horrible dibujo de cómo lo hizo. ¡Mirad! Enseñó el dibujo a las señoras neolíticas que estaban sentadas pacientemente encima del forastero.

-Aquí está mi Tegumai con el brazo roto, aquí está el arpón clavado en su espalda, aquí un hombre listo para arrojar el arpón, aquí otro hombre arrojando el arpón desde una cueva, y aquí todo un tropel de gente (en realidad eran los castores de Taffy, pero parecían más bien personas) aproximándose a Tegumai por detrás. ¿No es horrible?

-¡Verdaderamente horrible! -dijeron las señoras neolíticas, que se pusieron a llenar de barro el pelo del forastero (lo que le sorprendió), a tocar los tambores reverberantes de la tribu y a reunir a todos los jefes de la tribu de Tegumai, con sus comandantes y sus húsares, todos sus reyezuelos, y los pámpanos y archipámpanos de la organización, además de los hechiceros, nigromantes, oráculos, bonzos y demás, quienes decidieron que, antes de cortarle la cabeza al forastero, éste debía llevarlos de inmediato al río y mostrarles dónde había escondido a la pobre Taffy.

Por entonces el forastero (a pesar de ser un tewara) estaba realmente enfadado. Le habían convertido el pelo en una masa compacta de barro. Le habían hecho dar vueltas arriba y abajo sobre guijarros irregulares. Se le habían sentado encima en una larga línea de seis. Le habían aporreado y zarandeado hasta que apenas si podía respirar. Y, aunque no entendía su lengua, estaba casi seguro de que los nombres que le aplicaban las señoras neolíticas no eran nada finos. Sin embargo no dijo nada hasta que toda la tribu de Tegumai estuvo reunida. Entonces les llevó a la orilla del río Wagai, donde encontraron a Taffy haciendo guirnaldas de margaritas y a Tegumai atravesando cuidadosamente pequeñas carpas con su arpón arreglado.

-¡Pues sí que *has* sido rápido! -dijo Taffy-. Pero ¿por qué has traído tanta gente? Querido papá, ésta es mi sorpresa. ¿Estás sorprendido, papá?

-Mucho -dijo Tegumai-, aunque me has arruinado la pesca por hoy. Pero bueno, Taffy, ¿no está aquí toda la querida, amable, agradable, limpiay tranquila tribu?

Y efectivamente allí estaban todos. En primer lugar venían Teshumai Tewindrow y las señoras neolíticas sujetando bien al forastero que tenía el pelo lleno de barro (aunque era un tewara). Tras ellas llegaban el gran jefe, el vicejefe, los jefes suplentes y ayudantes (todos armados hasta los dientes superiores), los comandantes y jefes de centuria, los jefes de pelotón con sus pelotones, los húsares con sus destacamentos, los reyezuelo, los pámpanos y los archipámpanos (también armados hasta los dientes). Detrás de ellos venía la tribu en orden jerárquico, desde los dueños de cuatro cuevas (una para cada estación), un corral de renos - y dos saltos de agua con salmones hasta los villanos prognatos dependientes del señor feudal, con un medio derecho a media piel de oso en las noches de invierno a siete metros del fuego y los siervos de la gleba que no tenían derecho más que al usufructo de roídos huesos con tuétano que, a su muerte, volverían a ser propiedad de su señor. (¿No te parecen unas palabras hermosas, mi niño querido?) Allí estaban todos, saltando y gritando de forma que asustaron a todos los peces en veinte kilómetros, lo que

les agradeció Tegumai en un fluido discurso neolítico.

Entonces Teshumai Tewindrow corrió a besar y abrazar a Taffy con todas sus fuerzas, pero el gran jefe de la tribu de Tegumai cogió a Tegumai por las plumas del moño y le sacudió con fuerza.

-¡Explicad! ¡Explicad! ¡Explicad! -gritó toda la tribu de Tegumai.

-¡Por todos los santos vivos! -exclamó Tegumai-. Suéltame el moño. ¿Es que no se le puede romper a uno el arpón de las carpas sin que caiga sobre él todo el país? Sois una gente muy entrometida.

-Creo que no habéis traído el arpón de mango negro de mi papá después de todo -dijo Taffy-. ¿Y qué estáis haciendo a mi buen forastero?

Le estaban zumbando por parejas, por tríos y por decenas hasta que los ojos le daban vueltas y más vueltas. No podía hacer más que jadear y señalar a Taffy.

-Querido -dijo Teshumai Tewindrow-, ¿dónde están los malvados que te clavaron el arpón?

-No ha habido ninguno -respondió Tegumai-. Mi único visitante esta mañana ha sido el pobre hombre al que estáis tratando de ahogar. ¿No estás bien o estás mal, oh tribu de Tegumai?

-Vino con un dibujo horrible -dijo el gran jefeUn dibujo en el que estabas acribillado con arpones.

-¡Ehhh... hummm...! Quizá sería mejor que os explicara que yo le di ese dibujo -dijo Taffy, que no se encontraba muy a gusto.

-¡Tú! -exclamó toda la tribu de Tegumai al unísono-. ¡Pequeña-sin-modales-a-la-que-habría-que-zurrar! ¡Tú!

-Taffy, querida, me temo que tenemos problemas -dijo su papá estrechándola con el brazo para que no se preocupara.

-¡Explicad! ¡Explicad! ¡Explicad! -dijo el gran jefe de la tribu de Tegumai saltando a la pata coja.

-Yo quería que el forastero trajera el arpón de papá, así que la dibujé -explicó Taffy-. No había muchos arpones. Sólo había uno. Lo dibujé tres veces para mayor seguridad. No pude evitar que pareciera que estaba clavada en la cabeza de papá... porque no había espacio en la corteza de abedul. Y eso que mamá llama malvados son mis castores. Los dibujé para indicarle el camino por el pantano, y dibujé a mamá en la boca de la cueva con aspecto complacido porque es un forastero agradable, y creo que sois la gente más estúpida del mundo. Él es un hombre muy agradable. ¿Por qué le habéis llenado el pelo de barro? ¡Lavadle!

Nadie dijo nada durante mucho tiempo, hasta que el gran jefe se echó a reír, entonces el forastero (que era como mínimo un tewara) se echó a reír, luego Tegumai se rió a carcajadas hasta caer cuan largo era sobre la orilla, después toda la tribu se rió más *y* peor *y* más alto. Las únicas que no se reían eran Teshumai

Tewindrow y las señoras neolíticas. Ellas eran muy educadas con todos sus maridos y les llamaban a menudo ¡idiotas!

Entonces el gran jefe de la tribu de Tegumai gritó, dijo y cantó:

-¡Oh, pequeña-sin-modales-a-la-que-habría-quezurrar, has dado con un gran invento!

-No lo pretendía. Sólo quería el arpón de mango negro de papá -dijo Taffy.

-No importa. Es un gran invento, y algún día los hombres lo llamarán escritura. De momento son sólo dibujos, y, como hemos visto hoy, los dibujos no son siempre

adecuadamente comprendidos. Pero llegará el día, ¡oh niña de Tegumai!, en que haremos letras, veintiséis letras, *y* en que sabremos leer *y* también escribir y entonces diremos siempre exactamente lo que queremos sin errores. ¡Que las señoras neolíticas laven el barro del pelo del forastero!

-Eso me gustará -dijo Taffy-, porque después de todo, aunque has traído todos los arpones habidos y por haber en la tribu de Tegumai, has olvidado el arpón de mango negro de mi papá.

Entonces el gran jefe gritó, dijo y cantó:

-Querida Taffy, la próxima vez que escribas una carta-dibujo será mejor que la envíes con un hombre que sepa hablar nuestra lengua para que explique lo que significa. A mí no me importa porque soy un gran jefe, pero es muy molesto para el resto de la tribu de Tegumai y, como puedes ver, sorprende al forastero.

Entonces adoptaron en la tribu de Tegumai al forastero (un auténtico tewara de Tewar) por haber sido un caballero y no haber armado ningún alboroto por el barro que las señoras neolíticas le habían puesto en el pelo. Pero desde ese día hasta hoy (me imagino que es todo por culpa de Taffy) a muy pocas niñas pequeñas les ha gustado aprender a leer o escribir. La mayoría prefiere hacer dibujos y jugar con sus papás... igual que *Taffy*.

Ésta es la historia de Taffimai Metallumai grabada en un colmillo hace muchísimo tiempo por gentes antiquísimas. Si lees mi historia, o haces que te la lean, verás que está toda contada en el colmillo. El colmillo formaba parte de una antigua trompeta tribal que perteneció a la tribu de Tegumai. Los dibujos los hacían rayando con un clavo o algo así, y luego rellenaban las rayas con cera negra, pero las líneas divisorias y los cinco redondelitos de abajo los rellenaron con cera roja. Cuando estaba nuevo tenía una especie de red de cuentas, conchas y piedras preciosas en uno de los extremos; pero en la actualidad está rota y se ha perdido (todo menos el trocito que ves en el dibujo). Las letras que están a los lados del colmillo son mágicas -magia rúnica- y si sabes leerlas descubrirás algo bastante nuevo. El colmillo es de marfil... muy amarillento y rascado. Mide algo más de medio metro de altura y lo mismo de circunferencia, y pesa cinco kilos y doscientos gramos.



Una carretera vapor Merrow Down,
hoy senda cubierta de hierba.
Está a una hora de Guilford Town,
por encima del río Wey.

Aquí, cuando los cascabeles oían sonar,
los antiguos británicos se vestían y corrían
para vera los morenos fenicios,
que por Western Road sus mercancías traían.

Y aquí, o por aquí, se reunían
para sus charlas entablar,
cuentas por azabache cambiar,
y estaño por vistosas conchas de mar.

Pero mucho, mucho antes de esa época
(cuando el bisonte aún solía vagar),
Taffy y su papá allí lograron escalar
y en la colina tuvieron su hogar.

Entonces los castores en Broadstone vivían,
y una presa levantaron donde hoy Bramley está.
Los osos desde Shere a buscar venían
a Taffy donde hoy Shamley está.

El Wey que Taffy llamaba Wagai,
más de seis veces mayor era entonces.

Y toda la tribu de Tegumai,
qué imagen tan noble forjó entonces.

ASÍ FUE COMO SE HIZO EL ALFABETO

Una semana después de que Taffimai Metallumai (la seguiremos llamando Taffy, mi niño querido) cometiera aquel pequeño error con el arpón de su papá, el forastero, la carta-dibujo y todo eso, volvió a ir a pescar carpas con su papá. Su mamá quería que se quedara en casa para ayudarla a colgar pieles a secar en los grandes palos del secadero en la parte exterior de su cueva neolítica, pero Taffy madrugó, se escabulló con su papá y pescaron. Al poco empezó con risitas, y su papá le dijo:

-Niña, no hagas tonterías.

-¿Verdad que fue emocionante? -dijo Taffy-. ¿Te acuerdas de cómo el gran jefe hinchaba los carrillos y lo gracioso que estaba el bueno del forastero con el barro en el pelo?

-Pues claro -respondió Tegumai-. Tuve que pagar dos pieles de ciervo, de las suaves con festones, al forastero por lo que le hicimos.

-*Nosotros* no hicimos nada -dijo Taffy-. Fue mamá y las otras señoras neolíticas y... el barro.

-No hablemos de eso -dijo su papá-. Comamos.

Taffy cogió un hueso con tuétano y se quedó sentada callada como un ratón durante diez minutos completos, mientras su papá rayaba garabatos en trozos de corteza de abedul con un diente de tiburón. Luego dijo:

-Papá, he pensado una sorpresa secreta. Haz un sonido... cualquier sonido.

-¡Ah! -dijo Tegumai-. ¿Vale ése para empezar?

-Sí -aseguró Taffy-. Pareces una carpa con la boca abierta. Dilo otra vez, por favor.

-¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! -repitió su papá-. No seas pesada, hija mía.

-No quiero serlo, de verdad de la buena -dijo Taffy-. Forma parte de mi idea-secreta-sorpresa. Papá, di *ah* manteniendo la boca abierta al final *y* déjame ese diente. Voy a dibujar una boca de carpa completamente abierta.

-¿Para qué? -preguntó su papá.

-¿No lo entiendes? -dijo Taffy haciendo garabatos en la corteza-. Eso será nuestra sorpresita secreta. Cuando dibuje una carpa con la boca abierta en la parte ahumada al fondo de nuestra cueva -si a mamá no le importa-, eso te recordará este sonido de ah. Entonces podremos jugar a que yo saltaba de la oscuridad y te sorprendía con ese sonido... como hice el invierno pasado en el pantano de los castores.

-¿De verdad? -dijo su papá en el tono que utilizan los adultos cuando realmente están prestando atención-. Continúa, Taffy.

-¡Oh, vaya! -se quejó-. No puedo dibujar una carpa entera, pero sí que puedo dibujar algo que signifique una boca de carpa. ¿No sabes cómo se ponen de cabeza hozando en el barro? Bueno, pues aquí tenemos una carpa fingida (podemos imaginar que el resto está dibujado). Ésta es justo la boca y eso significa *ah.*

Y dibujó esto (1).

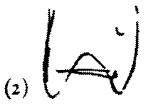

(1)

-No está mal -indicó Tegumai y lo rasguñó en su propia corteza-, pero has olvidado el palpo que le cuelga de la boca.

-Pero no sé dibujarlo, papá.

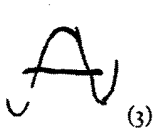
-No hace falta que dibujes más que la boca abierta y el palpo a través. Así sabremos que es una carpa, porque las percas y las truchas no tienen palpos. Mira, Taffy.

Y dibujó esto (2).


(2)

-Bueno, lo copiaré -dijo Taffy-. ¿Entenderás *esto* cuando lo veas?

Y dibujó esto (3).


(3)

-Perfectamente -dijo su papá-. Y, cuando lo vea en cualquier parte, me quedaré tan sorprendido como si tú hubieras saltado de detrás de un árbol diciendo ¡Ah!

-Ahora, haz otro sonido -dijo Taffy, muy orgullosa.

-¡Ya! -dijo su papá muy alto.

-Hummm-dijo Taffy-. Ése es un sonido mezclado. La última parte es un ah-de-boca-de-carpa, pero qué hacemos con la parte delantera? *Ye-ye-ye y ¡ah!* ¡Ya!

-Es muy parecido al ruido de boca de carpa. Dibujemos otro trocito de carpa y unámoslos -dijo su papá, también muy emocionado.

-No. Si están unidos se me olvidará. Dibújalos separados. Dibuja la cola. Si está de cabeza lo primero que aparece es la cola. Además creo que las colas son más fáciles de dibujar-dijo Taffy.

-Una buena idea -dijo Tegumai-. Aquí tienes una cola de carpa para el sonido de *ye.*

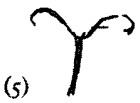
Y dibujó esto (4).


(4)

-Ahora probaré yo -dijo Taffy-.

Recuerda, papá, que no sé dibujar tan bien como tú. ¿Valdría con que dibujara la zona partida de la cola y una línea pegada hacia abajo para indicar dónde se unen?

Y dibujó esto (5).



Su papá, que tenía los ojos brillantes de excitación, asintió con la cabeza.

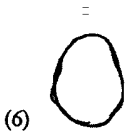
-Es hermoso -dijo ella-. Ahora, haz otro sonido, papá.

-¡Oh! -dijo su papá, muy alto.

-Eso es muy fácil -dijo Taffy-. Pones la boca toda redonda, como un huevo o una piedra. Así que un huevo o una piedra valdrán para eso.

-No siempre se encuentran huevos o piedras. Tendremos que rasguñar algo redondo como si fuera uno.

Y dibujó esto (6).



-¡Caramba! -dijo Taffy-. ¡Cuántos dibujos de sonidos hemos hecho... boca de carpa, cola de carpa y huevo! Ahora haz otro sonido, papá.

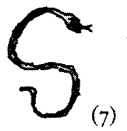
-¡Ssh! -dijo su papá frunciendo el entrecejo, pero Taffy estaba demasiado excitada para notarlo.

-Ése es muy fácil -dijo rasguñando en la corteza.

-¿Eh? ¿Qué? -dijo su papá-. Quiero decir que estaba pensando y no quería que me molestaran.

-Es un sonido, de todas formas. Es el sonido que hace una serpiente, papá, cuando está pensando y no quiere que la molesten. Dibujemos el ruido *ssh* como una serpiente. ¿Valdrá esto?

Y dibujó esto (7).



-Ahí tienes -dijo ella-. Es otro secreto sorpresa. Cuando dibujes una serpiente silbando junto a la puerta de tu pequeño rincón en la trasera de la cueva donde arreglas los arpones, sabré que estás pensando profundamente y entraré con el sigilo de un ratón. Y si lo dibujas en un árbol junto al río cuando estés pescando sabré que quieres que camine con *todo* el sigilo de un ratón para que no retumbe la orilla.

-Muy bien -dijo Tegumai-. En este juego hay mucho más de lo que te piensas. Taffy, querida, tengo la impresión de que la hija de tu papá ha dado con la cosa más sutil desde

que la tribu de Tegumai empezó a utilizar dientes de tiburón en lugar de pedernales en las puntas de sus arpones. Creo que hemos descubierto *el* gran secreto del mundo.

-¿Por qué? -preguntó Taffy con los ojos brillando de excitación.

-Te lo explicaré -dijo su papá-. ¿Cómo decimos agua en la lengua tgumai?

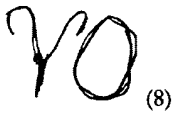
-*Ya,* desde luego, *y* también significa río... como Wagai *ya,* el río Wagai.

-¿Y cómo decimos agua mala que te da fiebre si la bebes... el agua negra... el agua de pantano?

-*Yo,* desde luego.

-Pues mira -dijo su papá-. Imagínate que ves esto garrapateado junto a una charca del pantano de los castores.

Y dibujó esto (8).



-Cola de carpa y huevo redondo. ¡Dos sonidos mezclados! *Yo,* agua mala -dijo Taffy-. Por supuesto que no bebería de esa agua porque sabría que tú decías que era mala.

-Pero no tendría que estar cerca del agua para nada. Podría estar cazando a kilómetros de distancia, y aun así...

-Y *aun así* sería igual que si estuvieras allí diciendo: Márchate, Taffy, o cogerás la fiebre. ¡Todo eso con una cola de carpa y un huevo redondo! ¡Oh, papá, tenemos que decírselo a mamá, enseguida! -y Taffy se puso a bailar en torno a su papá.

-Aún no -dijo Tegumai-, no hasta que hayas ido un poco más lejos. Veamos. *Yo* es agua mala, pero *so* es comida cocinada al fuego, ¿verdad?

Y dibujó esto (9).



-Sí. Serpiente y huevo –dijo Taffy-. Eso significa que la comida está preparada. Si lo vieras dibujado en un árbol sabrías que era hora de volver a la cueva. Y eso es lo que haría yo.

-¡Caramba! -dijo Tegumai-. Eso también es verdad. Pero espera un momento. Veo una dificultad. *So* significa ven a comer, pero *sho* son los palos en los que ponemos nuestras pieles a secar.

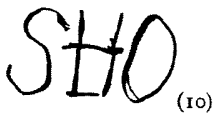
-¡Los horribles palos de secar! -exclamó Taffy-. Odio ayudar a mamá a colgar en ellos esas pieles pesadas, calientes *y* peludas. Si dibujaras la serpiente *y* el huevo, pensaría que significaba comida, vendría del bosque y me encontraría con que significaba que tenía que ayudar a mamá a colgar las pieles en los palos de secar, y ¿qué *haría?*

-Te enfadarías. Y mamá se enfadaría contigo. Tenemos que hacer un dibujo nuevo para *sho.* Debemos dibujar una serpiente moteada que silbe *sh-sh, y su*pondremos que la serpiente común sólo silba *ssss.*

-No sabría cómo dibujar las motas -dijo Taffy-. Y puede que si un día tuvieras prisa no

las pusieras, y yo creería que decía *so* cuando era *sho y* entonces mamá me cazaría de todas formas. ¡Ni hablar! Creo que sería mejor hacer un dibujo de los mismísimos palos de secar, altos *y* horribles, para estar *bien* seguros. Los pondré inmediatamente después de la serpiente silbando. ¡Mira!

Y dibujó esto (10).



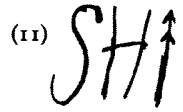
-Quizá sea lo más seguro. En todo caso se parece mucho a nuestros palos de secar -dijo su papá riendo-. Ahora haré un sonido nuevo con los sonidos de la serpiente y de los palos de secar. Diré *shi*. En tegumai significa arpón, Taffi.

Y se echó a reír.

-No te burles de mí -dijo Taffy, pensando en su carta-dibujo y en el barro en la cabeza del forastero-. Dibújalo *tú*, papá.

-Esta vez no pondremos castores ni colinas, ¿eh?-dijo su papá-. Sólo pondré una línea recta que represente mi arpón.

Y dibujó esto (11).



-Ni siquiera mamá podría confundirlo con que me estaban matando.

-*Por favor*, papá, no sigas con eso. Me hace sentirme mal. Haz algunos sonidos más.

Nos está saliendo a las mil maravillas.

-¡Ejem! -dijo Tegumai levantando la vista-. Diremos *shu.* Y significa cielo.

Taffy dibujó la serpiente y el palo de secar. Luego se paró.

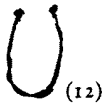
-Tenemos que hacer un dibujo nuevo para ese sonido final, ¿verdad?

-*¡Shu-shu-u-u-u!-dijo* su papá-. Anda, si es como el sonido del huevo redondo, pero adelgazado.

-Entonces supón que dibujamos un huevo redondo y delgado y nos imaginamos que es una rana que lleva años sin comer nada.

-No, no -dijo su papá-. Si lo dibujáramos con prisas podríamos confundirlo con el propio huevo redondo. *¡Shu-shu-shu!* Te diré lo que haremos. Abriremos un pequeño agujero en la parte de arriba del huevo para indicar que el ruido de O se vuelve más delgado, *ooo-oo-oo.* Así.

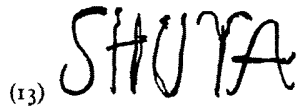
Y dibujó esto (12).



-¡Oh, es un encanto! Mucho mejor que una rana delgada. Sigue -dijo Taffy utilizando su diente de tiburón.

Su papá continuó dibujando. La mano le temblaba de excitación. Siguió dibujando

hasta que hubo hecho esto (13).



(13)

-No quites la vista del dibujo, Taffy -dijo su papá-. Intenta averiguar lo que significa en lengua tegumai. Si lo consigues, habremos descubierto el secreto.

-Serpiente... palo de secar... huevo roto... cola de carpa y boca de carpa -dijo Taffy-. *Shu-ya,* agua del cielo (lluvia). -Justo en aquel momento le cayó una gota en la mano, porque el día se había puesto nublado-. Anda, papá, está lloviendo. ¿Era *eso* lo que querías decirme?

-Claro -dijo su papá-. Y te lo he dicho sin utilizar una sola palabra, ¿no?

-Bueno, *creo* que lo habría adivinado en un minuto, pero esa gota me hizo estar completamente segura. No se me olvidará nunca. *Shu ya* significa lluvia o va a llover. ¡Fantástico, papá! -se levantó y se puso a bailar alrededor de su papá-. Imagínate que sales antes de que me despierte y dibujas *shu ya* en la parte ahumada de la pared, yo sabría que iba a llover y me pondría la capucha de piel de castor. ¡Lo que se sorprenderá mamá!

Tegumai se levantó y bailó (a los papás de entonces no les importaba hacer esas cosas).

-¡Más! ¡Todavía más! -dijo su papá-. Supón que quería decirte que no iba a llover mucho y que debías bajar al río, ¿qué dibujaríamos? Di las palabras primero en lengua tegumai.

-*Shu ya-las, ya maru* (agua del cielo terminar, río venir). *¡Cuántos* sonidos nuevos! No sé cómo vamos a dibujarlos.

-¡Pero yo sí... yo sí! -dijo Tegumai-. Presta atención un minuto, Taffy, y ya no haremos más hoy. Ya tenemos *shu ya, ¿no?,* pero ese *las* es un fastidio. *¡La-la-la!* -exclamó Tegumai ondeando el diente de tiburón.

-Tenemos la serpiente silbando al final y la boca de carpa delante de la serpiente: *as-as-as.* Sólo necesitamos *la-la-dijo* Taffy.

-Lo sé, pero tenemos que hacer *la-la.* ¡Y somos los primeros en todo el mundo que lo intentamos, Taffimai!

-Bueno -dijo Taffy bostezando, porque estaba bastante cansada-. *Las* significa romper o terminar así como acabar, ¿no?

-Efectivamente -dijo Tegumai-. *Yo-las* significa que no hay agua en la pila para que cocine mamá... precisamente cuando voy a cazar, además.

-Y *shi-las* significa que se te ha roto el arpón. ¡Ojalá hubiera pensado *eso* en lugar hacer estúpidos dibujos de castores para el forastero!

-*¡La!¡La!¡La!-dijo* Tegumai ondeando el bastón *y* frunciendo el ceño-. ¡Oh, qué lata!

-Podía haber dibujado *shi* fácilmente -siguió diciendo Taffi-. Luego habría dibujado tu arpón todo roto... ¡así!

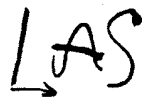
Y lo dibujó (14).



(14)

-Justo lo que queríamos -dijo Tegumai-. Eso sí que es *la* de pies a cabeza. Y además no se parece a ninguno de los otros dibujos.

Y dibujó esto (15).



(15)

-Ahora *ya. ¡Oh!,* eso ya lo hicimos. Entonces *maru. Mum-mum-mum. Mum,* hay que cerrar la boca, ¿no? Dibujaremos una boca cerrada como ésta.

Y la dibujó (16).



(16)

-Luego viene la boca de carpa abierta. Eso hace ¡Ma-ma-ma! Pero, ¿qué hacemos con esa *rrrrr,* Taffy?

-Suena toda áspera y cortante como tu sierra de dientes de tiburón cuando cortas una tabla para la canoa -dijo Taffy.

-¿Quieres decir con las puntas afiladas, como esto?

Y lo dibujó (17).

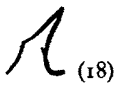


(17)

-Exacto -respondió Taffy-. Pero no necesitamos todos esos dientes. Pon sólo dos.

-Pondré sólo uno -dijo Tegumai-. Si este juego nuestro va a valer para lo que creo que valdrá, cuanto más fáciles hagamos los dibujos de los sonidos mejor para todos.

Y lo dibujó (18).

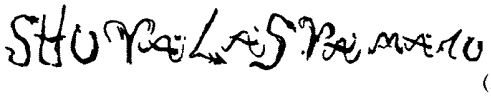


(18)

-*Ya* lo tenemos -dijo Tegumai poniéndose sobre una pierna-. Los dibujaré todos en una cuerda como al pescado.

-¿No será mejor que pongamos un palito o algo entre cada palabra para que no se rocen y se junten, lo mismo que si fueran carpas?

-¡Oh!, dejaré un espacio para eso -dijo su papá. Y muy excitado las dibujó todas en un gran trozo nuevo de corteza de abedul sin detenerse (19).



(19)

-*Shu ya-las ya-maru-dijo* Taffy leyéndolo en alto, sonido a sonido.

-Basta por hoy -dijo Tegumai-. Además te estás cansando, Taffy. No importa, querida. Lo terminaremos todo mañana, y nos recordarán durante años *y* años después de que los

árboles más grandes que veas hayan sido cortados para leña.

Así que se fueron a casa, y Tegumai se pasó toda la tarde sentado a un lado del fuego y Taffy al otro, dibujando *yosy shusy yas y shis* en la pared ahumada con risitas entre ellos hasta que su mamá dijo:

-La verdad, Tegumai, es que eres peor que mi Taffy.

-Por favor, mamá querida, no te enfades -dijo Taffy-. Es sólo nuestra sorpresa secreta. Te lo contaremos todo en cuanto lo tengamos hecho, pero, *por, favor,* no me preguntes ahora lo que es, porque tendría que decírtelo.

Por tanto, su mamá, con mucho tacto, no preguntó nada, y a la mañana siguiente, muy temprano, Tegumai bajó al río a pensar en nuevos dibujos de sonidos, *y* cuando Taffy se levantó vio *Ya-las* (agua acabándose) escrito en el lateral de la gran pila de piedra para el agua en el exterior de la cueva.

-Hummm! -dijo Taffy-. ¡Estos dibujos de sonidos son más bien una molestia! Es igual que si papá estuviera aquí en persona diciéndome que traiga más agua para que mamá pueda cocinar.

Fue a la fuente que había detrás de la casa y llenó la pila con un cubo hecho de cortezas, después bajó al río a tirar de la oreja izquierda a su papá... de la que podía tirar cuando había sido buena.

-Ahora vamos a dibujar todos los sonidos que nos quedan -dijo su papá. Y pasaron un día de lo más emocionante, con una magnífica comida a la mitad y dos juegos de brincos y retozones. Cuando llegaron a la T, Taffy dijo que como su nombre, el de papá y el de mamá empezaban todos con ese sonido, debían dibujar una especie de grupo familiar cogido de la mano. Eso estaba muy bien para dibujarlo una o dos veces, pero cuando llegaron a la sexta o séptima Taffy y Tegumai lo fueron haciendo más y más garrapateado hasta que al final el sonido de la T era sólo un Tegumai alto y delgado con los brazos abiertos para sostener a Taffy y a Teshumai. En estos tres dibujos puedes ver, en parte, cómo sucedió. (20, 21 y 22).



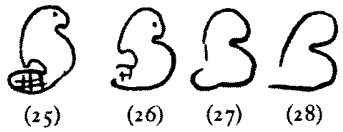
(20) (21) (22)

Muchos de los otros dibujos eran demasiado bonitos al comienzo, especialmente antes de comer, pero según los iban haciendo una y otra vez en la corteza de abedul se volvían más sencillos y fáciles, hasta que al final incluso Tegumai dijo que no les encontraba ningún defecto. Dieron la vuelta a la serpiente silbando

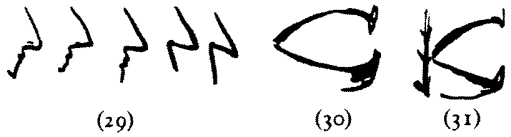


(23) (24)

para el sonido de la Z, indicando que se silbaba hacia atrás de un modo suave y delicado (23). Para la E hicieron sólo un nudo, porque salía muy a menudo (24). Para el sonido de la B hicieron dibujos del castor sagrado de los tegumais (25,26, 27 y 28), y para la N,


(25) (26) (27) (28)

como tenía un desagradable sonido nasal, dibujaron narices hasta que se cansaron (29). Para el glotón sonido Ga hicieron dibujos de la boca del gran lucio de la laguna (30), y volvieron a dibujar la boca del lucio con un arpón por detrás para el sonido áspero e hiriente de la K (31). Para el agradable, serpenteante y ventoso


(29) (30) (31)


(32) (33)

sonido Wa hicieron dibujos de un trocito del serpenteante río Wagai (32 y 33) *y* así siguieron *y* siguieron hasta que hubieron hecho todos los dibujos de sonidos que querían y tuvieron el alfabeto todo completo.

Y después de miles *y* miles *y* miles de años, y después de los jeroglíficos *y* de la escritura demótica, *y* la nilótica y la críptica y la cúfica *y* la rúnica *y* la dórica *y* la jónica, después de todo tipo de trucos y retorcimientos (porque los reyezuelos, caciques y archipámpanos y todos los depositarios de la tradición nunca dejan en paz algo bueno cuando lo ven), el viejo, bueno, fácil y comprensible alfabeto, el de A, B, C, D, E y las demás letras, recuperó de nuevo su forma auténtica para que lo aprendan todos los niños queridos cuando tienen la edad adecuada.

Pero *yo* me acuerdo de Tegumai Bopsulai, de Taffimai Metallumai y de Tshumai Tewindrow, su querida mamá, y de todos los tiempos pasados. ¡Y así fue como sucedió... justo así... hace mucho tiempo... en las orillas del gran Wgai!

Una de las primeras cosas que hizo Tegumai Bopsulai después de haber terminado el alfabeto con su hija Taffy, fue elaborar un collar alfabético mágico con todas las letras para que se pudiera poner en el Templo de tegumai y se guardara para siempre. Todos los miembros de la tribu tegumai trajeron sus cuentas más preciosas y los objetos más bellos, y Taffy y Tegumai emplearon cinco años enteros en poner el collar en orden. Éste es el dibujo del mágico collar-alfabeto. El cordón se hizo con los tendones de reno más finos y fuertes y lo rodearon con delgado alambre de cobre.

Empezando por arriba, la primera es una vieja cuenta de plata que pertenecía al sumo sacerdote de la tribu de Tegumai. Luego vienen tres perlas negras de molusco. Después una cuenta de arcilla (azul y gris). A continuación una pepita de oro enviada como regalo por una tribu que la consiguió en África (aunque debe de ser de la India en realidad). La siguiente es una cuenta de vidrio larga y de lados planos procedente de África (la tribu de Tegumai la obtuvo en una lucha). Luego vienen dos cuentas de arcilla (blanca y verde),

una con puntos, y la otra con puntos y rayas. Después hay tres cuentas de ámbar bastante desconchadas. Luego tres de arcilla (roja y blanca) dos con puntos, y la grande del centro con un motivo dentado. Ahí empiezan las letras, y entre cada letra hay una pequeña cuenta de arcilla blanquecina con la letra repetida en pequeño. Aquí están las letras:

La A está raspada en un diente (un colmillo de alce, creo).

La B es el sagrado castor de los Tegumai sobre un trozo de marfil viejo.

La C es una concha de ostra perlífera, por la parte delantera interior.

La D parece una especie de concha de mejillón, por la parte delantera exterior.

La E es un lazo de alambre de plata.

La F está rota, pero lo que queda es un trozo de cuerno de ciervo.

La G está pintada de negro en un trozo de madera. (La que va detrás de la G es una concha pequeña, en vez de ser una cuenta de arcilla. No sé por qué lo hicieron así).

La H es una especie de concha de cauri grande y marrón.

La I es la parte interior de una concha larga pulida a mano. (Tegumai tardó tres meses en pulirla).

La J es un anzuelo de madreperla.

La L es un arpón roto hecho en plata. (Desde luego la K debería ir detrás de la J, pero una vez se rompió el collar y se equivocaron al arreglarlo).

La K es una placa delgada de hueso, raspada y dada de negro.

La M está en una concha color gris pálido.

La N es un trozo de lo que llaman pórfido, con una nariz raspada encima. (Tegumai tardó cinco meses en pulir esta piedra).

La O es un trozo de concha de ostra con un agujero en el centro.

La P y la Q faltan. Se perdieron hace muchísimo tiempo, en una gran guerra, y la tribu arregló el collar con las escamas secas de una serpiente de cascabel, pero nadie encontró nunca la P y la Q. Y así nació el dicho de: Ten cuidado con tus Pes y tus Qus, que quiere decir ten cuidado de no meter la pata.

La R es, desde luego, un diente de tiburón.

La S es una pequeña serpiente de plata.

La T es el extremo de un pequeño hueso pulido, esmaltado en marrón y reluciente.

La U es otro trozo de concha de ostra.

La W es un trozo retorcido de madreperla que encontraron dentro de una gran concha de madreperla y la aserraron con un alambre bañado en agua y arena. Taffy tardó mes *y* medio en pulirla *y* taladrar los agujeros.

La X es un alambre de plata unido en el centro por un granate en bruto. (El granate lo encontró Taffy).

La Z es un trozo de ágata en forma de campana marcada con rayas en forma de Z. La serpiente en forma de Z la hicieron con una de las rayas, extrayendo la piedra blanda y poniendo en su lugar arena roja y cera de abeja. Justo en la boca de la campana puedes ver la cuenta de arcilla repitiendo la letra Z.

Éstas son todas las letras.

La cuenta siguiente, es un pequeño trozo de mena de cobre verde y redondeado. La siguiente es un trozo de turquesa sin pulir. La siguiente una pepita de oro sin pulir (a la

que ellos llaman oro acuático). La siguiente es una cuenta de arcilla de forma de melón (blanca con puntos verdosos). Luego vienen cuatro trozos planos de marfil, con puntos como si fueran fichas de dominó. Después, tres cuentas de piedra, que están muy desgastadas. Luego dos cuentas de hierro blando con agujeros de óxido en los bordes (debieron de ser mágicas, porque parecen muy corrientes), y finalmente una antiquísima cuenta africana, como de cristal, de color azul, rojo, blanco, negro y amarillo. Luego viene el lazo por el que se pasa el gran botón de plata del otro extremo, y eso es todo.
He copiado el collar con muchísimo cuidado. Pesa setecientos gramos. El garabato negro de fondo lo he puesto sólo para que destaquen las cuentas y las cosas.



De toda la tribu de Tegumai,
que la imagen forjó, nadie queda ya.
En Merrow Down los cucos cantan,
sólo sol y silencio quedan ya.

Pero cuando, fieles, los años retornan,
y los corazones no destrozados a cantar vuelven,
llega Taif, bailando por los helechos,
la primavera de Surrey a traernos.

Frondas de helecho engalanan su frente
y dorados bucles de duendes surcan las alturas.
Sus ojos como diamantes relucen
más azules que el cielo en las alturas.

En mocasines y con una piel de venado abrigada,
sin miedo, libre y hermosa, por ahí revolotea,
y el humo provoca en su pequeña y húmeda leña

para que su papá saber pueda dónde revolotea.

Pues de lejos, desde muy lejos,
tan lejos que ella no le puede llamar,
viene Tegumai, él sólo, a buscar
a la hija que es la niña de sus ojos.

EL CANGREJO QUE JUGÓ CON EL MAR

Antes de los tiempos pasados y remotísimos, mi niño querido, fue el tiempo de los mismísimos comienzos, en los días en que el más antiguo de los magos estaba terminando las cosas. Primero tuvo lista la Tierra, luego el Mar, y entonces dijo a todos los animales que podían salir a jugar. Y los animales dijeron:

-¡Oh!, el más antiguo de los magos, ¿a qué jugaremos?

Y él les respondió:

-Yo os enseñaré.

Tomó al elefante, el-único-elefante-que-había, y le dijo:

-Juega a ser un elefante -y el-único-elefante-que había jugó.

Tomó al castor, el-único-castor-que-había, y le dijo:

-Juega a ser un castor -y el-único- castor-que-había jugó.

Tomó a la vaca, la-única-vaca-que-había, y le dijo:

-Juega a ser una vaca -y la-única-vaca-que-había jugó.

Tomó a la tortuga, la-única-tortuga-que-había, y le dijo:

-Juega a ser una tortuga -y la-única-tortuga-quehabía jugó.

Tomó, uno por uno, a todos los animales, los pájaros *y* los peces *y* les dijo cómo jugar.

Pero al atardecer, cuando las personas y las cosas se vuelven inquietas y cansadas, apareció el hombre (¿con su propia hijita?)... Sí, con su queridísima hijita sentada en su hombro, y dijo:

-¿Qué juego es éste, oh, el más antiguo de los magos?

Y el más antiguo de los magos respondió:

-¡Oh, hijo de Adán!, éste es el juego de los mismísimos comienzos, pero tú eres demasiado sabio para este juego.

El hombre le saludó y dijo:

-Sí, soy demasiado sabio para este juego, pero procura que todos los animales me obedezcan.

Pues bien, mientras los dos hablaban, Pau Amma, el cangrejo, que era el siguiente para jugar, se escabulló de soslayo y se metió en el mar diciendo para sí:

-Jugaré mi juego yo solo en las aguas profundas y no obedeceré nunca a este hijo de Adán.

Nadie le vio marcharse salvo la hijita sentada en el hombro de su papá. El juego continuó hasta que no quedó ningún animal sin recibir sus órdenes, y el más antiguo de los magos se sacudió el fino polvo de las manos y paseó por el mundo para ver cómo

Librodot

jugaban los animales.

Fue al Norte, mi niño querido, y encontró al-único-elefante-que-había, escarbando con los colmillos y dando pisotones con las patas a la bonita y limpia tierra nueva que le habían preparado.

-¿Kun?-preguntó el-único-elefante-que-había, lo que significaba: ¿lo hago bien?

-*Payah kun* -respondió el más antiguo de los magos, lo que significaba: perfectamente. Y sopló a las grandes rocas y terrones de tierra lanzados por el-único-elefanteque-había y se convirtieron en las grandes montañas del Himalaya que puedes ver en cualquier mapa.

Fue al Este, y encontró a la-única-vaca-que-había, pastando en el campo que le habían preparado, y con la lengua lamía un bosque entero de una vez, lo tragaba y se sentaba a rumiarlo.

-*¿Kun?* -preguntó la única vaca que había.

-*Payah kun* -respondió el más antiguo de los magos, y sopló sobre el pelado prado que había comido la vaca y sobre el sitio en que había estado sentada, y el primero se convirtió en el gran desierto índico y el segundo en el desierto del Sáhara que puedes ver en el mapa.

Fue al Oeste, y encontró al-único-castor-que-había haciendo una presa de castor en las desembocaduras de los anchos ríos que le habían preparado.

-¿Kun?-preguntó el-único-castor-que-había.

-*Payah kun* -respondió el más antiguo de los magos, *y* sopló a los árboles caídos *y* el agua estancada *y* se convirtieron en los Everglades de Florida que puedes ver en el mapa.

Luego fue al Sur y encontró a la única tortuga que había escarbando con sus aletas en la arena que le habían preparado, *y* la arena *y* las rocas salían lanzadas por el aire y caían lejos en el mar.

-*¿Kun?* -preguntó la-única-tortuga-que-había.

-*Payah kun* -respondió el más antiguo de los magos y sopló a la arena y a las rocas donde habían caído en el mar y se convirtieron en las hermosísimas islas de Borneo, Célebes, Sumatra, Java y el resto del archipiélago malayo que puedes ver en el mapa.

Al poco tiempo el más antiguo de los magos encontró al hombre en las orillas del río Perak, y dijo:

-¡Hola, hijo de Adán! ¿Te obedecen todos los animales?

-Sí -respondió el hombre.

-¿Te obedece toda la Tierra?

-Sí -respondió el hombre.

-¿Te obedece todo el Mar?

-No -respondió el hombre-. Una vez por el día y una vez por la noche el mar sube por el río Perak y empuja al agua dulce al bosque con lo que humedece mi casa. Una vez por el día y una vez por la noche hace bajar al río arrastrando toda el agua tras él de forma que no deja más que barro y me vuelca la canoa ¿Es ése el juego que le dijiste que jugara?

-No -respondió el más antiguo de los magos-. Ése es un juego nuevo y malo.

-¡Mira! -dijo el hombre, y al decirlo el gran mar subía por el río Perak, empujando al río hacia atrás hasta que inundaba todos los oscuros bosques en kilómetros y kilómetros, y anegaba la casa del hombre.

-Esto no está bien. Saca tu canoa y descubriremos quién está jugando con el mar-dijo el más antiguo de los magos.

Subieron a la canoa. La hijita iba con ellos. Y el hombre cogió su *kris*... una daga curva

y ondulante con una hoja semejante a una llama, y salieron navegando por el río Perak. Entonces el mar empezó a arrastrar con fuerza hacia atrás y la canoa fue aspirada, sacándola de la desembocadura del río Perak, pasando Selangor, pasando Malaca, pasando Singapur y adentrándose en el mar hasta la isla de Bintang como si hubieran tirado de ella con una cuerda. Entonces el más antiguo de los magos se levantó y gritó:

-¡Eh!, animales, aves y peces que tomé entre mis manos en el mismísimo comienzo y enseñé el juego que debías jugar, ¿quién de vosotros está jugando con el mar?

Y todos los animales, aves y peces respondieron juntos:

-¡Oh el más antiguo de los magos!, nosotros jugamos a los juegos que nos enseñaste a jugar.. nosotros y los hijos de nuestros hijos. Pero ninguno de nosotros juega con el mar.

Luego la luna se elevó, grande y llena, sobre el agua, y el más antiguo de los magos dijo al viejo jorobado que está sentado en la luna hilando un sedal con el que espera atrapar al mundo un día:

-¡Eh!, pescador de la luna, ¿estás tú jugando con el mar?

-No -respondió el pescador-, estoy hilando un sedal con el que algún día atraparé al mundo, pero yo no juego con el mar -y continuó hilando su sedal.

Pero en la luna hay también una rata que muerde el sedal del pescador con la misma rapidez que él lo hila, y el más antiguo de los magos le dijo:

-¡Eh!, rata de la luna, ¿estás *tú* jugando con el mar?

Y la rata respondió:

-Estoy demasiado ocupada mordiendo el sedal que hila este viejo pescador. Yo no juego con el mar -y siguió mordiendo el sedal.

Entonces la hijita levantó los suaves bracitos morenos con hermosos brazaletes de concha blanca y dijo:

-¡Oh el más antiguo de los magos! Cuando mi padre habló contigo aquí en el mismísimo comienzo y yo me sentaba sobre su hombro mientras enseñabas a jugar a los animales hubo uno que se marchó con malicia al mar antes de que le enseñaras su juego.

Y el más antiguo de los magos dijo: «¡Qué sabios son los niños que ven y guardan silencio! ¿Cómo era ese animal?»

Y la hijita respondió:

-Era redondo y plano, los ojos le salían por unos rabillos, andaba de lado, así, y tenía la espalda cubierta con una fuerte armadura.

Entonces el más antiguo de los magos dijo: «¡Qué sabios son los niños que dicen la verdad! Ya sé adónde fue Pau Amma. ¡Dame el remo!»

Así que cogió el remo, pero no hubo necesidad de remar, pues el agua corría sin parar pasando todas las islas hasta que llegaron a un lugar llamado Pusat Tasek -el corazón del mar- donde está el gran agujero que conduce al corazón del mundo, agujero en el que crece el árbol maravilloso, Pauh Janggi, que produce los cocos gemelos mágicos. Allí el más antiguo de los magos metió el brazo hasta el hombro en la profunda agua templada y, bajo las raíces del árbol maravilloso, tocó la ancha espalda de Pau Amma, el cangrejo. Al tacto, Pau Amma se posó y todo el mar se elevó como se eleva el agua de una palangana cuando metes la mano.

-¡Ah! -exclamó el más antiguo de los magos-. Ahora sé quién ha estado jugando con el mar -y gritó-: ¿Qué estás haciendo, Pau Amma?

Y Pau Amma desde las profundidades contestó:

-Una vez por el día y una vez por la noche salgo a buscar mi comida. Una vez por el día

Librodot

y una vez por la noche regreso. Déjame en paz.

Entonces el más antiguo de los magos dijo:

-Escúchame, Pau Amma. Cuando sales de tu cueva las aguas del mar caen en tromba sobre Pusat Tasek y todas las playas de todas las islas quedan al descubierto y los peces pequeños mueren y a Raja Moyang Kaban, el rey de los elefantes, se le embarran las patas. Cuando vuelves a sentarte en Pusat Tasek las aguas del mar suben y la mitad de las pequeñas islas se inundan, la casa del hombre se anega y a RajaAbdullah, el rey de los cocodrilos, se le llena la boca de agua salada.

Éste es el dibujo de Pau Amma, el cangrejo, escapando mientras el más antiguo de los magos habla con el hombre y su hijita. El más antiguo de los magos está sentado en su trono mágico y envuelto en su nube mágica. Las tres flores que tiene delante son las tres Flores Mágicas. En la parte de arriba de la colina puedes ver al-único-elefante-que-había, la-únicavaca-que-había y la-única-tortuga-que-había, que van a jugar como les dijo el mago. La vaca tiene una giba, porque como era la-única-vaca-que-había, tenía que tener todo lo que había para todas las vacas que vinieran después. Bajo la colina hay animales a los que han enseñado el juego al que tenían que jugar. Puedes ver al-único-tigre-que-había que está sonriendo a los-únicos-huesos-que-había, y puedes ver al-únicoalce-que-había, al-único-loro-que-había y a los-únicos-conejitos-que-había. Los demás animales están al otro lado de la colina, así que no los he dibujado. La casita que hay colina arriba era la-única-casa-que-había. La construyó el más antiguo de los magos para enseñar al hombre a hacer casas cuando quisiera. La serpiente que hay alrededor del picudo montículo es la-única-serpiente-que-había. Está hablando con el-único-mono-que-había, el cual está siendo grosero con la serpiente, la cual está siendo grosera con el mono. El hombre está muy ocupado hablando con el más antiguo de los magos. La hijita está mirando cómo escapa Pau Amma. Esa especie de montecillo en la parte de delante, en el agua, es Pau Amma. En aquellos tiempos no era un cangrejo común. Era un cangrejo rey. Por eso tiene un aspecto diferente. Eso que parecen ladrillos, donde está el hombre, es el Gran Laberinto Miz. Cuando el hombre haya terminado de hablar con el más antiguo de los magos, caminará por el Gran Laberinto Miz, porque es lo que tiene que hacer. La señal que hay en la piedra debajo del pie del hombre es una marca mágica. Y debajo he dibujado las tres Flores Mágicas, mezclándolas con la Nube Mágica. Todo el dibujo es Gran Medicina y Poderosa Magia.



Entonces Pau Amma, desde las profundidades, se rió y dijo:

-No sabía que fuera tan importante. De ahora en adelante saldré siete veces al día y las aguas no estarán nunca quietas.

A lo que el más antiguo de los magos dijo:

-No puedo hacer que juegues al juego que debías jugar, Pau Amma, porque te me escapaste en el mismísimo comienzo, pero si no tienes miedo, sube y charlaremos.

-No tengo miedo -dijo Pau Amma y subió a la superficie del mar a la luz de la luna. No había nadie en el mundo tan grande como Pau Amma, pues era el rey cangrejo de todos los cangrejos. No un cangrejo común, sino un cangrejo rey. Un lado de su enorme caparazón tocaba la playa en Sarawak, el otro la tocaba por Pahang, ¡y era más alto que el humo de tres volcanes! Al elevarse entre las ramas del árbol maravilloso arrancó uno de los grandes frutos gemelos, los cocos mágicos de doble meollo que rejuvenecen a la gente, y la hijita lo vio flotando, junto a la canoa, lo cogió y empezó a cortar sus blandas yemas con sus tijeritas de oro.

-Ahora -dijo el mago-, Pau Amma, haznos algo de magia para demostrarnos que eres de verdad importante.

Pau Amma hizo dar vueltas a sus ojos y movió las patas, pero sólo pudo agitar el mar, porque, aunque era un rey cangrejo no era más que un cangrejo, y el más antiguo de los magos se echó a reír.

-Después de todo no eres tan importante, Pau Aroma-dijo el mago-. Ahora *déjame* intentarlo a mí. -Entonces hizo una magia con la mano izquierda... sólo con el dedo meñique de la mano izquierda... y he aquí, mi niño querido, que el duro caparazón negro-

Librodot

verde-azulado de Pau Amma se le *cayó* como se desprende la cáscara de un coco, quedando Pau Amma todo blando... tan blando, mi niño querido, como los cangrejos pequeños que encuentras a veces en la playa.

-Pues sí que eres importante -dijo el más antiguo de los magos-. ¿Le pido al hombre que te corte con su *kris?* ¿Mando venir a Rajah Moyang Kabang, el rey de los elefantes para que te perfore con sus colmillos? ¿O llamo a Rajah Abdullah, el rey de los cocodrilos para que te muerda?

Y Pan Amma respondió:

-¡Estoy avergonzado! Devuélveme mi duro caparazón *y* déjame volver a Pusat Tasek, *y* sólo me moveré una vez por el día y una vez por la noche para conseguir mi comida.

El mago más antiguo le dijo:

-No, Pau Amma, *no* te devolveré el caparazón porque te harías más grande, más fuerte y más orgulloso y puede que te olvidaras de tu promesa y volvieras a jugar con el mar.

Entonces Pau Amma contestó:

-¿Qué puedo hacer? Soy tan grande que sólo me puedo esconder en Pusat Tasek, y si voy a cualquier otro sitio todo blando como estoy ahora, los tiburones y los cazones me comerán. Y si voy a Pusat Tasek, todo blando como estoy ahora, aunque esté seguro, nunca podré salir a buscar mi comida, así que moriré -y después agitó las patas y se lamentó.

-Escucha, Pan Amma -dijo el más antiguo de los magos-. No puedo hacer que juegues al juego que deberías jugar porque te me escapaste en el mismísimo comienzo, pero si tú quieres puedo hacer que cada piedra, cada agujero y cada manojo de algas de todos los mares sean un seguro Pusat Tasek para ti y para tus hijos por siempre.

A lo que Pau Amma contestó:

-Eso está bien, pero no acepto aún. ¡Mira! Ahí está aquel hombre que hablaba contigo en el mismísimo comienzo. Si él no hubiera acaparado tu atención yo no me habría cansado de esperar y no me habría escapado, y todo esto no habría sucedido nunca. ¿Qué hará él por mí?

Y el hombre respondió:

-Si aceptas haré una magia para que tanto las aguas profundas como la tierra seca sean un hogar para ti y para tus hijos... así te podrás esconder tanto en la tierra como en el mar.

Y Pan Amma contestó:

-No acepto aún. ¡Mira! ahí está la niña que me vio escapar en el mismísimo comienzo. Si hubiera hablado entonces el más antiguo de los magos me habría llamado y todo esto no habría sucedido nunca. ¿Qué hará *ella* por mí?

Entonces la hijita respondió:

-Estoy comiendo un buen coco. Si aceptas, haré una magia *y* te daré estas tijeras, muy fuertes *y* afiladas, para que tú y tus hijos podáis comer cocos como éste durante todo el día cuando subáis del mar a la tierra, o puedes escarbar tu propio Pusat Tasek con tus tijeras cuando no haya cerca ninguna piedra ni agujero, y cuando la tierra esté muy dura, con ayuda de estas mismas tijeras podrás subirte a un árbol.

-No acepto aún -contestó Pau Amma-, porque con todo lo blando que soy ahora, esos regalos no me servirían de nada. Devuélveme mi caparazón, ¡oh el más antiguo de los magos!, y jugaré tu juego.

-Te lo devolveré, Pau Amma -respondió el más antiguo de los magos-, durante once meses al año, pero el duodécimo mes de cada año se te pondrá blando de nuevo para

recordarte a ti y a tus hijos que sé hacer magia y seáis humildes, Pau Amma, porque veo que si puedes correr tanto bajo el agua como por tierra, te volverás muy osado, *y* si puedes subir a los árboles *y* abrir cocos y cavar agujeros con tus tijeras te volverás demasiado glotón, Pau Amma.

Entonces Pau Amma pensó un poco y dijo:

-Ya he elegido. Me quedaré con todos los regalos.

Luego, el más antiguo de los magos hizo una magia con la mano derecha, con los cinco dedos de la mano derecha, y he aquí, mi niño querido, que Pau Amma se volvió más *y* más *y* más pequeño hasta que al final sólo fue un pequeño cangrejo verde que nadaba junto a la canoa gritando en voz muy baja: ¡dame las tijeras!

La hija lo cogió sobre la palma de su morena manecita *y* lo aposentó en el fondo de la canoa *y* le dio las tijeras, y él las ondeó en sus bracitos, las abrió, las cerró, las chasqueó, y dijo:

-Puedo comer cocos. Puedo cascar conchas. Puedo cavar agujeros. Puedo subir a los árboles. Puedo respirar aire seco, puedo encontrar un Pusat Tasek seguro debajo de cada piedra. No sabía que fuera tan importante. *¿Kun? (¿lo* hago bien?)

-*Payah kun* -respondió el más antiguo de los magos, y se echó a reír y le dio su bendición. El pequeño Pau Amma se escabulló hasta el agua por el costado de la canoa. Era tan pequeño que podía haberse escondido bajo la sombra de una hoja seca en tierra o debajo de una concha vacía en el fondo del mar.

-¿Lo hemos hecho bien? -preguntó el más antiguo de los magos.

-Sí -respondió el hombre-, pero ahora tenemos que regresar a Perak, y es un viaje muy pesado para hacerlo remando. Si hubiéramos esperado a que Pau Amma hubiera salido de Pusat Tasek para ir a casa, el agua nos habría llevado hasta allí ella sola.

-Eres perezoso -dijo el más antiguo de los magos-, así que tus hijos lo serán también. Serán las personas más perezosas del mundo. Les llamarán los masvagos... los hombres más vagos -y levantando el dedo hacia la luna, dijo-: ¡Oh, pescador!, este hombre es demasiado perezoso para volver a casa remando. Tira de la canoa hasta casa con tu sedal, pescador.

-No -dijo el hombre-. Si voy a ser perezoso toda mi vida, que el mar trabaje para mí dos veces al día por siempre. Así no tendré que remar.

El más antiguo de los magos se rió y dijo:

-*Payah kun* (eso está bien).

Y la rata de la luna dejó de morder el sedal, el pescador dejó caer el sedal hasta que tocó el mar y tiró a lo largo de todo el mar profundo, pasando la isla de Bintang, pasando Singapur, Malaca, Selangor hasta que la canoa entraba rápidamente en la desembocadura del río Perak de nuevo.

-*¿Kun?* -preguntó el pescador de la luna.

-*Payah kun* -respondió el más antiguo de los magos-. En adelante encárgate de tirar del mar dos veces al día y dos veces por noche por siempre para que lospescadores masvagos no tengan que remar. Pero ten cuidado de no hacerlo demasiado fuerte, pues te haré una magia como la que hice con Pau Amma.

Éste es el dibujo de Pau Amma, el cangrejo, surgiendo del mar tan alto como el humo de tres volcanes. Como Pau Amma era tan grande no he dibujado los tres volcanes. Pau Amma está tratando de hacer una magia, pero como no es más que un viejo y estúpido

cangrejo rey, no puede hacer nada. Como puedes ver es todo patas, pinzas y hueco y vacío caparazón. La canoa es aquella en la que navegaron desde el río Perak el hombre, su hija y el más antiguo de los magos. El mar está todo negro y agitado, pues Pau Amma acaba de salir de Pusat Tasek. Pusat Pasek está debajo, por eso no lo he dibujado. El hombre está blandiendo su curvo *kris* contra Pau Amma. La hijita está tranquilamente sentada en medio de la canoa, pues sabe que con su papá está absolutamente a salvo. El más antiguo de los magos está de pie en el otro extremo de la canoa, empezando a hacer una magia. Ha dejado el trono mágico en la playa, se ha quitado la ropa para que no se le moje, y también se dejó la nube mágica, para que no volcara la canoa. Eso que parece otra canoa pequeña por fuera de la canoa auténtica se llama balancín. Es una pieza de madera atada a unos palos que impide que la canoa vuelque. La canoa está hecha de una sola pieza de madera, y en uno de sus extremos hay un remo.



Entonces, mi niño querido, subieron todos por el río Perak y fueron a acostarse.

-¡Ahora escucha y presta atención!

Desde aquel día hasta hoy la luna ha tirado siempre de la tierra hacia arriba y hacia abajo, produciendo lo que llamamos las mareas. A veces el pescador del mar tira un poco demasiado fuerte, y entonces tenemos las mareas vivas, a veces tira un poco demasiado suave, y entonces tenemos lo que se llaman mareas muertas, pero casi siempre tira con mucho cuidado a causa del mago más antiguo.

¿Y Pau Amma? Cuando vayas a la playa puedes ver cómo todas las crías de Pau Amma se hacen sus pequeños Pusat Tasek debajo de cada piedra y de cada manojo de algas de la arena, puedes ver cómo ondean sus tij eritas, y en algunas partes del mundo viven realmente en tierra firme, suben a los cocoteros y comen los cocos tal como les prometió

la niña. Pero una vez al año todos los Pau Amma tienen que quitarse la dura armadura y quedarse blandos... para que recuerden lo que podría hacer el más antiguo de los magos. Por tanto no es justo matar o cazar a las crías de Pau Amma sólo porque el viejo Pau Amma fuera estúpidamente grosero hace muchísimo tiempo.

¡Ah, sí! Las crías de Pau Amma detestan que las saquen de sus pequeños Pusat Tasek y las lleven a casa en tarros de conservas. Por eso es por lo que te pellizcan con sus tijeras... ¡y te está bien empleado!

Ira China en PerOs,
pasar por donde Tau Anima jugaba
y su Pusat Tasek estaba,
de la ruta de la mayoría de los BIs cercana.
NYK y NDL
la casa de Tau Amma tan bien conocen,
como el Pescador del mar
a Bens, a Mms y a Rubattinos.
Pero (y esto es bastante raro)
Los ATL aquí no pueden venir,
O y O y DOA
por otra ruta tienen que ir,
Oriente, Anchor, Bibby, Hall
jamás por esa ruta van.
A UCS un ataque le daría
si en esa ruta se encontrara.
Y si Beavers sus cargamentos llevara
a Penang en lugar de a Lagos,
o un ancho Shaw-Savill trasportara
a Singapur pasajeros,
o un White Star a Sourabaya
una pequeña excursión intentara,
o un BSA continuara
pasando Natal hasta Cheribon,
¡entonces el gran Mr. Loyds vendría,
y con un gran cable a casa los remolcaría!
Mi acertijo adivinarás
cuando comas mangostán.

Y si no puedes esperar hasta entonces, diles que te dejen la portada de The Times, *pasa a la página 2, a la sección de* Shipping, *en la parte superior izquierda, luego coge el atlas, que es el libro de dibujos más hermoso del mundo, y comprueba cómo los nombres de los lugares a los que van los barcos de vapor coinciden con los nombres de los lugares en el mapa. Todo chiquillo aficionado a los barcos de vapor debería ser capaz de hacerlo, pero si no sabes leer pide a alguien que te lo muestre.*

EL GATO QUE IBA A SU AIRE

Oye, escucha y presta atención, pues esto ocurrió, sucedió y aconteció, y fue, mi niño querido, cuando los animales domésticos eran salvajes. Era salvaje el perro, era salvaje el caballo, era salvaje la vaca, *y* salvaje era la oveja *y* salvaje era el cerdo... tan salvajes cuanto podían... y andaban por los húmedos bosques silvestres a solas con su salvaje soledad. Pero el más salvaje de todos era el gato. Iba siempre a su aire, y para él todos los lugares eran iguales.

Por supuesto, el hombre también era salvaje. Terriblemente salvaje. No empezó a domesticarse hasta que conoció a la mujer que le dijo que no le gustaba vivir de esa forma salvaje. Ella escogió una cueva seca y agradable para tumbarse, en lugar de un montón de hojas húmedas. Esparció por el suelo arena limpia. Encendió un buen fuego de leña al fondo de la cueva y colgó de la entrada una piel seca de caballo salvaje con la cola para abajo y dijo:

-Sacúdete los pies al entrar, cariño, que ahora tenemos que cuidar de la casa.

Aquella noche, mi niño querido, comieron oveja salvaje asada sobre las piedras calientes y condimentada con ajo y pimienta silvestres, pato salvaje relleno de arroz, fenogreco y cilantro silvestres, tuétanos de *buey* salvaje, *y* cerezas *y* granadillas silvestres. Luego el hombre, absolutamente feliz, se durmió delante del fuego, en cambio la mujer se incorporó y se puso a peinarse. Cogió un hueso de paletilla de cordero, ese hueso grande, plano y afilado, contempló las maravillosas marcas que había en él, echó más leña al fuego e hizo una magia. Fue la primera canción mágica del mundo.

Fuera, en los húmedos bosques silvestres, todos los animales se juntaron donde podían ver la luz del fuego desde muy lejos, preguntándose qué significaba.

Entonces Caballo Salvaje pateó con su casco salvaje y dijo:

-¡Oh amigos y enemigos míos!, ¿por qué han hecho el hombre y la mujer esa gran luz en esa gran cueva? y ¿qué daño nos acarreará?

Perro Salvaje levantó su hocico salvaje, olfateó el olor del cordero asado, y dijo:

-Me acercaré a ver y mirar, *y* os contaré, porque creo que es bueno. Gato, ven conmigo.

-¡Ni hablar! -dijo el gato-. Yo soy el gato que va a su aire y para mí todos los lugares son iguales. No iré.

-Entonces no volveremos a ser amigos -le dijo Perro Salvaje, y corrió hacia la cueva. Pero cuando el perro había recorrido un trecho, el gato se dijo para sí: «Todos los lugares son iguales para mí. ¿Por qué no habría de ir también a ver y a mirar y marchar cuando me plazca?» Así que se deslizó tras Perro Salvaje suave, muy suavemente, y se escondió en un sitio donde podía oírlo todo.

Cuando Perro Salvaje llegó a la boca de la cueva levantó con el hocico la piel de caballo, ya seca, y olfateó el espléndido olor del cordero asado. La mujer, contemplando la paletilla, le oyó, se rió y dijo:

-Aquí llega el primero. Ser salvaje que sales del bosque silvestre, qué quieres?

-¡Oh enemiga mía y esposa de mi enemigo! -respondió Perro Salvaje-, ¿qué es eso que huele tan bien en el bosque silvestre?

Entonces la mujer cogió un hueso de cordero asado y se lo tiró a Perro Salvaje diciendo:

-Ser salvaje que sales del bosque silvestre, prueba y saborea.

Perro Salvaje royó el hueso y lo encontró más delicioso que todo lo que había

saboreado antes, y dijo:

-¡Oh, enemiga mía y esposa de mi enemigo!, dame otro.

-Ser salvaje que sales del bosque silvestre -dijo la mujer-, ayuda a mi hombre a cazar durante el día y guarda esta cueva por la noche y te daré todos los huesos asados que necesites.

-¡Ah! -dijo el gato, que estaba escuchando-. Esta mujer es muy sabia, pero no tanto como yo.

Perro Salvaje entró arrastrándose en la cueva, puso la cabeza en el regazo de la mujer y dijo:

-Amiga mía y esposa de mi amigo, ayudaré a tu hombre a cazar durante el día y por la noche guardaré tu cueva.

Éste es el dibujo de la cueva en la que vivieron el hombre y la mujer al principio del todo. En realidad era una cueva muy agradable, y mucho más caliente de lo que parece. El hombre tenía una canoa. Está al borde del río, empapándose de agua para que se hinche. Esa cosa como a jirones a través del río es la red con la que el hombre pesca salmones. Hay unas piedras bonitas y limpias que suben desde el río hasta la boca de la cueva, para que el hombre y la mujer puedan bajar por agua sin que se les meta arena entre los dedos de los pies. Eso que parecen escarabajos negros, al fondo de la playa, son en realidad troncos de árboles muertos que bajaron flotando por el río desde el húmedo bosque salvaje de la otra orilla.

El hombre y la mujer solían arrastrarlos fuera del agua, secarlos y cortarlos para leña. No he dibujado la cortina de piel de caballo en la boca de la cueva, porque la mujer la acaba de quitar para limpiarla. Todas esas manchitas en la arena, entre la cueva y el río, son las huellas de los pies del hombre y de la mujer.

El hombre y le mujer están dentro de la cueva, cenando. Cuando llegó el bebé se fueron a otra cueva más acogedora, porque el bebé solía bajar gateando hasta el río y caerse, y el perro tenía que sacarlo.



-¡Ah! -dijo el gato que estaba escuchando-. Ese perro es muy estúpido -y volvió a los húmedos bosques silvestres meneando la cola salvaje y caminando solo con su salvaje soledad, pero sin contarle nada a nadie.

Cuando el hombre se despertó, preguntó:

-¿Qué hace aquí Perro Salvaje?

Y la mujer respondió:

-Ya no se llama Perro Salvaje, sino Mejor Amigo, porque será nuestro amigo para siempre jamás. Llévale contigo cuando salgas de caza.

La noche siguiente la mujer cortó grandes brazadas verdes de hierba fresca de los húmedos prados, la secó junto al fuego para que oliera como heno recién segado, se sentó en la boca de la cueva y trenzó un ronzal con la piel de caballo, luego contempló la paletilla de cordero, la grande y ancha hoja de hueso, e hizo una magia. Fue la segunda canción mágica del mundo.

Fuera, en el bosque silvestre, todos los animales se preguntaban qué le habría pasado a Perro Salvaje y, al fin, Caballo Salvaje pateó el suelo con su pata y dijo:

-Iré a ver y os contaré por qué no ha vuelto Perro Salvaje. Gato, ven conmigo.

-Ni hablar -respondió el gato-. Yo soy el gato que va a su aire y para mí todos los lugares son iguales. No iré. -Pero, de todas formas, siguió al caballo salvaje suavemente, muy suavemente, y se escondió donde podía oírlo todo.

Cuando la mujer oyó a Caballo Salvaje tropezando y dando traspiés con su larga crin, se rió y dijo:

-Aquí viene el segundo. Ser salvaje que sales de los bosques silvestres, ¿qué quieres?

-¡Oh, enemiga mía y esposa de mi enemigo! -preguntó Caballo Salvaje-, ¿dónde está

Perro Salvaje?

La mujer se rió, cogió la paletilla, la miró y dijo:

-Ser salvaje que sales de los bosques silvestres, tú no viniste aquí por el perro salvaje, sino por esta buena hierba.

Y Caballo Salvaje, tropezando y dando traspiés con su larga crin respondió:

-Es verdad. Dámela para comer.

Y la mujer respondió:

-Ser salvaje que sales de los bosques silvestres dobla tu cabeza salvaje y ponte lo que te doy, y comerás esa hierba maravillosa tres veces al día.

-¡Ah! -dijo el gato, que estaba escuchando-. Esta mujer es lista, pero no tan lista como yo.

Caballo Salvaje inclinó la cabeza salvaje y la mujer le colocó el ronzal trenzado de piel. Caballo Salvaje piafó a los pies de la mujer y dijo:

-¡Oh, dueña mía y esposa de mi dueño!, seré tu sirviente por esa maravillosa hierba.

-¡Ah! -dijo el gato, que estaba escuchando-. Ese caballo es muy estúpido -y volvió a los húmedos bosques silvestres meneando su salvaje cola y caminando solo con su salvaje soledad, pero sin decirle nada a nadie.

Cuando el hombre y el perro volvieron de cazar, el hombre preguntó:

-¿Qué hace aquí Caballo Salvaje?

-Ya no se llama Caballo Salvaje, sino Mejor Sirviente -respondió la mujer-, pues nos llevará de un lugar a otro por siempre jamás. Monta en su lomo cuando vayas de caza.

Al día siguiente, con la cabeza salvaje bien alta para que los cuernos salvajes no se engancharan en los árboles silvestres, Vaca Salvaje fue a la cueva, y el gato la siguió *y* se escondió igual que antes, *y* todo sucedió lo mismo que antes, *y* el gato dijo lo mismo que antes, *y* cuando Vaca Salvaje prometió a la mujer que le daría su leche todos los días a cambio de la hierba maravillosa, el gato volvió a los húmedos bosques silvestres meneando la cola salvaje y caminando solo con su salvaje soledad lo mismo que antes, pero no le contó nada a nadie. Cuando el hombre, el caballo y el perro volvieron de la caza y el hombre hizo las mismas preguntas que antes, la mujer respondió:

-Ya no se llama Vaca Salvaje, sino Donante de Buen Alimento. Nos dará la blanca leche templada por siempre jamás y yo cuidaré de ella mientras tú, Mejor Amigo y Mejor Sirviente vais de caza.

Al día siguiente el gato esperó a ver si algún otro ser salvaje iba a la cueva, pero nadie se movió en los húmedos bosques silvestres así que el gato anduvo por allí a su aire. Vio a la mujer ordeñando a la vaca, vio la luz del fuego en la cueva y olfateó el olor de la blanca leche templada.

-¡Oh, enemiga mía y esposa de mi enemigo! -dijo el gato-, ¿adónde ha ido Vaca Salvaje?

La mujer se rió y dijo:

-Ser salvaje que sales de los húmedos bosques silvestres, vuelve a los bosques porque me he trenzado el pelo, he guardado el hueso mágico y ya no necesito más amigos ni sirvientes en la cueva.

-No soy un amigo ni soy un sirviente –respondió el gato-. Soy el gato que va a su aire y deseo entrar en tu cueva.

-Entonces -preguntó la mujer-, ¿por qué no viniste con Mejor Amigo la primera noche?

El gato se enfadó muchísimo y dijo:

Librodot

-¿Ha andado Perro Salvaje contando cuentos de mí?

Entonces la mujer se rió y dijo:

-Tú eres el gato que va a su aire y todos los lugares son iguales para ti. No eres un amigo ni un sirviente. Tú lo has dicho. Vete a caminar a tu aire por todos los lugares iguales.

Luego el gato, aparentando que lo sentía, dijo:

-¿No podré entrar nunca en la cueva? ¿No podré nunca sentarme junto al fuego? ¿No podré nunca beber la blanca leche templada? Tú eres muy sabia y muy guapa. No deberías ser cruel ni siquiera con un gato.

-Sabía que era sabia -dijo la mujer-, pero no sabía que era guapa. Por tanto haré un trato contigo. Si alguna vez digo una palabra en tu elogio, podrás entrar en la cueva.

-¿Y si me dices dos palabras de elogio? –preguntó el gato.

-No lo haré nunca -dijo la mujer-, pero si te digo dos palabras de elogio podrás sentarte junto al fuego en la cueva.

-¿Y si dices tres palabras? -preguntó el gato.

-No lo haré nunca -respondió la mujer-, pero si te digo tres palabras de elogio, podrás beber la blanca leche templada tres veces al día por siempre jamás.

Entonces el gato arqueó el lomo y dijo:

-Pues que la cortina de la boca de la cueva, el fuego del fondo de la cueva y los cazos de leche que están junto al fuego sean testigos de lo que ha dicho mi enemiga y esposa de mi enemigo. -Y marchó por los húmedos bosques silvestres, meneando la cola y caminando solo.

Éste es el dibujo del gato que iba a su aire, caminando solo por el húmedo bosque salvaje y meneando la cola. No hay nada más en el dibujo, salvo unas cuantas setas. Tenían que crecer allí, al ser el bosque tan húmedo. El bulto que hay en la rama baja no es un pájaro. Es musgo que creció allí por ser el bosque salvaje tan húmedo.

Debajo del dibujo propiamente dicho está dibujada la cueva acogedora a la que fueron el hombre y la mujer después de llegar el bebé. Era su cueva de verano y plantaron trigo delante. El hombre va en el caballo a buscar a la vaca y traerla a la cueva para ordeñarla. Levanta la mano para llamar al perro, que ha cruzado el río a nado en busca de conejos.



Aquella noche cuando el hombre, el caballo y el perro volvieron de cazar, la mujer no les dijo nada del trato que había hecho con el gato, porque temía que no les gustara.

El gato marchó lejos, muy lejos y se escondió, solo, en los húmedos bosques silvestres durante mucho tiempo hasta que la mujer se olvidó por completo de él. Sólo el murciélago -el pequeño murciélago con-lacabeza-para-abajo- que estaba colgado dentro de la cueva sabía dónde se escondía el gato, y todas las noches volaba hasta allí con noticias de lo que sucedía.

Una noche el murciélago dijo:

-Hay un bebé en la cueva. Es nuevo, sonrosado, regordete *y* pequeño, *y* la mujer le tiene mucho cariño. -¡Ah! -dijo el gato que le escuchaba-, pero ¿qué es lo que le gusta al bebé?

-Le gustan las cosas suaves que hacen cosquillas -respondió el murciélago-. Le gusta tener cosas calientes en los brazos cuando se duerme. Le gusta que jueguen con él. Todas esas cosas le gustan.

-¡Ah! -dijo el gato que le escuchaba-, entonces ha llegado mi hora.

La noche siguiente el gato cruzó los húmedos bosques silvestres y se escondió muy cerca de la cueva hasta que llegara el amanecer *y* el hombre, el perro *y* el caballo se fueran de caza. La mujer estaba ocupada cocinando esa mañana *y* el bebé lloraba *y* la interrumpía. Así que le sacó de la cueva y le dio un puñado de guijarros para jugar. Pero el bebé siguió llorando.

Entonces el gato alargó la almohadillada garra y le acarició la mejilla y el bebé se alegró. Después se frotó contra sus rechonchas rodillas y, con la cola, le hizo cosquillas bajo la rechoncha barbilla, *y* el bebé se rió *y* la mujer le oyó y se sonrió.

Entonces el murciélago -el pequeño murciélago con-la-cabeza-para-abajo- que estaba

Librodot

colgado en la boca de la cueva dijo:

-¡Oh, mi anfitriona, esposa de mi anfitrión y madre del hijo de mi anfitrión!, un ser salvaje del bosque silvestre está jugando deliciosamente con tu bebé.

-Bendito sea ese ser salvaje quienquiera que sea -dijo la mujer enderezando la espalda-, pues esta mañana estaba atareada y me ha prestado un buen servicio.

En ese mismísimo momento, mi niño querido, la cortina de piel de caballo, ya secada, que estaba extendida, con la cola para abajo en la boca de la cueva, se cayó al suelo con un ¡pafl, porque recordó el trato que la mujer había hecho con el gato, y cuando la mujer fue a recogerla, hete aquí que el gato estaba sentado, muy cómodo, dentro de la cueva.

-¡Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo! -dijo el gato-, soy yo, pues me has dicho una palabra de elogio y ahora podré sentarme dentro de la cueva por siempre jamás. Pero sigo siendo el gato que va a su aire y para el que todos los lugares son iguales.

La mujer se enfadó muchísimo, apretó los labios, cogió la rueca y empezó a hilar.

Pero el bebé lloraba porque el gato se había marchado y la mujer no podía acallarlo porque forcejeaba y daba patadas y se le ponía la cara amoratada.

-¡Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo! -dijo el gato-, coge una hebra del hilo que estás hilando, átala a tu rueca y tírala por el suelo, te enseñaré una magia que hará reír a tu bebé tan alto como ahora está llorando.

-Así lo haré -dijo la mujer-, porque estoy a punto de volverme loca, pero no te lo agradeceré.

Ató la hebra a la pequeña rueca de arcilla y la tiró por el suelo. El gato corrió tras ella, le dio palmaditas con las garras, dio volteretas, la tiró hacia atrás sobre su lomo, la cogió entre las patas traseras, hizo como que la perdía y saltó de nuevo sobre ella hasta que el bebé se rió tan alto como había estado llorando, fue gateando tras el gato y retozó por toda la cueva hasta que se cansó y se echó a dormir con el gato en sus brazos.

-Ahora -dijo el gato-, le cantaré al bebé una canción que le hará dormir durante una hora. -Y empezó a ronronear alto y bajo, bajo y alto hasta que el bebé se quedó profundamente dormido. La mujer sonrió al verlos a los dos y dijo:

-Lo has hecho maravillosamente. No hay duda de que eres muy listo, ¡oh gato!

En ese mismísimo momento, mi niño querido, el humo del fuego al fondo de la cueva bajó del techo formando nubes, ¡paP, porque recordó el trato que ella había hecho con el gato, y cuando se disipó el humo, hete aquí que el gato estaba sentado, muy a gusto, junto al fuego.

-¡Oh enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo! -dijo el gato-, soy yo, porque has dicho una segunda palabra en mi elogio y ahora podré sentarme junto al fuego caliente en el fondo de la cueva por siempre jamás. Pero sigo siendo el gato que va a su aire y para el que todos los lugares son iguales.

Entonces la mujer se enfadó muchísimo, se soltó el pelo, echó más leña al fuego, sacó el ancho hueso de paletilla de cordero y empezó a hacer una magia que le impidiera decir una tercera palabra en elogio del gato. No era una canción mágica, mi niño querido, era una magia silenciosa, y poco a poco la cueva se quedó tan silenciosa que un minúsculo ratoncillo salió de un rincón y corrió por el suelo.

-¡Oh enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo! -dijo el gato-, ¿forma parte de tu magia ese ratoncillo?

-¡Ahhh! ¡Uhhh! ¡Desde luego que no! -exclamó la mujer dejando caer la paletilla,

subiéndose de un salto al escabel de delante del fuego y trenzándose el pelo a toda prisa por miedo a que el ratoncillo se le subiera por él.

-¡Ah! -dijo el gato que estaba observando-. ¿Entonces el ratón no me hará ningún daño si me lo como?

-No -dijo la mujer, trenzándose el pelo-. Cómetelo enseguida y te estaré siempre agradecida.

El gato dio un salto y capturó al ratoncillo. Y la mujer dijo:

-Mil gracias. Ni el mejor amigo es tan rápido para cazar un ratoncillo como tú lo has hecho. Debes de ser muy sabio.

En ese mismísimo momento, mi niño querido, el puchero de la leche que estaba junto al fuego se partió en dos, ¡pafl, porque recordó el trato que la mujer había hecho con el gato. Y cuando la mujer se bajó del escabel, hete aquí que el gato estaba lamiendo la blanca leche templada que había en uno de los trozos rotos.

-¡Oh enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo! -dijo el gato-, soy yo, pues has dicho tres palabras en mi elogio y ahora podré beber la blanca leche templada tres veces al día por siempre jamás. Pero *sigo* siendo el gato que va a su aire *y* para el que todos los lugares son iguales.

Entonces la mujer se echó a reír, le puso al gato un tazón de blanca leche templada y dijo:

-¡Oh gato!, eres tan listo como un hombre, pero recuerda que no hiciste tu trato con el hombre o el perro, y no sé qué harán cuando vuelvan a casa.

-¿Y a mí qué me importa? -dijo el gato-. Mientras tenga mi sitio en la cueva junto al fuego y mi blanca leche templada tres veces al día no me importa lo que hagan el hombre o el perro.

Aquella noche, cuando el hombre y el perro entraron en la cueva, la mujer les contó toda la historia del trato, mientras el gato sonreía sentado junto al fuego. Luego el hombre dijo:

-Sí, pero no ha hecho ningún trato *conmigo* ni con todos los hombres de verdad que vengan después de mí.

A continuación se quitó las dos botas de cuero, cogió la pequeña hacha de piedra (hacen tres) y fue por un leño y por un destral (hacen cinco en total), lo puso todo en fila y dijo:

-Ahora haremos *nuestro* trato. Si no cazas ratones cuando estés en la cueva por siempre jamás, te tiraré estas cinco cosas siempre que te vea y así lo harán todos los hombres de verdad después de mí.

-¡Ah! -dijo la mujer que estaba escuchando-, es un gato muy listo, pero no tan listo como mi hombre.

El gato contó las cinco cosas (todas ellas muy abultadas) y dijo:

-Cazaré ratones cuando esté en la cueva por siempre jamás, pero *sigo* siendo el gato que va a su aire y para el que todos los lugares son iguales.

-No cuando yo esté cerca -dijo el hombre-. Si no hubieras dicho eso último habría retirado todas estas cosas por siempre jamás, pero ahora voy a tirarte las dos botas y el hacha pequeña de piedra (eso hacen tres) siempre que te vea. ¡Y así lo harán todos los hombres de verdad después de mí!

-Espera un momento -dijo entonces el perro-. No has hecho un trato conmigo ni con todos los perros de verdad después de mí -y enseñando los dientes continuó-: Si no eres

amable con el bebé mientras yo esté en la cueva por siempre jamás te perseguiré hasta atraparte, y cuando te coja te morderé. Y así lo harán todos los perros de verdad después de mí.

-¡Ah! -dijo la mujer que estaba escuchando-, es un gato muy listo, pero no es tan listo como el perro.

El gato contó los dientes del perro (que parecían muy afilados) y dijo:

-Seré amable con el bebé mientras esté en la cueva por siempre jamás siempre que no me tire de la cola demasiado fuerte. Pero *sigo* siendo el gato que va a su aire y para el que todos los lugares son iguales.

-No cuando yo esté cerca -dijo el perro-. Si no hubieras dicho eso último habría cerrado mi boca para siempre jamás, pero *ahora voy* a perseguirte hasta que te subas a un árbol siempre que te vea. Y así lo harán todos los perros de verdad después de mí.

Entonces el hombre le tiró al gato las dos botas y el hacha pequeña de piedra (eso hacen tres), y el gato salió corriendo de la cueva y el perro le persiguió hasta que subió a un árbol. Y desde ese día hasta hoy, mi niño querido, tres hombres de verdad de cada cinco tiran cosas a un gato siempre que lo ven, y todos los perros de verdad le persiguen hasta que se sube a un árbol. Pero el gato también mantiene su parte del trato. Mata ratones y es amable con los bebés cuando está en casa siempre que no le tiren demasiado fuerte de la cola. Pero cuando lo ha hecho, entre una vez y la siguiente, *y* cuando sale la luna *y* llega la noche sigue siendo el gato que va a su aire y para el que todos los lugares son iguales. Entonces se marcha a los húmedos bosques silvestres o a los húmedos tejados salvajes meneando la cola salvaje a solas con su salvaje soledad.

El gato sentarse puede junto al fuego y cantar,
El gato puede a un árbol escalar,
o con un ridículo corcho viejo y una cuerda jugar,
y así se divertirá (por mí no lo hará).
Pero me gusta Binkie, mi perro,
pues se sabe comportar.
Yo como el hombre de la cueva seré
y Binkie como el Mejor Amigo será.

El gato a ser Viernes jugará
hasta que la pata quiera mojar
y por el alféizar pasear
(pues de Crusoe la huella verá).
Luego la cola encrespará y maullará,
arañará y atención no prestará.
Pero Binkie a lo que yo quiera jugará
y mi mejor amigo será.

El gato mi rodilla frotará
su gran amor aparentando,
pero tan pronto me acueste
al patio correrá,
y hasta el amanecer allá se quedará,

que sólo finge. Lo sé.
Pero Binkie toda la noche a mis pies roncará
y mi Mejor Amigo será.

LA MARIPOSA QUE PATEÓ

Ésta, mi niño querido, es una historia... nueva y maravillosa... una historia completamente distinta de las otras, una historia sobre el sapientísimo soberano, Solimán-ben-Daoud... Salomón, el hijo de David.

Hay trescientas cincuenta y cinco historias sobre Solimán-ben-Daoud, pero ésta no es una de ellas. No es la historia del avefría que encontró el agua, ni de la abubilla que con su sombra protegió del calor a Solimán-ben-Daoud. No es tampoco la historia del pavimento de cristal, ni la del rubí del agujero retorcido, ni la de los lingotes de oro de Balkis. Ésta es la historia de la mariposa que pateó.

¡Así que vuelve a prestarme toda tu atención y escucha!

Solimán-ben-Daoud era sabio. Entendía lo que decían las bestias, entendía lo que decían las aves, entendía lo que decían los peces y entendía lo que decían los insectos. Entendía lo que decían las rocas en las profundidades de la tierra, cuando cedían unas ante las otras y gemían. Y entendía lo que decían los árboles cuando susurraban a media mañana. Lo entendía todo, desde el obispo en el solio hasta la avispa en el muro; y Balkis, su reina favorita, la hermosísima reina Balkis, era casi tan sabia como él.

Solimán-ben-Daoud era poderoso. En el tercer dedo de la mano derecha llevaba un anillo. Cuando le daba una vuelta, surgían de la tierra genios y espíritus malignos para hacer lo que les mandara. Cuando le daba dos vueltas, bajaban del cielo las hadas para hacer lo que les dijera; y cuando le daba tres vueltas, el mismísimo ángel Azrael, el de la Espada, se le presentaba vestido de aguador para contarle las noticias de los tres mundos: el de Arriba, el de Abajo y el de Aquí.

Y, sin embargo, Solimán-ben-Daoud no era orgulloso. Rara vez presumía, y cuando lo hacía lo lamentaba. En una ocasión trató de alimentar a todos los animales del mundo en un solo día, pero cuando la comida estaba preparada salió un animal de las profundidades del mar y lo devoró todo en tres bocados. Solimán-benDaoud se quedó muy sorprendido y preguntó:

-¡Oh animal! ¿Quién eres?

Y el animal respondió:

-¡Oh rey, que vivas por siempre! Soy el más pequeño de treinta mil hermanos que tenemos nuestra casa en el fondo del mar. Nos enteramos de que ibas a alimentar a todos los animales de todo el mundo y mis hermanos me enviaron a preguntar cuándo estaría lista la comida.

Solimán-ben-Daoud estaba más sorprendido que nunca y dijo:

-¡Oh animal! Te has comido toda la cena que había preparado para todos los animales del mundo.

Y el animal respondió:

-¡Oh rey, que vivas por siempre! Pero ¿de verdad llamas *a eso* una cena? En el lugar de donde vengo cada uno se come el doble sólo entre comidas.

Librodot

Entonces Solimán-ben-Daoud se tiró de bruces al suelo y dijo:

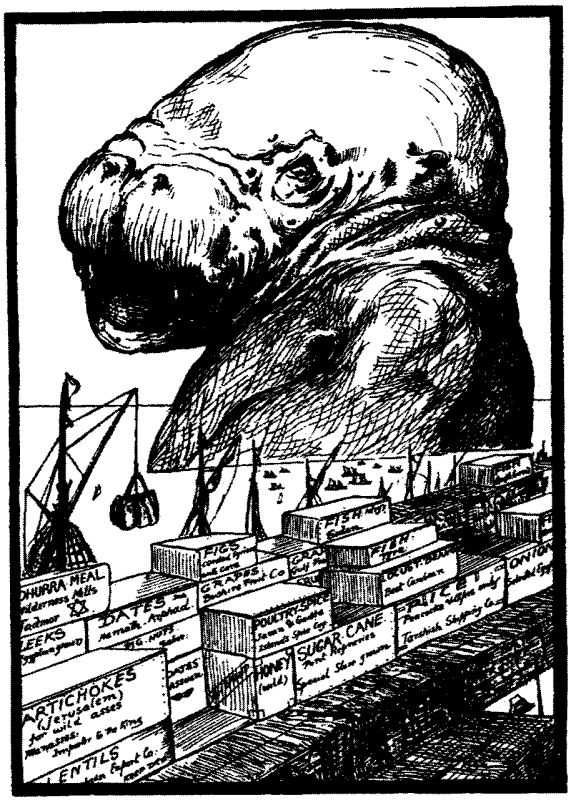
-¡Oh animal! Daba esa cena para demostrar qué rey tan grande y rico soy, no porque en realidad quisiera ser amable con los animales. Ahora estoy avergonzado y me está bien empleado.

Solimán-ben-Daoud era un auténtico sabio de verdad, mi niño querido. Después de aquello nunca olvidó que la ostentación es una tontería, y aquí comienza la verdadera parte de mi historia.

Tenía muchísimas esposas. Se casó con novecientas noventa y nueve esposas sin contar a la hermosísima Balkis, y todas vivían en un gran palacio dorado en medio de un delicioso jardín con fuentes. No quería en realidad a novecientas noventa y nueve mujeres, pero en aquellos tiempos todo el mundo se casaba con muchísimas esposas, y, desde luego, el rey tenía que casarse con muchísimas más, precisamente para demostrar que era el rey.

Éste es el dibujo del animal que salió del mar y se comió la comida que había preparado Solimán-ben-Daoud para todos los animales del mundo. En realidad era un animal muy agradable, y su mamá le quería mucho, a él y a sus veintinueve mil novecientos noventa y nueve hermanos, que vivían en el fondo del mar. Ya sabes que era el más pequeño de todos, y por eso se llamaba Pagrito. Se comió todas esas cajas, paquetes, balas y cosas que habían preparado para todos los animales sin siquiera levantar las tapas ni desatar las cuerdas, pero no le hizo ningún daño. Los mástiles que sobresalen por detrás de las cajas de alimentos pertenecen a los barcos de Solimán-ben-Daoud. Estaban atareados trayendo más comida cuando Pagrito apareció en la costa. Pagrito no se comió los barcos. Dejaron de descargar los alimentos y al instante se alejaron mar adentro hasta que Pagrito terminara de comer. Junto al hombro de Pagrito puedes ver algunos de los barcos que empiezan a hacerse a la mar. No he dibujado a Solimánben-Daoud, pero está justo fuera del dibujo, muy asombrado. El fardo que cuelga del mástil del barco de la esquina es en realidad un paquete de dátiles frescos para los loros. No sé los nombres de los barcos. Y eso es todo lo que hay en el dibujo.

Librodot



Algunas de las esposas eran agradables, pero otras eran simplemente inaguantables, y las inaguantables se peleaban con las agradables y las volvían inaguantables, y todas se peleaban con Solimán-ben-Daoud, lo que le resultaba inaguantable. Pero Balkis, la hermosísima, no se peleaba nunca con Solimán-ben-Daoud. Le amaba demasiado. Se quedaba sentada en sus aposentos del Palacio Dorado, o paseaba por el jardín del palacio, y sentía verdadera pena de él.

Desde luego que si hubiera querido dar una vuelta al anillo del dedo, habría convocado a los genios y espíritus malignos que habrían hechizado a las novecientas noventa y nueve esposas pendencieras, convirtiéndolas en mulas blancas del desierto, o en galgos o en semillas de granada, pero Solimán-ben-Daoud pensaba que eso sería ostentoso. Por eso, cuando se peleaban demasiado, lo único que hacía era ir a pasear solo a una zona de los hermosos jardines de palacio deseando no haber nacido.

Un día, cuando las novecientas noventa y nueve mujeres -todas a la vez- llevaban tres semanas peleándose, Solimán-ben-Daoud salió, como de costumbre, en busca de paz *y* silencio, *y*, entre los naranjos, encontró a Balkis, la hermosísima, muy apenada porque Solimán-ben-Daoud estaba tan preocupado. Y le dijo:

-¡Oh señor mío y luz de mis ojos! Da una vuelta a tu anillo y demuestra a estas reinas de Egipto, de Mesopotamia, de Persia y de China que eres el *rey* grande y terrible.

Pero Solimán-ben-Daoud negó con la cabeza y dijo:

-¡Oh señora mía y alegría de mi vida!, acuérdate del animal que salió del mar y me avergonzó ante todos los animales del mundo por ser jactancioso. Pues bien, si hiciera ostentación ante estas reinas de Persia, de Egipto, de Abisinia y de China, sólo porque me

preocupan, podrían avergonzarme más que nunca.

Balkis, la hermosísima, preguntó:

-¡Oh mi señor, tesoro de mi alma! ¿Qué vas a hacer?

Y Solimán-ben-Daoud respondió:

-¡Oh mi señora, contento de mi corazón! Seguiré soportando mi destino en las manos de estas novecientas noventa y nueve reinas que me fastidian con sus continuas disputas.

Así que siguió paseando entre los lirios, los ciruelos japoneses, las rosas, las cañas y los jengibres de fuerte aroma que crecían en el jardín, hasta que llegó al gran alcanforero al que llamaban el alcanforero de Solimánben-Daoud. Pero Balkis se escondió entre las altas azucenas, los moteados bambúes y los lirios rojos de detrás del alcanforero para estar cerca de su gran amor, Solimán-ben-Daoud.

Al poco dos mariposas volaron, riñendo, bajo el árbol.

Solimán-ben-Daoud oyó que una le decía a la otra:

-Me sorprende que tengas tanta presunción para hablarme así. ¿No sabes que si pateara el suelo con mi pata, todo el palacio de Solimán-ben-Daoud y este jardín se desvanecerían inmediatamente con el estampido de un trueno?

Entonces Solimán-ben-Daoud se olvidó de sus novecientas noventa y nueve cargantes esposas y se rió tanto con la ostentación de la mariposa que hasta llegó a sacudir el alcanforero. Apuntó con el dedo y dijo:

-Pequeña, ven aquí.

La mariposa estaba terriblemente asustada, pero consiguió volar hasta la mano de Solimán-ben-Daoud, y se agarró a ella, abanicándose con las alas. Solimánben-Daoud inclinó la cabeza y susurró muy suave:

-Pequeña, sabes que todos tus pateos no doblarían ni una brizna de hierba. ¿Por qué le contaste esa horrible mentirijilla a tu esposa?... pues sin duda es tu esposa.

La mariposa miró a Solimán-ben-Daoud y vio que los ojos del más sabio de los reyes centelleaban como estrellas en una noche helada, se armó de valor con ambas alas, ladeó la cabeza y dijo:

-¡Oh rey, que vivas por siempre! *Es* mi esposa, *y ya* sabes cómo son las esposas.

Una sonrisa le asomó a la barba a Solimán-benDaoud, y dijo:

-Sí, claro que *lo sé,* hermanito.

-Hay que tenerlas a raya de alguna manera -continuó el marido de la mariposa-, y llevaba ya toda la mañana discutiendo conmigo. Dije eso para callarla.

-¡Ojalá eso la calle! -dijo Solimán-ben-Daoud-. Vuelve con tu esposa, hermanito, y déjame escuchar lo que dices.

Allá voló la mariposa junto a su mujer, que estaba toda temblorosa detrás de una hoja, y le dijo;

-¡Te ha oído! ¡El propio Solimán-ben-Daoud te ha oído!

-¡Me oyó! -exclamó la mariposa-. ¡Por supuesto que me oyó! Lo dije para que me oyera.

-¿Y qué te dijo? ¡Oh! ¿Qué te dijo?

-Bueno -dijo la mariposa, que se daba la mayor importancia abanicando las alas-, entre tú y yo, querida -desde luego que no le critico, pues su palacio debió de costar mucho, y precisamente ahora están madurando las naranjas- me pidió que no pateara y le prometí que no lo haría...

-¡Cielos! -exclamó su esposa, y se sentó quedándose muy callada, pero a Solimán-ben-

Daoud le corrían lágrimas por la mejilla de la risa que le daba el descaro de la pequeña y pícara mariposa.

Balkis, la hermosísima, que estaba detrás del árbol entre los lirios rojos, se sonrió porque lo había oído todo. Pensó:

-Si actúo con sabiduría, aún puedo salvar a mi señor de las persecuciones de estas pendencieras reinas. -Apuntó con el dedo y susurró suavemente a la mujer de la mariposa-: Ven aquí, pequeña.

La mariposa echó a volar, muy asustada, y se posó sobre la blanca mano de Balkis. Ésta inclinó su hermosa cabeza y preguntó:

-Pequeña, ¿te has creído lo que te acaba de decir tu marido?

La mujer de la mariposa miró a Balkis y vio que los ojos de la hermosísima reina brillaban como lagunas profundas a la luz de las estrellas, se armó de valor con ambas alas, y respondió:

-¡Oh reina, que seas siempre encantadora! *Tú* sabes cómo son los hombres.

La reina Balkis, la sabia Balkis de Saba, se llevó la mano a los labios para ocultar una sonrisa y dijo: -Sí, vaya si lo sé, hermanita.

-Se enfadan por nada- dijo la mariposa-, pero hemos de seguirles la corriente, ¡oh reina! No creen nunca ni la mitad de lo que dicen. Pero si a mi esposo le gusta creer que yo creo que puede hacer desaparecer el palacio de Solimán-ben-Daoud pateando con su pata, *a mí* no me importa en absoluto. Mañana lo habrá olvidado todo.

-Tienes toda la razón, hermanita -dijo Balkis-, pero la próxima vez que empiece con sus fanfarronadas, tómale la palabra. Pídele que patee y veamos lo que sucede. *Sabemos* cómo son los hombres, ¿no? Se quedará muy avergonzado.

La mariposa voló junto a su marido, y a los cinco minutos estaban riñendo peor que nunca.

-¡Recuerda! -dijo el marido-. ¡Recuerda lo que puedo hacer si pateo con mi pata!

-No te creo nada de nada -respondió la mariposa-. Me encantaría ver cómo lo haces. Supón que pateas ahora mismo.

-Le prometí a Solimán-ben-Daoud que no lo haría -respondió el marido-, y no quiero faltar a mi promesa.

-No importaría nada que lo hicieras -dijo la mariposa-. Con tu pateo no podrías doblar ni una brizna de hierba. Te desafío a que lo hagas: ¡Patea! ¡Patea! ¡Patea!

Solimán-ben-Daoud, que estaba sentado bajo el alcanforero, lo había oído todo, y rió como no había reído en su vida. Se olvidó completamente de sus reinas, se olvidó del animal que salió del mar, se olvidó de la ostentación. Simplemente reía de alegría, y Balkis, al otro lado del árbol, sonrió al ver tan alegre al amor de su vida.

Pronto el marido de la mariposa, muy acalorado e hinchado, volvió dando vueltas hasta la sombra del alcanforero y le dijo a Solimán-ben-Daoud:

-¡Quiere que patee! ¡Quiere ver qué sucede, oh Solimán-ben-Daoud! Tú sabes que no puedo hacerlo, y ahora no creerá una sola palabra de lo que le diga. ¡Se reirá de mí hasta el fin de mis días!

-No, hermanito -le tranquilizó Solimán-benDaoud-. No volverá a reírse de ti nunca más -y dio una vuelta al anillo de su dedo -sólo por el bien de la pequeña mariposa, no para hacer ostentación-, y ¡hete aquí que surgieron de la tierra cuatro enormes genios!

-Esclavos -ordenó Sulaiman-ben-Daoud-, cuando este caballero que está sobre mi dedo (pues allí estaba sentada la descarada mariposa) patee una vez el suelo con su pata

delantera izquierda, haréis que mi palacio y jardines desaparezcan con el estrépito de un trueno. Cuando vuelva a patear lo recompondréis todo cuidadosamente.

Ahora, hermanito, vuelve con tu esposa y patea a placer.

La mariposa voló hasta su esposa, que estaba gritando:

-A que no lo haces! ¡A que no lo haces! ¡Venga, patea, patea, patea!

Balkis vio que los genios se inclinaban para cargar las cuatro esquinas del jardín, con el palacio en medio, y aplaudió suavemente diciendo:

-¡Al fin Solimán-ben-Daoud hará por la mariposa lo que debía haber hecho hace mucho tiempo por propio bien, y las reinas pendencieras se asustarán!

Entonces la mariposa pateó. Los genios sacudieron el palacio y los jardines lanzándolos a mil kilómetros por el aire: retumbó el trueno más espantoso y todo se volvió negro como la tinta. La mujer de la mariposa revoloteó en la oscuridad gritando:

-¡Oh, seré buena! ¡Siento tanto haber hablado! Vuelve a traer los jardines, mi queridísimo esposo, y no te volveré a contradecir.

El marido de la mariposa estaba casi tan asustado como su mujer, y Solimán-ben-Daoud se rió tanto que pasaron varios minutos antes de que recuperara el aliento para susurrarle

-Patea de nuevo, hermanito. Devuélveme mi palacio, grandísimo mago.

-Sí, devuélvele el palacio -dijo la mariposa, que seguía volando en la oscuridad como una polilla-. Devuélveselo y no volvamos a tener estas magias horribles.

-Bueno, querida -dijo el marido de la mariposa todo lo valiente que pudo-. Ya ves adónde nos han conducido tus regañinas. A *mí,* desde luego, todo esto no me importa nada... estoy acostumbrado a este tipo de cosas..., pero como favor para ti y para Solimánben-Daoud no tendré inconveniente en enderezar las cosas.

Así que volvió a patear, y al instante los genios volvieron a bajar el palacio y los jardines sin un solo golpe. El sol brilló en las hojas color verde oscuro de los naranjos, las fuentes juguetearon entre los rosados lirios egipcios, los pájaros continuaron con sus cantos, y la mujer de la mariposa se tumbó de lado bajo el alcanforero, moviendo las alas y repitiendo entre jadeos:

-¡Me portaré bien! ¡Me portaré bien!

Solimán-ben-Daoud reía tanto que apenas podía hablar. Se recostó hacia atrás, todo desfalleciente y con hipo, y movió el dedo a la mariposa diciéndole:

-¡Oh gran mago!, ¿de qué sirve que me devuelvas el palacio si al mismo tiempo me matas de risa?

Entonces se oyó un ruido terrible, pues las novecientas noventa y nueve esposas salieron del palacio corriendo, gritando, chillando y llamando a sus hijos. Bajaron precipitadamente, en línea de cien al frente, por los grandes escalones de mármol bajo la fuente, y Balkis, la sapientísima, se adelantó majestuosamente a recibirlas.

-¿*Qué* os preocupa, oh reinas? -preguntó Balkis.

Se detuvieron en los escalones de mármol, de cien al frente, y gritaron:

Éste es el dibujo de los cuatro genios de alas de gaviota levantando el palacio de Solimán-ben-Daoud justo después de patear la mariposa. El palacio, los jardines y todo subió en una sola pieza como una tabla, dejando en el suelo un gran agujero lleno de polvo y de humo. Si miras a la esquina, junto a eso que se parece a un león, verás a Solimán-ben-Daoud con su bastón mágico y a las dos mariposas detrás de él. Lo que se

parece a un león es realmente un león esculpido en piedra, y lo que se parece a una lechera es en realidad una parte de un templo, de una casa o de algo así. Solimán-ben-Daoud se quedó allí para estar lejos del polvo y del humo cuando los genios levantaran el palacio. No sé los nombres de los genios. Eran esclavos del anillo mágico de Solimán-ben-Daoud, y cambiaban cada día. Sólo eran genios corrientes de alas de gaviota.
Lo del fondo es un dibujo de un genio muy amistoso llamado Akraig. Solía dar de comer tres veces al día a los pececillos del mar, y sus alas eran de cobre puro. Lo he dibujado para que sepas cómo es un genio amable. No ayudó a levantar el palacio, porque cuando sucedió eso estaba dando de comer a los pececillos del mar de Arabia.



-¿Que qué nos preocupa? Estábamos viviendo pacíficamente en nuestro palacio dorado, como de costumbre, cuando, de repente, el palacio desapareció y nos quedamos sentadas en una espesa y ruidosa oscuridad, *y* tronó, ¡y los genios *y* los espíritus se movían en la oscuridad! *Ésa* es nuestra preocupación, oh reina favorita, y estamos de lo más preocupadas a causa de esa preocupación, pues es una preocupación preocupante muy distinta de las preocupaciones que conocemos.

Entonces Balkis, la hermosísima reina, la más querida de Solimán-ben-Daoud, reina que fue de Saba y de Subu, y de los ríos de oro del sur, desde el desierto de Zinn a las torres de Zimbawue, Balkis, casi tan sabia como el sapientísimo Solimán-ben-Daoud, les dijo:

-¡No es nada, oh reinas! El marido de una mariposa ha presentado una queja contra su mujer porque reñía con él, y nuestro señor Solimán-ben-Daoud ha tenido a bien darle una

Librodot

lección de humildad y de hablar en voz baja, pues eso es considerado una virtud entre las mujeres de las mariposas.

Luego se levantó una reina egipcia, hija de un faraón, y dijo:

-Nuestro palacio no puede ser arrancado de raíz como un puerro por un pequeño insecto. ¡Ni hablar! Solimán-ben-Daoud ha debido de morir y lo que hemos visto *y* oído ha sido a la tierra tronando *y* entenebreciéndose ante la noticia.

Entonces Balkis le hizo una señal a la osada reina, sin siquiera mirarla, y le dijo a ella y a las otras: Venid a ver.

Bajaron los escalones de mármol, de cien al frente, y vieron, debajo de su alcanforero, aún debilitado por la risa, balanceándose hacia adelante y hacia atrás con una mariposa en cada mano, al sapientísimo Solimánben-Daoud, al que oyeron decir:

-Oh esposa de mi hermano del aire, acuérdate después de esto de complacer a tu esposo en todo, para que no lo provoques y vuelva a patear el suelo, pues ha dicho que está acostumbrado a esta magia, y es un mago eminentísimo... ya que puede hacer desaparecer hasta el palacio del mismísimo Solimán-ben-Daoud. ¡Id en paz, pequeños!

Les besó en las alas, y se alejaron volando.

Entonces todas las reinas salvo Balkis -la hermosísima y espléndida Balkis, que estaba a parte, sonriendo-, cayeron de bruces al suelo diciéndose:

-Si suceden estas cosas cuando una mariposa está disgustada con su mujer, qué nos harán a nosotras que llevamos tantos días molestando a nuestro rey con nuestras voces y nuestras riñas?

Luego se cubrieron la cabeza con el velo, se llevaron las manos a la boca y regresaron al palacio de puntillas con todo el sigilo de un ratón..

Entonces Balkis -la hermosísima y excelente Balkis-, avanzó a través de los lirios rojos para llegar hasta la sombra del alcanforero, puso la mano sobre el hombro de Solimán-ben-Daoud y le dijo:

-¡Oh señor mío, tesoro de mi alma, alégrate, pues hemos dado una lección grande y memorable a las reinas de Egipto, de Etiopía, de Abisinia, de Persia, de la India y de la China!

Y Solimán-ben-Daoud, todavía contemplando cómo jugaban las mariposas a la luz del sol, preguntó:

-¡Oh mi señora!, la joya de mi felicidad, ¿cuándo sucedió eso? Porque yo he estado bromeando con una mariposa desde que llegué al jardín -y le contó a Balkis lo que había hecho.

Balkis -la tierna y preciosísima Balkis-, le respondió:

-¡Oh mi señor y guía de mi existencia!, me escondí detrás del alcanforero y lo vi todo. Fui yo quien le dije a la mujer de la mariposa que le pidiera a su marido que pateara, pues esperaba que, en broma, mi señor haría una gran magia, y las reinas la verían y se asustarían -*y* le contó lo que las reinas habían dicho, visto *y* pensado.

Entonces Solimán-ben-Daoud se levantó de su asiento bajo el alcanforero, extendió los brazos, se alegró y dijo:

-¡Oh mi señora y dulzura de mis días!, sabías que si yo hubiera hecho magia contra mis reinas por orgullo o cólera, como cuando preparé la fiesta para todos los animales ciertamente me habrían avergonzado. Pero gracias a tu sabiduría hice la magia por broma y por una pequeña mariposa... ¡y hete aquí que eso me ha librado también de las molestias de mis molestas esposas! Dime, pues, ¡oh mi señora y corazón de mi corazón!,

¿cómo te hiciste tan sabia?

Y Balkis, la reina, hermosa y alta, se miró en los ojos de Solimán-ben-Daoud, ladeó un poco la cabeza, igual que la mariposa, y dijo:

-Primero, ¡oh mi señor!, porque te amo, y segundo, ¡oh mi señor!, porque sé cómo son las mujeres.

Entonces subieron al palacio y fueron siempre muy felices.

Pero qué lista fue Balkis, ¿verdad?

Jamás reina hubo que a Balkis igualara
en todo el mundo conocido.
Con una mariposa hablaba
cual hablarías tú con un amigo.

Jamás rey como Salomón vivió
desde que el mundo empezó.
Con una mariposa hablaba
como un hombre con otro habla.

Ella reina era de Saba,
Él, de Asia el Señor.
Y con las mariposas hablaban
a la sombra del árbol del alcanfor.

Librodot